





AÑO 9.º

NUM. 107.

**LA**

**ESPAÑA MODERNA**

~~~~~  
**Director: JOSE LAZARO**

—  
**NOVIEMBRE 1897**  
—

**MADRID**

**ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,**

*Calle de Blasco de Garay, núm. 9.*

Teléfono 3.145.

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

# EL SILENCIO

NOVELA

---

(Conclusión.)

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

VIII

Por lo común, pronto se olvida á un ausente. Hartas menudencias distraen cada día, para que la atención vaya corriendo al otro lado de la tierra en pos del viajero; tanto más, cuanto que siempre hay personas presurosas en ocupar los lugares vacíos por las ausencias. Sin embargo, Kermoysan no se vió en ese caso. Aunque estuviera muy lejos, continuaban ocupándose de él: sus enemigos no habían depuesto las armas, y Malmain no desperdiciaba ocasión de ejercitar á sus expensas su lengua venenosa; sus amigos no sólo conservaban todo el afecto que le tenían, sino que se ocupaban mucho de él en sus conversaciones, hasta el punto de parecer á veces que estaba presente. Por otra parte, de vez en cuando aparecía en las Revistas su firma, como para sostener el recuerdo: podían leerse bajo su muy conocido pseudónimo, impresiones de viaje muy agudas, en que la descripción de los lugares ocupaba menor sitio que la de ciertos estados de ánimo tiernos y extraños.

Conservo algunos de estos fragmentos, que no han sido coleccionados en tomo, y de los cuales doy aquí una muestra:

«... Huye el mar, siempre cambiante y siempre el mismo. Los escalofríos de sus azules infinitos corren hasta el extremo

de un inaccesible horizonte, por donde á la tarde se arrastran los quiméricos incendios de la puesta del sol. Cae la noche apacible, á veces sin estrellas. Estoy en mi banco de cuarto, fijos los ojos en el misterio, que me rodea, abierto el pecho á los frescos soplos que pasan por el aire, azotado el oído por el traqueteo monótono del barco. Primero ando, repitiendo cien veces los mismos paseos; después me paro, y permanezco inmóvil; poco á poco mi inmovilidad se hace rígida, como si una fuerza extraña suspendiese el juego de los nervios y de los músculos, cual si estuviese hipnotizado por no sé qué lejana mirada vencedora, de un ojo invisible que se fija en mí. Entonces desaparece toda sensación: es como un anonadamiento del cual tuviese obscura conciencia, un anonadamiento que absorbe mis sentidos, al paso que la parte más secreta de mí mismo sigue viviendo con una vida intensa y multiplicada, en el alejamiento del espacio y del tiempo, evocando minutos lejanos que nunca volverán, llamando á otros, aún desconocidos, con una intensidad de deseo que por un segundo los reviste de una realidad fastástica, que al punto se disipa. Parece que me repliego, que me encojo, que me contraigo; mis pies no sienten ya el piso que me sostiene, mis manos ya no sienten la baranda en que se apoyan, mis ojos ya no distinguen la noche. Todo mi yo se concentra en un solo punto, en un solo foco interior que me consume al arder. ¿Es sufrimiento ó goce? No lo sé, no lo sé; pero luego quisiera revivir eternamente esas horas, á las cuales deben de asemejarse los éxtasis de los místicos ó los ensueños de los tomadores de opio..... ¡Ah! Navegue el buque, vengan las riberas desconocidas, las frondosas plantas de los trópicos, las grandes mariposas rojas innominadas, los paisajes nuevos que me esperan; llevo dentro de mí flores más bellas, horizontes más vastos, todo un mundo de pensamientos que desafían á la palabra, que no expresaré, pero á través de los cuales puedo vagar y perderme más de seguro que en bosques vírgenes, con embriagueces más hermosas que las de los más maravillosos perfumes.....»

Y más adelante:

«He tenido amor á los espectáculos de la tierra. En otro tiempo, mis ojos se hartaban con los juegos de la luz, el esplendor de las flores, la majestuosidad de las líneas, la grandeza ó el encanto de los paisajes. Placíame también el rumor del silencio en las soledades; dilatábase á veces mi corazón con un júbilo infinito, sin tener más causas para alegrarse que la dulcísima presión de las cosas, misteriosamente simpática. Ya no conozco esas alegrías, ¡ay! Ya no soy esclavo, feliz esclavo de esas fugaces impresiones que los sentidos dejan en nosotros y que un soplo de viento desvanece. Tengo respecto del mundo exterior una ruda independencia, de la cual no puedo eximirme. Pertenezco á mis pensamientos. De mí mismo surgen las imágenes cuya contemplación constituye mis éxtasis. Ya no son las formas variadas, caprichosas y bellas de la creación: son recuerdos, esperanzas frágiles, siempre dispuestos á desvanecerse; los retengo, los saboreo, los acaricio. Esos fugaces sentimientos toman en mi mente no sé qué carácter de eternidad, de una eternidad más duradera que la de las cosas que nos sobreviven, que la de los mares que no se agotan, de los ríos cuyas aguas siempre se renuevan, de los continentes que desafían á los sacudimientos del globo. Así voy á través de los países desconocidos, sin ver nada más sino lo que hay dentro de mi espejo interior.....»

O también:

«¡Dios!..... ¡Quiero creer en Él!.... Necesito que exista..... Le veo, le siento, no en el esplendor de las decoraciones terrestres, donde le buscan algunos espíritus groseros, sino dentro de mí mismo, más allá de los pensamientos cuyos juegos monótonos vuelven á comenzar cada mañana, en la linde de mis ensueños, de los cuales no quiero el fin que solo Él puede fijar fuera del siglo. Por un camino muy lento, tortuoso, sembrado de obstáculos, avanzo hacia Él. Allí me acerca la insignificancia del mundo. Quizá estoy más próximo que á las arenas donde se hunden mis pies, que á las aguas donde me su-

merjo en busca de frescura. Le llamo con toda mi sed de eternidad. Quisiera sentirme en su mano: ¡estaría en ella libre de tantos lazos que me pesan!..... E inexpresables cánticos comienzan á cantar dentro de mi corazón.»

Tales exaltaciones no recordaban, ni por el fondo ni por la forma, los escritos precedentes de Kermoysan. Por eso extrañaban á sus lectores y promovían discusiones bastante vivas acerca del estado de su espíritu, que cada cual definía á su manera. Recuerdo que, después de la lectura de uno de esos fragmentos, alguien exclamó:

—¡Eso lleva en derechura al hospital de San Sulpicio!

Malmain, que estaba allí, dijo con sorna:

—¡O al manicomio de Charenton!

De hecho, había conformidad en reconocer que Kermoysan ya no era el mismo, y que esas notas, publicadas sin calcular su efecto, revelaban una especie de extravío. Así juzgan á menudo las personas de buena sociedad: tratan de loco á quien sale de la habitual moderación de ellas, que en el fondo sólo es indiferencia.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS

## IX

Mientras estuvo ausente Kermoysan, sufrió Herdevin cuantiosas pérdidas de dinero. Por un momento, hablóse de su probable quiebra. Pero, con ser un hombre de vida alegre, era también un luchador de energía y de temple; á los pocos días de combate salió de apuros. Por lo demás, no hizo cambio ninguno en su género de vida. Todo lo que se supo es que había vendido una importante propiedad que su esposa tenía en el departamento del Allier, la cual estimaba ella muchísimo: eran sus haciendas de familia, la casa donde nació, el jardín donde había jugado de niña. Todos los veranos iba á pasar



allí una temporada de varias semanas, de la que hablaba de antemano como de un placer muy grande. Estoy seguro de que eso fué para ella una pena muy honda; pero nadie lo hubiera sospechado al verla siempre tranquila. Era menester conocerla un poco para presentir la resignación que había bajo su serenidad, y para oír las quejas de su corazón herido tras las palabras indiferentes que decía con su voz de cristal. Algunas veces me llamaba la atención la señora B... acerca de eso:

—Mírela usted. ¿Quién sospecharía lo que es su vida?

¿Sería acaso, pensaba yo á menudo, porque entre sus sufrimientos de esposa y sus sufrimientos de madre llevaba en el corazón otra herida, un mal ignorado?.... Sin embargo, ciertos detalles de su vida íntima contradecían tal sospecha, y me preguntaba á mí mismo donde habría lugar para una novela en una existencia tan ocupada. En efecto; una novela exige mucho trajín, salidas difíciles de justificar, embustes que acaban siempre por percibirse, la complicidad de una doncella ó de otras personas. ¿Dónde habría colocado ella todo esto?

En el comienzo de la temporada de reuniones, la señora Herdevin había anunciado á sus amigos que saldría poco, pues el estado de su hija Marta iba agravándose é inspirándole inquietudes inmediatas. Pero su marido, temeroso de que esa retirada del mundo se atribuyese á apuros de dinero que quería disimular, exigió que saliese más que nunca. Por eso pudo vérsela en todas partes, paseando á través de los salones su constante angustia, espiando el momento de regresar junto á la camita adonde su corazón la llamaba.

Acontecióme algunas veces presentarme en su casa un poco antes de la hora destinada á las visitas. En varias ocasiones encontré en su gabinete, rodeada de almohadillas, encima de un sofá, á su pobrecita Marta, seca y encanijada, con el rostro pálido y doliente, iluminado por unos ojos harto brillantes, y descansando sobre sus juguetes los deditos largos y

flacos. Nunca olvidaré su mirada acusadora y angustiosa cuando la sacaban de allí «á causa de las visitas». Sin embargo, no presentaba resistencia, y la señora Herdevin decía:

—¡Si supiera usted cómo la quiero! Desearía ser la única que la cuidase, no abandonarla jamás un minuto..... Porque es una criatura deliciosa.

Una vez añadió:

—Sé que no vivirá.

Y sus ojos se arrasaban de lágrimas.

## X

A la inversa de muchos viajeros, Kermoysan escribía numerosas cartas á sus amigos ó amigas. Esas cartas eran de muy diverso tono que las notas de viaje que entregaba al público: contenían detalles muy precisos y circunstanciados acerca de sus ocupaciones, su género de vida y sus mudanzas de lugar, que permitían casi seguirle paso á paso. Como es de suponer, esas preciosas cartas circulaban mucho; leíanse fragmentos de ellas en los *five o'clock* ó en las veladas íntimas, se comentaban, se discutían. Advertí que la señora B... recibió varias con intervalos muy próximos, mientras que la señora Herdevin no recibió ninguna. Yo mismo recibí una, como Kermoysan me lo había hecho esperar, y en circunstancias que la dieron particularísimo valor.

Uno de esos periódicos más ávidos de noticias que aficionados á la verdad, publicó un día un telegrama anunciando que el *Tritón* se había perdido, casco y tripulantes, en las costas del Senegal. Daba la fecha del siniestro, así como ciertos detalles destinados, sin duda, á aumentar lo verosímil de su información. Sin embargo, como en el Ministerio de Marina no se había recibido ningún informe respecto á ese desastre,

podía conservarse alguna esperanza. Naturalmente, los amigos de Kermoysan sintieron vivas inquietudes; durante dos ó tres días hizo el gasto de todas las conversaciones la posible pérdida del *Tritón*; discutíase su grado de probabilidad con esa mezcla de interés y de indiferencia, de enterneamiento fácil y de pronto olvido, que constituye el fondo de la compasión en sociedad. Las opiniones variaban según los caracteres. La señora B..., optimista como de costumbre, negábase á creer la noticia, con tan buena fe, que me tranquilizó.

—Es imposible—repetía;—se hubiese sabido en el Ministerio.

Otros meneaban la cabeza, respondiendo:

—En el Ministerio nunca se sabe nada.

Quedaban en suspenso los pareceres, aguardando.

Precisamente, en aquel momento recibí una larga carta de Kermoysan. Al abrirla, ví que la fecha era varios días posterior á la del pretense naufragio: bastaba, pues, para desvanecer las dudas acerca de ese asunto.

Contentísimo de haberme tranquilizado yo mismo, y algún tanto orgulloso de poder tranquilizar á sus amigos, fuíme á casa de la señora B..., á quien Kermoysan me nombraba entre varias personas (una de ellas también la señora Herdevin), á las cuales enviaba un saludo. Tuve la suerte de encontrar juntas y solas á las dos señoras, en el abandono de una entrevista íntima, favorable para las confidencias. La señora Herdevin me pareció que sufría: advertí en sus tiernos y dulces ojos no sé qué fulgor de angustia, desesperación contenida, rígida fijeza; lo cual me chocó tanto más, cuanto que llevaba algún tiempo sin verla. No vacilé en atribuir ese cambio á sus preocupaciones personales; hasta pensé que estaba en vías de revelárselas á mi anciana amiga, de suerte que yo no iba á producir efecto. Me engañé:

—Hablabamos de ese pobre Kermoysan—me dijo la señora B..., invitándome con un gesto á que me sentara frente á ellas.—Decíamos.....

Tranquilizado respecto á lo oportuno de mi noticia, la interrumpí:

—Pues bien, señora, puede estar usted tranquila acerca de él. Acabo de recibir carta suya, aquí la traigo. Como ustedes pueden ver, es posterior en más de una semana al día del pretendido accidente. Por tanto, la noticia era falsa.

Y entregué á las dos mujeres la carta.

Hubo entre sus respectivas actitudes tal diferencia, que me hubiera sido imposible no notarla. La señora B..., naturalmente expansiva, manifestó al punto su gozo:

—¡Ah, buen amigo—exclamó dando un vistazo al pliego, que alargaba á su compañera—qué contenta estoy!..... Nunca sabrá él los malos días que nos ha hecho pasar.....

La señora Herdevin habíase inclinado sobre el papel, que puso encima del manguito sin decir nada. Yo estaba de pie delante de ella: sólo ví el movimiento casi imperceptible de sus párpados bajados, pero me pareció oír que suspiraba varias veces, presa de una emoción que se esforzaba en contener.

—¿Puede leerse?—me preguntó la señora B...

Y al ver mi ademán afirmativo, dijo á la señora Herdevin:

—¿Está usted leyéndola?

La señora Herdevin no alzó los ojos, ni respondió en seguida; pero al cabo de unos segundos tartamudeó:

—Trato de leer..... puesto que se permite..... Me cuesta mucho trabajo..... Esta escritura es horrorosa.....

—Es verdad, son patas de mosca—dijo la señora B...

Después, volviéndose hacia mí, añadió.

—Si tuviese usted la bondad de leérnosla, usted que está acostumbrado á toda clase de garrapatos.....

—Con mucho gusto.

La mano de la señora Herdevin temblaba ligeramente al devolverme la carta, que me puse á leer en alta voz, vacilando á veces ante la indistinta letra menuda, que yo conocía mal. Era un relato muy detallado de una semana pasada en San Luis del Senegal, que parecía continuación de narraciones y

proseguía con la vida del narrador como en un punto de etapa. A cada instante notas, observaciones y reflexiones interrumpían ó retardaban la narración; de modo que la carta llenaba ocho ó diez carillas, verdadera carta de ocioso, escrita despacio, en horas de aburrimento que se trata de abreviar. La señora B..., con su habitual viveza de ingenio, me interrumpía de vez en cuando diciendo, por ejemplo:

—¿Sabe usted que es más largo que en sus libros? No perdona ni un detalle menudo.

O bien:

—¡Qué talento! Se ve todo lo que describe; se está en el Senegal positivamente..... Feo país, en resumen; prefiero París.

La señora Herdevin guardaba silencio; pero, acabada mi lectura, cuando la miré creí que otra mujer estaba dolante de mí. Los cuidados, las angustias, los dolores que ha poco surcaban su rostro, habían desaparecido como por encanto: irradiaba un gozo interior más difícil de ocultar que el sufrimiento; había en sus bellos ojos tiernos como un velo húmedo y ligero.

— Me causó algo de extrañeza esta bondadosa carta—dije al terminar.—Nunca hubiera creído que el señor Kermoyan me honrase con tanta amistad.

—Nunca hay que asombrarse de nada con él—dijo la señora B... Por lo demás, no se engría usted de sobra: le gusta mucho escribir.

Y dirigiéndose á la señora Herdevin, le preguntó:

—¿No ha recibido usted ningún autógrafo suyo?

La señora Herdevin se turbó al oír esa inesperada pregunta, y dijo, palideciendo:

—Pero..... si no espero ninguno..... No somos suficiente íntimos amigos para que me escriba.....

—¡Oh! Creo que la quiere á usted mucho—aseguró la señora B... Por tanto, estése tranquila: ¡ya le llegará su vez!

Entonces pregunté yo:

—Durante sus anteriores viajes, ¿era tan fiel corresponsal? Porque ahora escribe á menudo.

—Por el contrario—respondió la señora B...—nos dejaba sin noticias. Apenas si de vez en cuando recibíamos una esquelita: «Estoy en tal parte, tengo buena salud, me aburro.» Y eso era todo. ¿Qué quiere usted? Era demasiado joven: la afición al papel de cartas no les entra sino á los que envejecen. Apuesto á que usted no tendrá tiempo para contestarle.

—Sí, señora, que lo tendré; he de escribirle largo y tendido.

—No deje usted de manifestarle que hemos pasado mucho miedo por él.

En ese momento nublóse otra vez la frente de la señora Herdevin, quien preguntó con timidez:

—Pero ¿podemos estar tranquilas por completo?

Como la mirásemos con extrañeza, se explicó, rebuscando las palabras:

—Sin duda..... esta carta demuestra que en la fecha indicada por el parte telegráfico no había ocurrido aún accidente ninguno..... Pero quizá haya ocurrido éste más tarde..... Tal vez no hubiese error más que en la fecha.....

Traté de tranquilizarla, y la señora B... vino en mi auxilio.

—¡Vaya una idea descabellada!—exclamó mi anciana amiga.—No cabe duda posible. Es evidente que la noticia era falsa. Kermoysan está bueno y sano, no se olvida de ninguno de sus amigos, y cuando menos pensemos volverá, un poco tostado del sol y las brisas marítimas, pero siempre el mismo..... ¡Todo esto es más claro que el agua!

La señora Herdevin no insistió; pero ví que tenía otra vez inquietud, esa inquietud no razonable que en todo halla puntos donde fijarse, aunque sea contra la evidencia; inquietud propia de quienes aman, y á los cuales sólo la presencia y la voz del ser amado tranquilizan.

Estos incidentes despertaron de nuevo mi atención acerca del misterio probable en la vida de Kermoysan.

—Evidentemente—pensé—escribe tantas cartas y tan largas, para que llegue alguna noticia suya á determinada per-

sona, á la cual, por ciertas razones, no puede escribir directamente.

La actitud de la señora Herdevin, el hecho de ser la única entre sus íntimos que no recibía cartas de él, la naturaleza de su emoción, sus esfuerzos por disimularla, su inquietud aún más viva y más honda que la nuestra, todos estos signos juntos fijaron mis sospechas. Le amaba, no me cabía duda. ¿Era amada? ¿Era en ella en quien Kermoysan pensaba de continuo? Eso es lo que aún ignoraba yo.

Sin embargo, creí conducirme bien hablando extensamente de ella en mi respuesta á Kermoysan. Referí lo poco que sabía de sus recientes apuros, dí algunos detalles familiares acerca de su hogar y de la niña Marta, remaché lo de la inquietud que manifestó con motivo de la falsa noticia del naufragio del *Tritón* y el vivísimo interés que la produjo la carta tranquilizadora; hasta me atreví á inducir á mi amigo á que la escribiese, procurando hacerle ver con toda la delicadeza posible que su reserva para con ella, cuando tanto prodigaba su correspondencia, concluiría por extrañar á algunas personas. Era casi un consejo que le daba, en frases muy disimuladas. Nunca supe si lo había entresacado él de mis precauciones oratorias. Sea como fuere, es el caso que la señora Herdevin no nos habló nunca de ninguna carta de él.

## XI

La ausencia de Kermoysan se prolongó aun más de lo que él mismo había supuesto. Entre tanto no cesó de cartearse activamente con sus amigos; de suerte que, digámoslo así, no nos abandonó. Le sentíamos de continuo entre nosotros. A fuerza de seguirle con el pensamiento, acabamos por familiarizarnos con los exóticos paisajes que le servían de fondo en

nuestro recuerdo: veíamos las raíces de los árboles sumergiéndose en el río de pesadas aguas; los caimanes dormitando en el légamo; la fauna, la flora, los cielos incandescentes de aquel África ecuatorial que le agobiaba con todo su calor, con toda su inmensidad. Más adelante, sufríamos, con su tedio, una nostalgia que adivinábamos ser más cruel de lo que él confesaba; con su deseo de tener frío, ver nieve, hallar de nuevo los árboles, las flores, las umbrías de nuestras queridas latitudes. Recibí varias cartas suyas y recuerdo haberle escrito que me hacían aborrecer los viajes lejanos. Nunca sentí mejor que debemos permanecer en el rincón de la tierra donde se ha nacido. Sí, estamos rodeados por un conjunto de cosas que forman un poco de nosotros mismos, fuera de las cuales sufre con su privación una parte de nuestra alma. La cálida luz, los árboles inmensos, los animales enormes, en una palabra, todos los incentivos que tienen los trópicos para nuestra curiosidad, no valen lo que los cielos brumosos donde se pintan nuestras fantasías, las dulces umbrías de nuestras hayas ó de nuestros olmos, las aromáticas rosas de nuestros jardinillos, los gatos domésticos que roncan encima de nuestras rodillas. La señora B... decía, con una sonrisa bondadosa:

—¡No viajemos jamás!.....

Y ví que tenía razón.

¿Fué efecto de aquella especie de continua presencia sostenida por sus cartas? Lo cierto es que el regreso de Kermoysan pasó casi inadvertido: tan discreto fué. Al hallarle otra vez un día en todos los sitios donde se le encontraba antes de su marcha, resultó como si nunca hubiera salido de París. Sin embargo, en un año de ausencia y de fatigas envejeció un poco: su rostro, tostado por el sol del Senegal, habíase enflaquecido y adelgazado aun más; la barba y los cabellos, más canosos, aumentaban el contraste con sus facciones siempre jóvenes; además, tenía movimientos pausados, cierta languidez de gestos y de andares que antes no era en él conocida.

—Kermoysan ha envejecido mucho,— era la voz general.



Eso no era exacto en absoluto, pero manifestaba con una frase sencilla la compleja impresión que producía en todos sus amigos al volver á verle.

Ni que decir tiene si le harían narrar sus viajes; lo cual hizo con gran complacencia, sin desagrado ninguno, sin cansancio aparente, pero sin mucho entusiasmo. Cuando se le provocaba á ello, hablaba en voz casi baja, sin acentuar, pero con tanto arte, que cada una de sus palabras adquiría relieve y parecían surgir mil detalles de colorido. Se le escuchaba con tal interés que un día la señora B..., encantada por una anécdota muy pintoresca y olvidando de pronto sus gustos sedentarios, le dijo:

—¡Dios mío, qué feliz es usted con llevar tal vida, tan bella, tan variada!.....

Y respondió él fríamente:

—En efecto, muy feliz.....

Noté ó creí notar que en ese mismo momento los ojos de la señora Herdevin le seguían con una mirada escrutadora.

Desde su regreso, Kermoysan me daba pruebas de una cordialidad más grande:

—Sus cartas me han causado mucho placer, — me había dicho, apretándome la mano.—No puede usted imaginarse cuánto gusta tener noticias de los amigos, cuando se está separado de ellos por la mitad de la tierra.

Amistosamente se informó de todo lo que yo había hecho durante su ausencia, interrogándome acerca de mis trabajos, proyectos y gustos nuevos, respecto al estado de mis opiniones literarias, casi como un hermano mayor. Y me rogó que fuese á verle á menudo.

No dejé de hacerlo así. Varias veces almorzamos juntos, ya en la fonda, ya en su casa, donde el bueno de Adolfo, satisfecho de reanudar su servicio, dirigía una excelente cocina. Por supuesto, era trabajo perdido.

—El señor no es gastrónomo—me decía el viejo criado en sus accesos de confianzas.—Hoy voy á servirle lechuga ro-

mana; ya verá usted como la toma por lechuga ordinaria. Cuando le doy perdigón, nunca deja de decirme: «Adolfo, este pollo está delicioso.»

Así era, exactamente. En ocasiones, cuando la equivocación había sido demasiado grande, el amo hasta tenía que dar excusas al sirviente.

—¿Qué quiere usted que le haga, pobre Adolfo? El *kuskús* me ha estragado el paladar.

No por ser más frecuentes y aun más amistosas mis relaciones con Kermoysan, llegaban á ser más íntimas. Hablábamos de asuntos generales, á veces de mí mismo, nunca de él. Seguía siendo para mí tan enigmático como en la época en que sólo de tarde en tarde le veía, salvo las sospechas que tuve durante su ausencia. Pero, en último término, esas sospechas nunca fueron sino muy vagas; y ahora la sencillez de su conducta las apartaba casi por completo de mi espíritu. Otro nuevo incidente iba á despertarlas.

—¿Sabe usted la novedad?—me dijo un día la señora B...

—¿Qué novedad?

—¡Oh! una gran novedad referente á su amigo Kermoysan.

Respondí á la ligera:

—¡Se casa!

Mi anciana amiga se echó á reír, exclamando:

—¡Siempre tan lince! No, abandona el servicio.

Y añadió:

—Al menos, así lo dicen..... personas bien informadas.....

Pero, debiera saberlo usted que no se separa de él.

Kermoysan aún no me había dicho nada de esa resolución. Dos ó tres días más tarde, sin embargo, me confirmó la noticia con aire indiferente, como si se tratase de un asunto de poquísima importancia.

—¡Usted, tan apasionado por su carrera—le dije,—por los viajes, por los países nuevos!....

Paseábase de arriba á abajo en su gabinete, entre las ricas telas, las armas extrañas y los suntuosos cachivaches que le

recordaban aquellas comarcas remotas, que ya no volvería á ver más.

—Sí—dijo,—es verdad; fuí por ellos apasionadísimo..... Pero, ¡qué quiere usted!, va uno haciéndose sedentario, envejeciendo.....

—Usted no.....

—Yo lo mismo que todos..... Tal vez más deprisa..... Ya ve usted que tengo el pelo enteramente blanco..... En fin, es cosa hecha: he escrito al Ministro. Acabóse; ya no soy oficial, ya no soy marino.....

—Espero que no le pesará á usted—exclamé con imprudencia.

Aún le veo pararse delante de mí, con las manos en los bolsillos del batín, pensativa la mirada y como fija á lo lejos en cosas que yo no percibía.

—No—dijo meneando la cabeza,—no me pesará. En primer lugar, nunca debe pesarnos lo que hacemos: eso no sirve de nada, es perder el tiempo..... Y además, además.....

Rebuscaba las palabras ó vacilaba en hablar. Decidióse de pronto, por una irresistible necesidad de expansión, hablando con una abundancia que yo no le conocía, accionando mucho y con voz vibrante.

—¡Dios mío!..... ¿Qué quiere usted?.... Esas órdenes de marcha, esos viajes, todo eso quiebra vuestra vida brutalmente..... Está uno tranquilo y bien donde esté. «¡A embarcar para el Africa! ¡En marcha para Tonkín!....» Y vuelta siempre á empezar..... Hombres amarillos, hombres negros, un desfile de feos monos que le hacen á uno dudar de si somos hombres..... ¡Sabe Dios adónde me hubieran enviado de aquí á poco tiempo, á qué mares, entre qué salvajes!.... Ya he visto de sobra; estoy harto de ellos, se lo aseguro á usted. (Tenía aspecto de querérselo probar á sí mismo). Necesito un poco de estabilidad..... sí, de estabilidad..... Eso de dar la vuelta al mundo, para empezar de nuevo una vez concluída..... eso no, no. ¡Ya pasó su tiempo!.... ¿Qué haré?.... Vivir en París, como

todo el mundo; esto no tiene nada por qué asustar..... Escribiré, haré libros..... ¡Vaya! no me aburriré..... ¡Oh, no, no me aburriré! En primer lugar, yo no me aburro nunca: ¡el aburrimiento es bueno para los imbéciles!.....

Se detuvo, y concluyó con ademán terminante:

—Y luego, en último término, ya está hecho. Por tanto, no hablemos más de ello.....

Sufría á ojos vistos. Estaba menos seguro de haber tenido razón de lo que él decía. Esa ruptura con su carrera también era un desgarramiento, como una marcha, cual un adiós. Y al verle tan agitado, no pude menos de pensar que esa resolución no provenía de él, sino que debía de obedecer al apremio de un ser querido, á quien á toda costa deseaba evitar lágrimas y angustias. ¿Quién sabe si el falso rumor de la pérdida del *Tritón* no era la causa real de esa determinación? Entonces, le admiré. ¿Qué importaba que tuviera ó no tuviera razón al obrar así? ¿Qué importaban su carrera, su porvenir, sus aficiones de viajero, sacrificados de ese modo? A lo menos, sabía amar: eso era lo esencial.

## XII

Vino el estío y nos dispersó. La señora B..... me había invitado á sus posesiones de Turena, donde pasé algunos días encantadores entre los dulces paisajes desplegados bajo un cielo afectuoso. También contaba con Kermoysan; pero éste faltó á su palabra y excusóse de ir, con una carta que no se parecía en nada á las extensas escritas desde el Senegal.

—Piensa en sus amigos cuando está muy lejos de ellos,— me dijo la señora B..... un poco melancólica;—cuando está cerca, los olvida.....

Por tercera persona se supo que iba solo y muy retraído.

por balnearios y playas. Una carta de la señora Herdevin, que estaba en los Pirineos por motivo de la salud de su hijita Marta, nos hizo saber que había pasado algunos días en Bagnères-de-Luchon, desde donde fué á visitarla, y que se iba á Biarritz para permanecer allí por más tiempo. No realizó su plan, pues pocos días después notábase su presencia en Aix-les-Bains. Algo más tarde, le encontré yo mismo entre la habitual concurrencia de Saint-Germain-des-Fossés. En el primer momento, creí que le desagradaba ver una cara conocida; pero esta impresión desapareció bien pronto, reemplazándola otra enteramente opuesta; y se puso á hablar conmigo de largo, como un hombre que desde mucho tiempo no ha oído su propio metal de voz ni el de una voz amiga.

—¿A dónde va usted?—me preguntó.

—A Royat, donde están unos amigos míos.

—¿Le aguardan allí?

—No he anunciado la hora de mi llegada.

—Pues, entonces, véngase usted conmigo á almorzar en Vichy. ¿Quiere usted? Eso no le retrasará más que medio día.

Acepté, y me pareció que se puso contento. En el tren, mientras observábamos el monótono paisaje, las extensas llanuras donde se ven álamos, lentos riachuelos medio secos, grupos de árboles desperdigados por los campos, me explicó que estaba tratándose el estómago, del cual padecía desde algún tiempo á la fecha.

—Aparte de eso—me dijo—estoy pasando un verano lamentable: me aburro espantosamente, estoy harto de hoteles y casinos; sin embargo, continúo yendo á ellos sin otro objeto más que el de cambiar de lugares, como un enfermo que da vueltas en la cama.

No supe qué responderle. Estuve conforme con sus palabras: reconocí que los ferrocarriles, los hoteles y los casinos son invenciones nefastas; y acabé por preguntarle si en medio de esos cambios de lugar no encontraba alguna distracción en el trabajo.

—¡Pero, si no trabajo!—exclamó, con un gesto desolado. —¡No hago absolutamente nada! Imposible escribir una línea..... Además, no se me ocurre una idea, ni una..... ¡Estoy hecho un vago!..... No tengo correspondencia; ni siquiera abro los periódicos.....

Me decía esto con voz triste y ademanes lánguidos.

—¿Por qué no va usted junto á la señora B..., en vez de andar por ahí errante? Se alegraría infinito de ver á usted. Ya no espera á mucha gente: estaría usted muy tranquilo en casa de ella para reanudar el trabajo; muy bien recibido, muy bien cuidado, en el país más bonito que se pueda apetecer.

Pareció vacilar un instante; y respondiendo á su pensamiento más bien que á mi proposición, dijo:

—No, no, resueltamente. No estoy para seguir conversaciones. Necesito sentirme independiente por completo. Momentos hay en los cuales se está mejor solo ó entre extraños. Estoy en uno de esos momentos..... Dispénsenme mis amigos.....

Al llegar á Vichy, le acompañé á los dos manantiales de cuyas aguas tomaba con media hora de intervalo. Pasamos esa media hora dando vueltas maquinalmente alrededor de la orquesta, entre el gentío ocioso é insípido que se aburría al son de la opereta de moda, cuyos aires favoritos tocaban los violines por trigésima vez.

—No puede usted imaginarse hasta qué punto me carga esta música—me dijo Kermoysan.—Sin embargo, vengo á oirla dos veces diarias, porque en alguna parte se ha de estar..... Y luego, este ir y venir fatiga un poco y no se piensa en nada; con lo que acaban por pasarse de cualquiera manera las quince horas que median entre la salida y la puesta del sol.

Un instante después de tomar su segundo vaso de agua, estábamos sentados á la mesa en el Círculo Internacional. Comía poco. Me repitió varias veces las mismas frases, reveladoras de un estado de ánimo muy tirante y casi intranquilo. Nunca se había espontaneado tanto: con toda evidencia, creía-

se al abrigo de toda investigación en aquel sitio lleno de caras desconocidas, donde estaba solo. Parecía como si dijese para sí, poco más ó menos:

—¿Qué me importa que noten mi turbación? ¡No pueden adivinar la causa de ella!

Hablaba para aliviarse. Quejábase de mil pequeñeces insignificantes, por gusto de quejarse, como un hombre herido en las fuentes mismas de la vida, que calla su enfermedad y solo deplora los menores síntomas. Jamás hubo conversación que me causase una impresión más penosa; ocurriásemme á veces la idea de que su razón flaqueaba, combatida por hartas tempestades reprimidas sobrado tiempo.

Como se aproximase la hora de la separación, le pregunté cuáles eran sus proyectos para el fin de la temporada. Encogióse de hombros y exclamó:

—¡No tengo ninguno, no los tengo!..... ¿Qué demonio de proyectos quiere usted que tenga yo?..... Cuando acabe mi cura (si la acabo), volveré á la vida errante que he llevado hasta ahora..... ¡Me parece que va á ser interminable este verano!.....

En la estación, adonde me acompañó, me hizo esta súplica:

—¡Si encuentra usted á amigos nuestros, no les diga que estoy aquí!

En el compartimiento cerrado en que viajaba, me costó sumo trabajo desechar el recuerdo indeleble de su turbación, de su desasosiego, de sus extrañas frases. Y maquinalmente iba repitiendo estas palabras, fijas en mi mente:

—¡Hombre al agua!..... ¡Hombre al agua!.....

Y condolíame de él, con toda mi inútil simpatía.....

## XIII

Aquel año no regresé á París hasta fines de Noviembre. Mi primera visita fué para la señora B..., en casa de la cual estaba seguro de encontrar noticias de todos nuestros amigos comunes. En efecto, me hizo saber que Kermoysan había vuelto, algunas semanas atrás. Luego, como me quisiera informar acerca de la señora Herdevin, entristeciése y me dijo:

—La pobre mujer está amenazada de una nueva pesadumbre, la peor de todas..... Su niña Marta está cada vez más enferma, creyéndose próximo ya un triste desenlace; y ya sabe usted cuánto la ama.....

Al salir de la casa de la señora B..., la casualidad hizo que me encontrase á la señora Herdevin. La detuve para pedirle noticias de su hija.

—¡Siempre lo mismo!—me respondió con una brusquedad indiferente, como si ignorase que estaba cada vez más amenazada.

El día del santo de la señora Herdevin fuí á su casa; no recibía, pues Marta estaba más grave que nunca. El día siguiente volví para saber noticias; la niña había muerto por la noche.

Una especie de instinto me llevó á casa de Kermoysan, á quien aún no había vuelto á ver; la antevíspera había ido á su casa sin hallarle. Estaba yo conmovido, con esa emoción á la vez egoísta y compasiva que con tanta facilidad se experimenta á cada roce con la muerte, aun cuando nos sean casi indiferentes aquellos á quienes hiera á nuestra vista. Por eso, al acercarme á él, y antes de dirigirle ninguna pregunta de cajón, le comuniqué lo que acababa de saber.

—Lo sé desde esta mañana—me respondió.—He.....



Se detuvo. Después, viendo que aguardaba yo, continuó diciendo con esfuerzo evidente otra cosa que la que al pronto había tenido intención de decir:

—Era una criatura deliciosa, á pesar de sus achaques..... ¡Ya sabe usted que esos débiles seres dolientes tienen á veces ternuras y gracias, que nos conmueven tanto más cuanto que los vemos tan frágiles!.....

Sabía yo que la señora Herdevin dejaba á pocas personas acercarse á su hija; por eso me extrañaron las palabras de Kermoyan.

—¿La veía usted á menudo?—le pregunté.

—Algunas veces..... Me tomó cariño de pronto un día que llegué antes de la hora habitual de recibir visitas y que aún estuvo algunos minutos en el salón..... Quería volver á verme..... Me llamaba «el señor joven de pelo blanco»..... Conmovíame mucho su simpatía, se lo aseguro á usted..... ¡Pobre niña! En lo sucesivo me faltará algo.

Se calló otra vez. Yo tampoco decía nada, cortado, sintiendo en el aire no sé qué tristezas inenarrables. Él fué quien prosiguió con voz profunda:

—¡Qué dolor para la pobre madre! ¡Ella que la amaba tanto!.....

Le miré y no me equivoqué: había una lágrima en sus ojos, una lágrima furtiva que brilló un instante, y la cual no dejó caer. Los hombres fuertes tienen esas debilidades: resisten el sufrimiento mejor que el enternecimiento.....

Pocos días después vi á la señora Herdevin. Habíame incluido entre los amigos íntimos á quienes recibía en muy corto número, elegidos, en mi sentir, entre aquellos á los cuales juzgaba capaces de compadecer su duelo. Fué un momento penoso, pues el espectáculo de un dolor verdadero despierta los tristes ecos adormecidos en nosotros por el curso cotidiano de la vida; el sentimiento de todo lo que nos amenaza, la intuición ó el temor de los sufrimientos que nos acechan. Pues bien; jamás había yo visto aún una expresión más sincera y

mortalmente dolorosa. En tan breves días, había envejecido años; repentinas arrugas surcaban su hermosa frente, cuya pureza no había podido empañar ninguna de sus penas anteriores; manchaban su rostro matices oscuros y malsanos; su voz cristalina, aquella voz hechicera, tenía sonoridades cascadas. Era otra mujer. Sin embargo, yo conocía ya aquella máscara dolorosa hasta ser trágica; habíala visto en otro tiempo, en otras circunstancias..... Pero ¿cuándo?..... Registré mi memoria y lo recordé de pronto: era algunos meses antes, en el momento del falso rumor de la muerte de Kermoyan. Sólo que entonces se contenía, al paso que ahora se abandonaba por no haber motivo ninguno para disimular su dolor de madre, implorando con los ojos una simpatía que estaba cierta de hallar en todas partes; herida en el corazón, pero con una herida lícita, que puede enseñarse, que ninguna calumnia habría de emponzoñar.....

Este repentino descubrimiento, corroborando entonces tantos otros signos anteriormente observados, me turbó hasta el punto de que apenas pude tartamudear las pocas frases convenidas que llevaba preparadas. ¡Cuán mal expresaban mi compasión! ¡Con qué insignificantes palabras revestían á un sentimiento tan fuerte que me ahogaba! Hubiera querido decirle que era sabedor de todo el misterio de su alma, que comprendía sus dos amores (uno de los cuales se desangraba entonces sin que el otro pudiera restañarlo), que me causaba lástima hasta el punto de sentir estremecerse las fibras más hondas de mi corazón, hasta sufrir con ella el sufrimiento infinito que no la era posible confesar. En vez de eso, tenía que limitarme á esas inmutables palabras que sirven para todos los duelos, como los paños de las funerarias sirven para todos los entierros. Sin embargo, debió de sentir con cuánta viveza tomaba yo parte en su dolor, pues se puso á hablarme largamente de la niña muerta, refiriéndome su valor contra la enfermedad, sus ternezas, sus frases conmovedoras, con una voz apagada que parecía pasar á través de los sollozos.

—¡Pobre, querida mía!—me dijo.—¡No he podido evitarla ni una crisis; no he podido proporcionarla ninguno de los gozes que tienen los demás niños, que andan, corren y juegan!... ¡Cuánto hubiera sido menester quererla, para compensar todo eso!... Creo que no la he amado bastante, lo suficiente... Tenía otros afanes, otros pensamientos... Cuando me preguntaba «*Mamá, ¿en qué piensas?*», no siempre podía responderla: «*¡En tí, querida!*» Pero, á pesar de todo, me tendía los brazos, sus pobres bracitos flacos que ya no veré, estrechábame contra sí con ellos y me decía: «*Mamá, estoy segura de que me quieres por encima de todo.....*» ¡Oh, sí, la amaba más que á todo! ¡Oh, sí, ahora lo sé!.....

La hacía bien hallarme así. La dejé desahogarse, no hallando ninguna palabra para interrumpirla. Prolongué mi visita mucho más de lo que hubiera creído. En el momento de levantarme para irme, entraba Kermoysan; ví pasar por los ojos de la señora Herdevin como un relámpago de consuelo, como una chispa de vida semiapagada que se reencendiese por un instante. Se dieron un apretón de manos, sin decir una palabra. Comprendí que ese silencio estaba lleno de elocuencia; comprendí que encerraba todo el sufrimiento y todo el consuelo, un infinito de dolor con el cual iba á confundirse un infinito de amor; comprendí que ocultaba uno de esos misterios que ningún ojo humano llega á sondear jamás..... Porque, ¿quién podría medir ¡ay! la ternura y la bondad que la culpa obscurece?.....

## XIV

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEOR BARCELONES

Pasa la vida, se lleva consigo nuestros sentimientos, atenua nuestras impresiones, tolerable para quienes sufren, indiferente para los espectadores. Por otra parte, á menos de te-

ner una curiosidad viciosa, nos interesan bastante poco los asuntos de los demás y sólo prestamos á ellos una atención distraída. Como la señora Herdevin no salía á ninguna parte, la olvidaban. Yo iba de vez en cuando á visitarla por fidelidad; pero veíame obligado á confesar para mis adentros que me interesaba menos desde que la veía rara vez, y siempre triste. A veces, en casa de la señora B... ó en otras partes, se hablaba de ella en términos amistosos y frívolos, para sentir su desaparición ó para condolerse de ella.

—¡Pobre mujer! ¿Cuándo se repondrá de esa herida?

—¡Ah, ya no volveremos á verla nunca como antes!

Y eso era todo.

En cuanto á Kermoyan, había desaparecido. Presa de uno de aquellos accesos de adustez en él habituales, no se meneaba ya de su entresuelo de la calle de Oudinot.

—Estoy trabajando—decía para explicar su retiro.

Creíasele; no había en ello nada de extraordinario. Sin embargo, no pude menos de reparar en que poco más ó menos correspondía su desaparición á la fecha del fallecimiento de la niña Marta, que nos privaba de la presencia de la señora Herdevin. Al pronto me chocó esta observación, como un bello descubrimiento que añadir á los que antes hice. Luego, no viendo sino con largos intervalos á los dos héroes de mi novela, no pensé más en ellos; hasta el día en que trágicas circunstancias los impusieron de nuevo á mi atención, y levantaron, para mí, la última punta del velo de misterio que aún los envolvía.

Érase el mes de Enero, en la época en que están de lleno las diversiones. Como todo el mundo, yo no llevaba otra vida sino esa existencia vana y ficticia que se renueva igual todas las noches y hace volar el tiempo á través de su monotonía: comidas, reuniones, visitas, hartura de unas mismas frases, de unos mismos tocados, de unos mismos manjares; fatiga por las vigiliass harto prolongadas, inocupación absoluta.

Un día, esparcióse el rumor de que la señora Herdevin es-

taba enferma. Al principio sólo se habló de una ligera fluxión de pecho, luego se supo que la enfermedad iba agravándose, y muy poco después que había escasas esperanzas de que se salvara. Pues bien; el mismo día en que empezaron á ser intranquilizadoras, encontré á Kermoysan en una pequeña tertulia de confianza, á la cual le había invitado la señora B..., sin atreverse á confiar mucho en que asistiese.

—Conque ¿ya ha salido usted de su retraimiento?—le dije, acercándome.

Y me respondió:

—Sí, sí..... Eso no podía durar siempre.....

Tenía mala cara, contraídas las facciones, inquietos los ojos.

—Tiene usted aspecto de hallarse fatigado—le volví á decir.—Sin duda, habrá trabajado usted en demasía.....

—¿Trabajado en demasía?.....—exclamó.—Sí, quizá..... Y luego, vea usted lo que son las cosas, no merece la pena de aislarse..... Siempre se necesita de los demás más de lo que se piensa. Aunque sólo fuera para huir un poco de sí mismo.....

—Entonces, ¿renuncia usted al estado salvaje?

—Por completo..... Es absurdo jugar al solitario..... Voy á empezar otra vez á salir como antes..... No por eso dejaré de hacerme mi libro; si lo hago, que de ello no estoy muy seguro.....

En efecto; á partir de aquel día, le volví á encontrar en todas partes, hasta en visitas de tarde. Pero no recobrababa su equilibrio ni aquella absoluta posesión de sí mismo que me admiraban en los primeros tiempos en que le conocí. Llegaba con aire inquieto, como el de quien aguarda ó busca. Tomaba poca parte en la conversación, haciéndolo de un modo nervioso ó distraído, ya respondiendo á tuertas cuando le preguntaban, ya soltando una parrafada larga con que se empeñaban discusiones sin que siguiera él defendiendo su punto de vista.

—El señor Kermoysan se ha vuelto muy extraño—me dijo una vez la señora B...—¿Qué tiene, sabe usted?

—Me parece que ha trabajado con exceso.

Mi anciana amiga se sonrió:

—¡Trabajado con exceso!..... ¡Esto es muy cómodo para los literatos!..... ¡Pone nervioso y todo lo disimula!.....

Siempre había en nuestras reuniones alguien que sacase á relucir el nombre de la señora Herdevin, porque desde su enfermedad la recordaban, ya porque sirviese otra vez de tema para conversación, ya por verdadera bondad y simpatía. Nunca era Kermoyan; pero en cuanto oía pronunciar su nombre se demudaba su rostro, y si estaba siguiendo otra conversación no conseguía disimular que estaba escuchando en otra parte. Por lo demás, las noticias eran invariables: el estado de la enferma iba empeorándose de día en día, aunque resistiendo con toda la fuerza de la juventud y de la anterior robustez. Un médico amigo nuestro nos explicó, con este motivo, que nunca debe desesperarse con la fluxión de pecho; que en su práctica había visto á menudo personas atacadas de esa enfermedad, entrar en convalecencia poco después de haberlas él desahuciado.

—La desgracia está—añadió—en que la enfermedad la padece un temperamento agotado por un gran sufrimiento moral, por ese luto inconsolable..... Por tanto, está bien preparado para ella el terreno.....

No por eso dejó de quedar una impresión más tranquilizadora, con tanto mayor motivo, cuanto que siempre hay tiempo sobrado para entristecerse.

Esto duró próximamente una semana. Fui varias veces á adquirir noticias, pero los informes que obtenía de los criados no eran más claros ni más precisos que los que circulaban en la buena sociedad. Luego, un día, en el comienzo de un banquete, alguien hubo de hacer la pregunta de costumbre:

—¿Hay noticias de esa pobre señora Herdevin?

Y una voz respondió:

—Ha muerto.

Kermoyan estaba sentado frente á mí. Le miré. Hubo tal

fulgor en sus ojos, esbozó tal gesto de espanto y desesperación, que sentí estremecerse hasta el tuétano de los huesos. Dominóse, sin embargo; no llegó á estallar el grito que subía á su garganta, y apelando á toda su energía con supremo esfuerzo, apagó su mirada é impidió que se alterase su fisonomía.

Entre tanto, los criados servían el pescado; y en derredor de la mesa hubo una explosión de simpatía.

—¡Ha muerto!.... ¡Qué pena me da!....

—¡Pobre mujer!.... ¡Tan encantadora, tan buena!....

—¡No ha sido feliz su vida, como merecía!....

—¿Ha sufrido mucho?

Estas frases y otras análogas se cruzaban por encima de las orquídeas que adornaban la mesa, acompañándolas el ruido discreto de los tenedores. A la persona que llevó la noticia invitósele á dar detalles. Poquísimos tenía, sabiendo tan sólo que la agonía fué bastante larga.

Alguien preguntó:

—¿Ha conservado hasta lo último el conocimiento?

Kermoyan, que parecía distraído como si no le interesase nada de lo que pudiera decirse, hizo un gesto de atención mientras respondían:

—No lo sé..... No sé nada más sino lo que he dicho á ustedes.

En ese momento, su vecina de mesa se inclinó hacia él:

—Usted conocía mucho á esa pobre señora Herdevin, ¿no es así, caballero?

Volvióse hacia ella, la miró y dijo, después de vacilar un poco:

—¿Mucho? No, señora; la veía algunas veces.

Otro comensal prosiguió:

—Nunca tuve el gusto de tratarla, pero siempre he oído hablar muy bien de ella. Era una mujer encantadora, ¿no es cierto?

Kermoyan estaba lívido, pero contestó:

—Sí, enteramente encantadora..... en absoluto.

Sentí el esfuerzo que hacía para pronunciar estas frases corrientes, y que sus fuerzas se agotaban. Por fortuna, interrumpióse el diálogo. Servíase otro plato y echaban vino, preguntando:

—¿Pomard ó Château-Laroze?

Era preciso elegir.

Fué un precioso derivativo. Cesaron de hablar de la señora Herdevin, con gran satisfacción de la señora de la casa, que temía que fuese triste su banquete. Sucediéronse diversos asuntos, y bien pronto movieron á risa los discreteos de algunos hombres de ingenio.

Kermoyan guardaba una actitud muy correcta: estaba serio, claro es; pero su rostro impasible no revelaba ninguna emoción. Es cierto que no habló ni una palabra; pero á nadie le produjo extrañeza, pues ya sabían que era bastante huraño. Por otra parte, consiguió pronunciar algunas frases acerca de cualquiera cosa, y entretuvo con conversaciones á su vecina casi tanto como convenía. Creo que fuí el único en reparar que no comía. Dos ó tres veces lo intentó, pero el esfuerzo era demasiado grande y no pudo. En cambio bebía de un trago las copas, conforme las llenaban los criados.

Me acerqué á él en el fumadero, proponiéndome decirle con cualquier pretexto algunas palabras cariñosas, pero no dí con las que buscaba. Por lo demás, me miró con ojos casi suplicantes, que parecía decir: «Se lo suplico, no me diga usted nada, no hable.» Por tanto, me limité á alargarle la vela de color de rosa, con la cual acababa de encender el cigarro. Encendió también el suyo y se puso á fumar maquinalmente, con rápidas bocanadas. A pesar de su silencio, permanecí junto á él para defenderle contra la conversación de los demás, que estaban muy alegres.

Volvimos á la sala, donde había reunión é iban llegando caras nuevas. Kermoyan tuvo que dar algunos apretones de manos. Por un momento le ví acaparado por una señora grue-



sa que gesticulaba con un abanico. Luego se retiró á un rincón; bien pronto, aumentándose el gentío, le ví dispuesto á irse. Sin reflexionar más, me decidí á seguirle.

Estando poco avanzada la tertulia, no se le ocurrió que alguien pudiera salir al mismo tiempo que él. Pidió el gabán, se lo puso á escape y salió sin ver que iba yo tras de sus pasos. Nos encontrábamos en la calle de Jean-Goujon. Pasó por detrás de la fila de coches parados junto á la acera, y tomó con paso rápido la dirección de los muelles. A la distancia á que iba yo de él, veíale accionar entre tinieblas y pararse luego á veces, como un hombre perseguido por una idea fija, que poco á poco le abstraía del mundo exterior y se lo hace olvidar. Después volvía á ponerse en marcha, haciendo eses de una acera á otra cual un borracho. ¿Quién no ha encontrado por las calles fantásticos transeuntes análogos, quién no se ha sonreído al ver su aire, quién no los ha seguido con curiosa mirada? Prolongábanse á veces los altos de Kermoysan, creo que varios minutos. Yo también tenía que pararme; y al reflexionar en ello, me avergonzaba un poco de la especie de espionaje á que iba entregado. Para tranquilizar mi conciencia, acabé por decirme que debía seguirle así para defenderle ó salvarle de sí mismo, si, como era de temer, iba á tomar alguna resolución extrema.

Solitarias estaban las calles, donde el invierno paseaba soplos helados. Sólo á largos intervalos se veían escasos transeuntes, con los cuellos subidos hasta las orejas y soplándose los dedos. Nadie se fijó en nosotros.

Al llegar á la orilla del Sena, Kermoysan se puso de codos en el parapeto y se inclinó adelante. Entonces me oprimió la angustia: con toda evidencia, pensaba en la muerte. La muerte le atraía, las negras aguas cantábanle cantos de sirenas; pensaba en las delicias de no sentir ya el dolor que le atenaceaba el corazón, en ser arrastrado por las ondas allá lejos, al misterio, á las desconocidas regiones donde vagaba *ella*; ¡esperándole quizá! ¿Qué podía retenerle tan largo tiempo,

qué le impedía sumirse en el olvido, del cual sólo una baja pared gris le separaba? Aguardé, oculto detrás de un árbol, pronto á volar en su auxilio, á impulsos de una preocupación, por más que una voz secreta me gritase: «Déjale obrar; si quiere morir, dueño es de hacerlo.» Y no sentía yo el frío, el áspero viento de invierno que hacía crujir las desnudas ramas de los árboles y temblar en la superficie de las aguas el reflejo de los reverberos.

De pronto vi enderezarse con lentitud á Kermoysan y me estremecí.

—Llegó el momento—pensé adelantándome.

Pero no. Estaba de pie y se alejaba del parapeto. Maquinalmente se metió aún más el sombrero en la cabeza y prosiguió la marcha, camino del puente del Alma. Á la sazón iba á paso regular, sin detenerse, con un propósito determinado. Adiviné que quería ver la casa de los Herdevin.

Era un palacio de arquitectura ornamentada, separado de la avenida del Trocadero (á la cual daba su fachada principal) por una gran verja de hierro labrado, con una cifra dorada encima. En efecto, Kermoysan se detuvo en medio de la avenida, frente á la verja. Fué á apoyarse contra uno de los árboles y permaneció allí con los ojos fijos en las ventanas cerradas de la habitación silenciosa. Desde hacía un rato estaba cayendo nieve: una nieve espesa, cuyos grandes copos, estriando la obscuridad de la noche, iban blanqueándole sin notarlo él y sin que tratara de sacudirlos. Era otra forma de la muerte, aún más atractiva; el benévolo sudario preparado por las cosas, la aterciopelada alfombra caída trozo á trozo desde el cielo invitando á la inconsciencia. Pero ésta era una idea para pensarse á sangre fría, y estoy seguro de que no se le ocurrió á Kermoysan. Cuando se sufre realmente, la muerte aparece como manumisión y no como voluptuosidad.

Sin embargo, cansóse de estar inmóvil y se puso á andar de arriba á abajo por delante de la casa, unas veces deprisa, otras despacio. De vez en cuando se detenía, alzaba la cabeza

para mirar á una ventana del segundo piso, la única por donde se filtraba un poco de luz á través de las persianas, sin duda del aposento donde velaban á la muerta, y se retorció las manos. De pronto sentí la horrible idea de que no tendría el supremo consuelo de volver á verla; de que el terrible *jamás* se apoderaba de él con todo su horror en un momento en que aún hubiera podido materialmente (pero no podía) contemplarla entre las flores que la rodeaban y besar sus manos rígidas; de que los últimos ojos que en *ella* se posaran no serían aquellos que la habían adorado, aquellos que sus labios tal vez habían besado, aquellos que su imagen llenaba, aquellos que ni siquiera tenían el derecho de llorarla. Y sentí un estremecimiento de odio contra nuestras leyes, contra nuestras costumbres, que proclaman deberes más sagrados que el amor.

Pasaban muy lentos los minutos; también la nieve caía más despacio.

—¿Irá á permanecer ahí toda la noche?—dije para mí.

De hecho, el tiempo no existía ya para él; no debía de tener conciencia de nada, sino sólo de su dolor. Sin embargo, de repente, como si acabase de tomar una resolución brusca, no volvió á sus paseos, sino que echó á andar adelante muy aprisa. Sin volverse á mirar de nuevo el río, fué á lo largo de los muelles hasta el puente de los Inválidos, lo cruzó, anduvo errante por anchas avenidas oscuras donde estuve á punto de perderle de vista, y acabó por llegar á la calle de Oudinot. Iba tan deprisa, que me costó trabajo seguirle. Por fin se detuvo delante de la puerta de su casa y sacó del bolsillo la llave. Pero, en lugar de abrir, haciendo en el vacío un gran ademán desesperado, prosiguió su marcha infatigable. Sentí nueva angustia. Por desfallecido que estuviese, me hubiera sido imposible abandonarle. Esta vez no era ya curiosidad, puesto que sabía todo cuanto quería saber; era pura lástima, conciencia de que ese infeliz abandonado tenía empero en su mortal tristeza una alma simpática junto á él, cuya compasión quizá le fuese beneficiosa, aunque no la adivinase.

—¡Dios mío! —me pregunté. —¿Qué va á hacer? ¿Adónde va á ir? ¿Ha vuelto á esa idea de muerte que antes desechó, pero que con seguridad anda rondando en torno suyo?.....

Desiertas las calles, dormidas las casas, me sentía solo con aquel desesperado, que, ahogando la nieve el ruido de sus pasos, se deslizaba como un fantasma á través de las tinieblas y del silencio.

No fué muy lejos.

Esquina á la calle de Vaneau permanecía abierta una mala taberna, por más que no se viera ni un parroquiano ante el mostrador de zinc. Entró allí Kermoyan. Un instante después, al pasar junto á las sucias vidrieras, le vi sentado en una mesilla redonda, con una botella de licor. Volví á pasar segunda vez: no bebía, sino que sollozaba, con la cabeza puesta entre ambas manos. Aseguro que era extraño y conmovedor aquel dolor que iba así á desahogarse en aquella tasca, seguro de permanecer allí anónimo.

Le observé un momento á través de los vidrios. El tabernero, de pie detrás del mostrador, también le miraba estupefacto; luego acabó por alejarse para desaparecer por una puerta al fondo, despacito, con precauciones, dejándole á solas. Me conmovió la discreción de ese buen hombre. Pensé que aquellos sollozos que al cabo podían estallar indicaban el fin de la crisis aguda, y me alejé.

Mil ideas confusas bullían en mi cabeza; mil preguntas se apiñaban dentro de mí, á las cuales sólo mi imaginación podía responder. Al regresar á mi casa, hice toda una novela; pero conocía su fragilidad. Sólo una cosa era cierta: Kermoyan guardaba su secreto hasta la postre, más allá de la muerte. Nadie sabrá nunca lo que hubo entre *ella* y él. Ahora pertenecía ya al pasado, no existía más que una sola memoria y con ella se extinguiría. Yo no ví más que algunas chispas, hoy apagadas, y no tenía derecho ninguno para conocer las cenizas.

## XV

Al día siguiente, inducido por vaga inquietud, fui á casa de Kermoysan para saber noticias de él y sin pensar que me recibiría. En efecto, su criado me respondió:

—El señor ha salido.

Pero el honrado Adolfo no sabía mentir á los íntimos; hizolo con aire harto apurado para que me quedase ni la más ligera duda de ello, y me alejé tranquilo.

Después del esfuerzo de la víspera, que aún había de repetirse, era natural que Kermoysan se encerrase á solas con su dolor. Y me imaginaba las horas tremebundas que ese infeliz pasaría con sus pesares, atenaceado el corazón por una de esas mortales tristezas no adormecidas por ningún pensamiento consolador, y que ningún amigo puede compartirlas. Véiale recorrer su gabinete con ese movimiento de fiera enjaulada que se tiene cuando se sufre, queriendo salir en busca de la embriaguez de los pasos y de las calles, pero no atreviéndose por miedo á los ojos que leerían su secreto en su frente: bestia herida y acorralada, que, no pudiendo arrastrarse hasta la fuente, se esconde en su cubil para lamerse la herida.....

Sin embargo, por la noche le encontré en sociedad, impasible, correcto, intachable. Con voz serena me expresó su sentimiento por no haberle encontrado aquella mañana en su casa, aunque insistiendo algún tanto de sobra en explicarme adónde había ido. Habló con otras varias personas de asuntos indiferentes, animándose á defender la última comedia de Alejandro Dumas, *Francillon*, que era atacada. Como la víspera, alguien le habló de la señora Herdevin, diciéndole de nuevo:

—Creo que usted la conocía mucho.

—¿Mucho? No,—respondió en seguida.—La veía algunas veces, con sumo gusto.

Hablaba sin el menor estremecimiento de la voz ni del rostro.

—Los que frecuentaban su trato—añadió—sentían que no recibiese más á menudo; por eso, aunque salía poco de casa, su muerte dejará un gran vacío....

Luego, con perfecta naturalidad, cambió de conversación.

Era la época en que Rollinat declamaba sus versos en todos los salones. Aquella noche estaba de un humor muy fúnebre, pues recitó las composiciones más desoladas de su repertorio. Primero dijo las *Lágrimas*:

.... ¡Oh, cuando, devorado por tristes inquietudes,  
gimiendo en los caminos en honda soledad....  
no ser posible entonces sobre sus yertas manos  
consoladoras lágrimas á mares derramar!

¡Tener celosa envidia del duelo de una madre,  
que al cabo puede libre sentir sobre su faz  
correr con desahogo de lágrimas amargas,  
torrente que tan sólo la muerte ha de secar!....

Vino después un soneto titulado *El silencio de los muertos*, para decir el cual puso tétrica y trágica su avinagrada cara el poeta:

Contemplo su retrato y de él espero  
salga un grito que al fin nos ilumine....

Por último, estando ya lo suficiente preparado el auditorio, ahuecó más la voz, hizo girar con espanto los ojos y oyósele la *Putrefacción*:

En el fondo de ese encierro,  
que humedad perpetua cuaja,  
¿qué ocurre en aquella caja,  
á los seis meses de entierro?....

Los hombres tomaban actitudes de librepensadores, las mujeres hacían muecas de asco. Kermoyan, con los ojos en-

tornados, parecía escuchar con profunda atención. Pero, al pasar yo junto á él en el momento de acabarse el recitado, me dijo con una especie de escalofrío:

—¡Esto es horrible!...

Luego, rectificando en seguida, añadió:

—¡Qué malos versos!

Y no salió hasta bastante tarde.

La actitud había sido tan sencilla y tan perfecta, que por un instante me pregunté si habría yo soñado la velada de la víspera. Luego comprendí que para guardar su secreto empleaba ese lujo de precauciones propio de las conciencias delicadas, á quienes atormenta el sentimiento de su culpa hasta el punto de mostrarles en todas partes ojos fiscalizadores, y á quienes ese temor paraliza hasta en sus actos más insignificantes. ¡Pobre hombre! Ni siquiera se atrevía á encerrarse en su soledad, por miedo á que ese aislamiento fuese notado en aquellos instantes; y se exhibía, vertiendo sangre el corazón, secos los ojos y serena la frente, á fin de que á nadie se le ocurriese preguntar:

—¿Qué es de Kermoysan? ¿Por qué no está aquí?....

Naturalmente, fuí á los funerales de la señora Herdevin. Se celebraron en la Magdalena, con gran ceremonia, como corresponde á una persona muy rica que debe representar hasta en el umbral mismo de la eternidad. Había mucha gente, como siempre la hay en esas ceremonias en cuanto tienen alguna ostentación: parientes, amigos, indiferentes, curiosos, todos con cara de circunstancias calcada por la de los empleados de las empresas funerarias. Esa multitud tomaba no sé qué matiz uniforme: parecíanse los rostros, como los tocados, de suerte que me costó trabajo descubrir á Kermoysan. Sin embargo, concluí por percibirle un poco apartado, medio oculto por un pilar contra el cual se apoyaba, en una actitud semejante á la que tenía la antevíspera bajo la nieve en la avenida del Trocadero. No se movió mientras duraron los oficios, indiferente á las preces que hacían arrodillarse á la concurrencia, miran-

do al vacío, ausente de allí el alma. Entre tanto, junto al catafalco, al que no podría aproximarse sino un momento al fin de la ceremonia, del cual sólo podría despedirse con un hisopazo; junto á aquel ataúd donde dormía la hermosa muerta á la que no pudo volver á mirar, desplegábase la importancia del orondo Herdevin, muy encendido, resoplando fuerte, teniendo en la mano un pañuelo del cual no pensaba servirse, probablemente más aburrido que triste (¿quién sabe? tal vez hasta satisfecho de un accidente que le devolvía la deseada libertad).

Asaltáronme de nuevo ideas subversivas, que me asediaban desde dos días antes. Porque, en verdad, ¿cómo asistir á un espectáculo semejante, en la edad en que aún se es capaz de exaltaciones novelescas, sin maldecir la hipocresía de nuestras instituciones, la eterna mentira que las envuelve, las trabas que han puesto á la libertad del corazón en provecho del egoísmo y de la sequedad de alma? Más tarde se razona de otro modo; entonces sentía yo así; quizá por eso me produjeron una impresión tan fuerte los acontecimientos que observaba.

Cuando el desfile por delante del ataúd, me encontré precediendo á Kermoysan; á mí me tocó entregarle el hisopo. En el momento de tomarlo de mi mano, advertí por segunda vez ese mirar desesperado que se le escapaba como un grito: lo único que le hacía traición. Lo reprimió, como quien ahoga un sollozo. Pero lo oí resonar bajo las bóvedas, digámoslo así, hasta llenarlas. Luego resonaron los órganos, cubriendo con sus pesadas armonías aquel grito mudo y perdido. Los conductores echaron el paño funerario cubierto de flores encima de la caja que llevaban con paso tardo, que resonaba en las losas, mientras se formaba detrás de ellos el acompañamiento.

Permanecí junto á Kermoysan. Salió de la iglesia sin voluntad ninguna, empujado por la muchedumbre, y se detuvo en uno de los escalones, fijando los ojos en el coche empena-



chado, que bien pronto se movió y se puso en camino, retardando la marcha de los coches de alquiler, arrancando á los transeuntes un saludo anónimo; después se perdió entre los ómnibus en la tranquilidad que había por las rondas.

Kermoyan acabó por notar que estaba yo junto á él. Me miró, movió los labios sin que saliera de ellos ningún sonido y, sin embargo, consiguió pronunciar con voz ronca:

—¡Siempre es triste un entierro!

Le respondí con un ademán vago y me alejé para evitarle otro nuevo esfuerzo. Dió algunos pasos maquinalmente en la dirección que había tomado la desaparecida comitiva fúnebre. Se detuvo después, volvió pie atrás y le ví marcharse en una dirección opuesta, tan deprisa, que parecía huir, huir de un enemigo, invisible para los demás, por el que se sentía perseguido.

## XVI

Los días siguientes no fuí á ninguna parte sin encontrar á Kermoyan. Diríase que se proponía concienzudamente liquidar una larga deuda atrasada de visitas, ó que una especie de fiebre mundana le llevaba de salón en salón. En todo caso jamás hubo otro ocioso que con mayor exactitud cumpliera sus deberes sociales. Hasta me pareció que exageraba, que á fuerza de querer precaverse de sospechas, corría el riesgo de provocarlas. Por lo demás, no podía infundir sino sospechas muy vagas; imagínese el esfuerzo de razonamiento que hubieran tenido que hacer las personas que antes no hubiesen fijado la atención en ello, para encontrar algún enlace entre las salidas de Kermoyan y la muerte de la señora Herdevin. Las personas de sociedad, si se toman ese trabajo, saben observar bien; pero su clarividencia no llega hasta la adivinación. Sus mane-

ras chocaron á algunos de sus conocidos; llamaron la atención sus cambios de costumbres; advirtiéronse sus distracciones más frecuentes, sus tristezas repentinas, las arrugas con que una idea fija fruncía su frente y los ángulos de su boca, y que poco á poco cambiaba la antes serena expresión de su rostro en una expresión de tormento. Y no hubo más. Presenció algunas conversaciones de que fué objeto: ninguna se aproximó á la verdad.

—¿No les parece á ustedes que el señor Kermoysan ya no es el mismo?—preguntaba alguien.—Ha envejecido mucho, de algún tiempo á esta parte; se arruga, está distraído..... ¿Qué le pasará?....

Y una voz respondía:

—Dícese que trabaja mucho.

—¡Pero si ya no publica nada!—objetaba otro.

Como hubiese en la tertulia alguna persona malévola, no dejaba de oirse:

—Precisamente, quizá sea eso lo que le aflija..... Se siente vacío, sufre por ello..... Nada agría á un hombre como las contrariedades de la vida literaria.....

Claro es que en más de una ocasión se dijo que sin duda habría por medio en esto una mujer. Pero nadie sabía nada, y ninguno sospechó que aquella mujer había muerto y que él la lloraba. Confieso que sentí cierto placer mezclado con orgullo al saber yo más que todo el mundo; regocijábame también al ver que su heroísmo no era inútil y que conseguía guardar su secreto.

Esto duró así unas dos ó tres semanas. El recuerdo de la señora Herdevin iba borrándose de día en día. Ya no se hablaba más de ella, ó si sonaba por casualidad su nombre en la conversación, parecía venir de lejos. Los mismos que habían apreciado su gracia, sus encantos, su belleza, ya no pensaban en ella; todo eso pertenecía al pasado, eran cosas muertas, y por derecho propio les cuadraba el olvido. Sin embargo, reparóse en el cínico descoco con que Herdevin paseaba con su

querida por los sitios públicos. Pero Herdevin jamás había frecuentado la misma sociedad que su mujer, donde nadie se ocupaba de él. Por tanto, limitáronse á decir:

—Dentro de algunas semanas se casará con esa perdida.

Y no se volvió á hablar más del asunto.

Entre tanto, Kermoysan efectuaba una nueva retirada, disponiendo con mucho arte las transiciones. Se prodigó menos, sólo iba algunos minutos á los salones donde aún aparecía, renunció convites y dejó difundirse el rumor de que por fin iba á imprimir otro nuevo libro.

Cuando se le hablaba de esto, no decía que sí ni que no.

—¡Ya verán ustedes como no lo hace!—decían los maliciosos.—Habla de ello con sobrado misterio.....

¡Otro nuevo libro! ¡Ah, ciertamente, no pensaba en tal cosa! Nunca olvidaré la última visita que le hice en aquella época. Le encontré sin hacer nada, en su gabinete lleno de desorden. Varios tomos, que sin duda se había propuesto leer, estaban tirados revueltos encima del diván, de las butacas, de las mesas: poetas, prosistas, hasta libros devotos. El aposento tenía yo no sé qué aspecto desolado de estancia abandonada. Como me aproximase á la gran mesa de trabajo, atestada de papeles, de periódicos con sus fajas, de cartas sin abrir, noté que la tinta se había secado en el tintero de cristal. Dejé escapar un signo de asombro, advertido por Kermoysan, que estaba junto á mí de pie.

—Sí—exclamó—la tinta está seca..... Ya sabe usted que el calor del cok..... Por otra parte, no trabajo..... Poco arranque..... Ninguna idea.....

Y prosiguió, con un tono de afectada indiferencia:

—¡Bien sabe usted que hay momentos así!..... Yo siempre los he tenido..... Sólo que esta vez se prolonga más de lo habitual..... Eso me molesta mucho: mi libro no se acaba, y será muy bueno mi libro.....

Y haciendo un esfuerzo se puso á hablarme de ese libro, del cual estaba muy lejos su pensamiento.

—Trabajaba mucho más cuando era marino—volvió á decir.—Necesito de los viajes..... Cambiar de lugares, moverse, bullir: sólo eso es bueno.....

Me había hecho que tomase asiento, sin sentarse él. Mientras me hablaba, paseábase de arriba á abajo por el gabinete, con esos movimientos de fiera enjaulada que ya conocía yo, y con esa agitación interior que impele á moverse.

Cuando salí, Adolfo vino á acompañarme hasta la puerta de la escalera. Me chocó casi tanto como su amo, cuya disposición de espíritu reflejaba siempre un poco. Llevaba una barba de ocho días y un delantal no muy limpio; visiblemente iba aguas abajo.

—Temo que su señor no esté muy bien hace algún tiempo,—le dije.

El buen hombre meneó la cabeza, guiñó los ojos y comenzó á decir:

—¡Ah! el señor.....

Pero se detuvo en seco, discretamente.

No volví á la calle de Oudinot, por temor á turbar aquel duelo á quien tan bien sentaba la soledad. Hay dolores que desafían á todo consuelo que no sea el del tiempo, y el tiempo se hace largo cuando se sufre. En cuanto á mí, como no sufría, pasóseme á escape. Un poquillo olvidado tenía tal vez á Kermoysan (en quien, sin embargo, pensaba algunas veces, imaginándomelo retirado y digámoslo así emparedado en su cuarto de célibe, separado del mundo por una barrera invisible, por el infranqueable muro de sus pesares), cuando se esparció el rumor de que iba á marcharse al Sudán.

Era cierto.

—Entonces, ¿por qué abandonó el servicio, si no puede estar quieto en ninguna parte?—se preguntaban sus amigos.

Y vituperaban su inconsecuencia.

Pocos días antes de marcharse, vino Kermoysan á despedirse de mí. Estaba muy cambiado, flaco, escuálido, con el aire más tristemente distraído y la mirada más vaga que nun-

ca; y en su andar, en sus movimientos, en sus ademanes, aquella inquietud continua y amenazadora que había yo notado ya en mi última visita. Aún le veo, sentado en mi única butaca, con sus movibles ojos que se fijaban en todos los objetos de la estancia cual si fuese á hacer su inventario, mientras sus pies se agitaban y sus manos cruzadas se frotaban de continuo una con otra. Estábamos ambos un poco cortados, ocurriéndosenos ideas que no podíamos ó queríamos decir; por mi parte, oía siempre otras palabras diversas de las que pronunciaba él con voz indiferente. Le pedí algunas noticias respecto al propósito y á los medios de la expedición á la cual iba á agregarse. Diómelas, sin parecer que le interesasen nada. Salieron de sus lábios nombres de sonoridades desconocidas, Uarglá, Cham-bâa, Tidikelt: hubiérase dicho que él no los oía. Me refirió someramente algunas de las heroicas y vanas tentativas hechas para penetrar en las no exploradas regiones que iba á recorrer. Y como exclamase yo:

—¡Es una loca temeridad, eso que usted se propone!.....

Me respondió:

—¿Loca? No..... Atrevida, sin duda. Pero no más que otras muchas empresas que han salido bien..... Por otra parte, ¿por qué he de titubear?..... No tengo familia ni deberes para con nadie; soy completamente solo; mi independencia es absoluta..... ¿Qué importa, pues, si me dejo la piel allá?

—¿Y los amigos de usted? ¿Y la literatura?

Sonrióse y dijo con dulzura:

—A mis amigos, otros les quedan..... En cuanto á la literatura..... ¡por Dios!..... ¿Qué quiere usted que haga ella de mí?..... ¡Si cree usted que pienso en tal cosa!..... Además, ya no hago nada, ya no escribo; no me distrae lo suficiente..... ¡Acción, acción, movimiento, peligro: eso es lo que me hace falta!

Animábase su mirada, y repitió:

—¡El peligro! eso sí que es un placer..... el último que da algún precio á la vida..... Se aferra uno á ella cuando está á

punto de perderla..... Y luego, ¿qué quiere usted? Necesito ocuparme en algo..... Si regreso, al menos habré hecho alguna cosa..... Y si no vuelvo..... ¿por qué no se ha de dormir tan bien bajo las arenas del África como bajo nuestra tierra negra?

Cuando, dichas estas palabras, se levantó alargándome la mano, le miré cara á cara y le dije, recalcando las palabras:

—Temo..... temo que no vuelva usted.

Molesto por mi mirada, apartó los ojos y murmuró con tono de indiferencia:

—¿Quién sabe?..... Tal vez sí, tal vez no..... Más bien creo que volveré..... Vea usted, tengo el alma muy agarrada al cuerpo; no se separará sino cuando no pueda pasar por otro punto.

Luego, al verme conmovido, me dió un apretón de manos con una cordialidad inesperada. Sus últimas palabras, que nunca olvidaré, fueron éstas:

—¡Adiós!..... ¡Buena suerte á través de la vida!

¡Ay! bien sabía yo que no volvería á verle.

Durante varios meses, no hubo ninguna noticia particular de él; sólo pudo seguirse, por informes lejanos é inciertos, la marcha de la columna expedicionaria metiéndose con él en comarcas desconocidas, á lo largo de algún caudaloso río de curso casi ignorado. Después, un día se supo que había muerto en un reconocimiento, tras una defensa heroica y solitaria. De seguro, eso no era un suicido; y, sin embargo.....

## XVII

Tales son los hechos que recordada poco á poco en el curso de la conversación que referí en el comienzo. Había dejado de tomar parte en ella y hasta de atender, arrastrado por la

corriente de aquellos recuerdos que iban resucitando lentamente en mi memoria. Traté de precisar sus contornos inciertos, á la vez que me abandonaba á algunas reflexiones muy vagas.

«¡Ay, nada sabemos de los demás! Vémosles ir y venir, agitarse, padecer, amar y morir, sin que nuestros torpes ojos consigan atravesar la dura costra de las apariencias para calar más hondo, en las regiones del alma, aquellas donde reside el ser verdadero, eternamente ignorado, impenetrable, inaccesible. Sus pensamientos se nos manifiestan por medio de palabras que creemos comprender, y nunca estamos seguros de haber comprendido su significado. En cuanto á sus actos, ¡ah! mucho peor aún: ¡nos engañan más que las palabras! Los juzgamos, los justificamos, los definimos, diciendo: estos son buenos, aquéllos son malos; estos son justos, aquéllos son injustos; estos son admirables, aquellos no tienen excusa. Y nuestros fallos son casi siempre otros tantos errores inicuos, porque se fundan en las groseras categorías fabricadas por nuestro burdo análisis de los hechos.

«¡Los hechos!..... ¿Qué importan los hechos? No son sino signos más inciertos que las palabras: y no sabemos interpretarlos. Ellos son lo único que vemos; y, sin embargo, sólo nos importan los sentimientos, los cuales se nos escapan, ¡rodeados de misterio, y de tal diversidad!

»¡Ay! en estas delicadas cosas del corazón, ¿quién deslindará los límites exactos entre el bien y el mal? ¿Quién dirá cuándo el amor prohibido por las leyes humanas lo es también por esas leyes superiores cuya divina indulgencia presentimos á veces? ¿Quién dirá cuándo queda la culpa expiada por el sufrimiento, y aun acaso transformada hasta en su esencia? Porque, en último término, el poder de amar de un corazón dilatado que rompe las cadenas de las preocupaciones, de un alma que se exalta por encima de las trabas sociales, ¿no es acaso una virtud? ¿No hay heroísmos superiores á la fría observancia de las reglas, á la vulgar obediencia de las leyes?

» ¡Pobres silenciosos! ¡Cuántas lágrimas cuya amargura habéis guardado para vosotros solos!

» Admírase al herido que, echado en el suelo, tinto en sangre, aguarda la muerte sin exhalar gritos inútiles..... Y vosotros, que ocultais vuestra angustia bajo antifaces infachables; vosotros que sabéis ir y venir, hablar y sonreiros mientras se os desgarran el corazón, ¿no seréis más que unos despreciables embusteros?..... ¡No, no; también sois héroes vosotros!.....»

Otras cosas más pensaba yo entonces. Pero, ¿á qué transcribirlas aquí? Aunque sólo sean hechos, los hechos tienen su elocuencia. Si he sabido narrar los que llevo relatados, deben manifestar su significación; y si hay un juez, ante él defenderán la causa de dos amantes que sin duda sufrieron aún más que pecaron.

EDUARDO ROD.



# EL DISCURSO

DE

## APERTURA DE LOS TRIBUNALES

Y

### LA MEMORIA DEL FISCAL DEL SUPREMO.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS

Este año han sido escritos tales documentos por los mismos autores que el año anterior: por los señores D. Santos de Isasa y Valseca y D. Luciano Puga y Blanco, Presidente y Fiscal, respectivamente, del Tribunal Supremo. Pero mientras el año anterior, tanto el discurso como la Memoria, ofrecían materia sobrada para abundantísimas observaciones por parte del que los leyere, en el año corriente parece como si los dos referidos funcionarios judiciales se hubiesen puesto de acuerdo para presentar al público trabajos casi del todo estériles, tan secos y privados de jugo, que por afilados que la crítica, la crítica positiva y seria, tuviese los dientes, no lograría encontrar apenas un punto donde clavarlos.

El Sr. Isasa, al examinar en su discurso del año pasado «aquellos principios esenciales de procedimiento que más pueden afectar á la administración de justicia criminal, y que, ó por no estar bien definidos, ó por no resultar en armonía con otros no menos esenciales, reclaman serio y determinado es-

E. M.—*Noviembre 1897.*

tudio, como preparación de su reforma, en lo que fuere necesario», trató cuestiones de verdadero interés, tales como las siguientes: el motivo de que terminen tantos procesos por sobreseimiento, ¿consiste en que se persiguen judicialmente casos más propios del orden de la policía que del orden judicial, ó consiste en que, por lo que respecta á los sobreseimientos provisionales, el mal resultado depende de la falta de medios de averiguación y de personal idóneo y suficiente para conseguirla? Una vez declarado el sobreseimiento, es decir, una vez resuelto que no ha lugar á seguir el juicio para obtener declaración alguna sobre responsabilidad criminal, ¿quedan también *ipso facto* terminadas las cuestiones que á la responsabilidad civil pueden afectar? En caso negativo, ¿deben ser objeto esas cuestiones del proceso criminal, ó han de remitirse—y de qué modo—á un juicio civil? ¿Es admisible que la administración de la justicia criminal se equipare por completo á la civil, considerándola como una lucha entre dos partes encontradas, y que su funcionamiento se haga depender, tan en absoluto como hoy ocurre, de una de esas partes, del ministerio fiscal, hasta el punto de que, retirada por éste la acusación, el juicio no puede seguir, aun cuando los magistrados que componen el Tribunal entiendan que la cuestión no está clara ó que el retirar la acusación es desacertado? ¿Convendría exigir que los jurados fundamentasen sus veredictos, como fundamentan sus sentencias los Tribunales de Derecho, y que, lo mismo que éstos, fueran también aquéllos responsables de los errores que al juzgar cometieren? y algunas otras.

Como para hacer juego con el discurso de 1896, ha querido consagrar el de este año el propio Sr. Isasa al estudio de las reformas que, á juicio suyo, deben introducirse en la ley de Enjuiciamiento civil, reformas que ya en aquel discurso reconocía como «de necesidad apremiante» y que ahora sigue considerando como muy indicadas, sobre todo después de la ley de 10 de Junio del corriente año; sin embargo de que no parece participar de la opinión de aquellos para quienes las

actuales circunstancias no permiten acometer una reforma completa y general de nuestra vigente legislación y entienden que es preciso «limitarse á lo posible, y dentro de lo posible á lo más fácil y urgente,» esto es, á la ley de Enjuiciamiento civil, cuya modificación—añaden los que defienden este punto de vista—ni ofrece los obstáculos con que se tropieza al intentar la del Código penal, ni exige el aumento de gastos que implicaría una nueva organización de los Tribunales, ni tendría los peligros que se supone van anejos á toda innovación en la ley de Enjuiciamiento criminal. El Presidente del Tribunal Supremo piensa que tales razones de eliminación de otras reformas legales, fuera de la ley de Enjuiciamiento civil, «no son tan fundadas que por ellas solamente deba abandonarse, desde luego al menos, el propósito de realizarlas de un modo general y completo;» por el contrario, «en su opinión, la reforma debería ser total y extenderse á todas las leyes cuya aplicación corresponde á los Tribunales. Prescindiendo del Código civil—que por sus propias disposiciones no puede reformarse hasta pasado cierto período de tiempo—habría que reformar el Código de Comercio, las leyes de Enjuiciamiento civil y mercantil, el Código penal y su ley de procedimiento, y conjuntamente, si no precediéndolos, la ley de organización de los Tribunales.» Por supuesto, que esta modificación que de todas nuestras leyes quiere el Sr. Isasa, no tiene, á lo que parece por las brevísimas indicaciones que hace sobre el particular, nada de revolucionaria; aun participando de la opinión general que pide reformas, el Presidente del *más alto* Tribunal de la nación, «por sus antecedentes, por la firmeza de sus convicciones, por sus arraigados principios, no puede entregarse á la corriente sin protestar antes de la necesidad de armonizar con el espíritu de crítica y de reforma el más difícil del profundo respeto á la ley y del estricto rigor en su cumplimiento y observancia.» Así que todo lo que pide son alteraciones parciales é incompletas y pocas en número, si bien no se aparta de que puedan ser «precursoras de otras que

se sucederán en el tiempo, sin lograr definición y estado duradero hasta después de tentativas y ensayos, cuyo número sería aventurado predecir.»

Con todo, la única reforma en que insiste, y á la que el autor dedica la casi totalidad de su trabajo, contentándose respecto á las demás con poquísimas indicaciones aparte de las apuntadas, es á la reforma de la ley de Enjuiciamiento civil. A esta parte del discurso debiéramos, por consiguiente, dirigir nosotros ahora la atención; pero nos encontramos relevados de hacerlo por cuanto en las treinta y tantas páginas que ocupa, apenas si se encuentra alguna que merezca fijar aquélla. Y es que el Sr. Isasa, en su afán de huir—como lo han hecho algunos otros en su mismo puesto—de todo lo que pudiera obligarle á discurrir en el terreno doctrinal y, como suele decirse, «de los principios», en vez de dilucidar cuestiones fundamentales, de esas que envuelven la solución de multitud de otras subordinadas, de esas que dan á los legisladores puntos de vista y de luminosa orientación para el acertado desempeño de su cometido, se fija en unas cuantas de importancia muy relativa y á ellas reduce toda la reforma de la ley de Enjuiciamiento civil. ¡Como si en este orden, tan estrechamente ligado con el orden del Derecho civil, en la actualidad amenazado de la más radical y grandiosa de las transformaciones, no le correspondiera al legislador de los países cultos hacer otra cosa que cruzarse de brazos y mantener el *statu quo* legal, haciéndose sordo á las enseñanzas de la vida; y como si los consejeros y guías de los legisladores no tuvieran la obligación estrecha de mostrar á éstos los peligros que se les echan encima por consecuencia de los cambios sociales que ya alborean en el horizonte y de señalarles los derroteros que deben seguir para encauzar profundamente las nuevas fuerzas y hacer que su advenimiento, como factores activos, al campo de la diaria lucha de la vida sea lo menos tumultuoso posible. El Sr. Isasa dice á este propósito que es necesario «huir de la tentación de radicales innovaciones». Según y conforme. El legislador,

como todo hombre de gobierno, necesita mucho tacto y mucha medida para no producir con sus mandatos alteraciones y movimientos bruscos y desordenados en el pueblo á que sirve; no ha de ser un revolucionario desatentado que ordene poner en práctica de súbito y sin consideración alguna á las circunstancias de lugar y tiempo lo que á él se le antoje que son exigencias absolutamente racionales de un derecho natural abstracto. Muy por el contrario: el legislador y el gobernante, al acometer cualquiera reforma, si es que pretenden que ésta sea viable y adquiera el conveniente arraigo, han de usar de gran parsimonia, estudiando de antemano los elementos sociales sobre que pretenden obrar, su relativa eficacia, la acción recíproca y más ó menos directa de unos sobre otros; y en vista de este estudio, favorecerán el desenvolvimiento de aquellos que sean más beneficiosos para obtener útiles resultados sociales y al propio tiempo hayan llegado á adquirir tal empuje que fuera insensatez esforzarse en contrarrestarlos. Las innovaciones que hagan los legisladores han de ser motivadas; han de ser innovaciones que no choquen grandemente con el estado actual y con los intereses predominantes en la colectividad para la cual legislan, antes bien, deben venir determinadas por ese estado y esos intereses (muchas veces, distintos de los que las leyes á la sazón vigentes garantizan, y hasta incompatibles con ellos). Para decirlo en pocas palabras, el reformador de las leyes, si quiere que su obra sea eficaz, debe abandonar los procedimientos radicales que tan en uso han estado en la mayoría de los países europeos durante un siglo largo, y emplear un procedimiento rectamente conservador. Pero á la vez, el mismo legislador debe ser radical en sus aspiraciones y debe estar trabajando incesantemente en la preparación de innovaciones radicales. Es un hecho innegable que las sociedades, como todo ser vivo, están en continua transformación por variar cada año y aun cada momento la importancia y el valor de las fuerzas que en su seno se agitan: las que ayer tuvieron preponderancia la han perdido ya

hoy, y viceversa. Es indudable asimismo que la disposición que en cada instante adquiere el conjunto de esas fuerzas constituye un estado de equilibrio social, un «orden» social. Lo es también que la legislación vigente, en un momento dado, como quiera que permanece invariable, estadiza, responderá á lo sumo á uno de los «órdenes» sociales ya pasados, pero en modo alguno puede ser adecuada á toda la enorme multitud de «órdenes» sociales que, unos tras otros, en curso incesante, se van sucediendo; lo que equivale á decir que el «orden» protegido por la legalidad vigente es un «orden» que no merece la calificación de «jurídico», aun cuando sea el orden legal, porque es un «orden» envejecido y quizá muerto del todo, y que empeñarse en defenderlo á toda costa en contra del orden real que bajo aquél se ha venido formando, es altamente injusto, y sobre injusto, insensato. Misión del legislador que ejerza su oficio como corresponde, de aquel que se reconozca como un funcionario social encargado de ir satisfaciendo las necesidades del cuerpo á que sirve de órgano, será el estar modificando diariamente las leyes, abandonando las antiguas que se hayan hecho inservibles, aun cuando haya muchos que exijan su conservación por creer que protegen sus intereses, y dando leyes nuevas en las que se infiltre el espíritu que observe hallarse patente en el organismo social y del que deberá hallarse él, por el puesto que ocupa, más penetrado que nadie. Las aspiraciones que en la masa social hayan ido produciéndose y hayan adquirido ya cierto poder, el legislador es el encargado de formularlas concretamente y de darlas expresión en la ley, aunque la misma masa no tenga todavía una clara conciencia de las mismas (el legislador precisamente la provocará, apresurando lo que podemos decir su alumbramiento) y aun cuando tales aspiraciones tiendan á derrumbar alguna parte del edificio de la legalidad vigente, del «orden» legal constituido. Á mi entender, y en contra de la opinión corriente, el legislador, para desempeñar su papel con acierto, debe ser, de todos los miembros de un grupo social, el más tentado

á las «innovaciones radicales». Y esto, por otra consideración además de lo dicho. La labor legislativa, como labor humana, es una labor teleológica, final, y todos los actos constituyentes de la misma habrán de ir encaminados á la persecución del fin de bienestar social, que ha de servirle de blanco. Sucederá á menudo que, para la realización del ideal que el legislador pretende conseguir, sea necesario provocar, más ó menos directamente, por medio de disposiciones legales, el nacimiento de instituciones ó elementos totalmente nuevos, ó trasplantar é introducir algunos exóticos, ó combatir violentamente otros que, dentro del «orden» legal presente, desempeñen un papel predominante, ó á los que la masa general de los ciudadanos, la opinión pública, mira con afecto y los considera como algo indispensable para su vida (v. gr., el duelo, las corridas de toros, la guerra, ciertas formas de delincuencia endémica, ciertos prejuicios y supersticiones populares, etc.), lo cual no podrá hacerse sino empleando medidas radicales.

Por lo demás, si nos colocamos en el punto de vista adoptado por el Sr. Isasa; si consideramos que la vigente ley española de Enjuiciamiento civil debe permanecer inalterable en su conjunto, en los principios capitales que informan sus disposiciones, en su estructura, plan, tecnicismo y distribución de materias; ó lo que es lo mismo, si juzgamos que esa ley debe ser más bien retocada que verdaderamente reformada, haciendo que el retoque no consista en otra cosa sino en suplir algunos vacíos que en ella advierten los leguleyos, en «concordar preceptos y disposiciones que aparecen contradictorios, no siéndolo realmente», en «dividir y clasificar los juicios con sentido técnico», en «uniformar en lo posible lo civil y lo mercantil.....», en tal caso, el discurso del Presidente del Tribunal Supremo se encuentra ser un trabajo muy aceptable, supuesto que presenta un cuadro bastante completo (1) de las deficien-

---

(1) Completo en absoluto tampoco se propuso trazarlo su autor. «Un programa completo de la reforma—dice el Sr. Isasa en la pág. 12—sería

cias, contradicciones é injusticias de mayor bulto que en la referida ley encuentran los encargados de aplicarla, al propio tiempo que indicaciones positivas sobre el modo de remediar tales defectos. Algunas de esas indicaciones podrían ser aceptadas desde luego por el legislador y puestas en práctica, verbigracia la que consiste en «establecer una tasa de gastos para los juicios verbales y los de menor cuantía, y en aliviar á los litigantes que no mereciesen imposición de costas con una minoración notable de todos los gastos y derechos, y aun de los gravámenes fiscales concernientes al litigio». Con lo cual se comenzará á marchar por el camino que conduce á lograr la aspiración de la «justicia gratuita ó muy económica», aspiración que va marcándose cada vez con mayor fuerza (1), y se evitaría uno de los principales motivos por los cuales son mirados por los ciudadanos los tribunales con sumo recelo y hasta con verdadera repugnancia.

\*  
\* \*

El Sr. Puga, que en sus Memorias de años anteriores disertó sobre multitud de puntos, en la de este año apenas si lo

---

imposible en esta ocasión, por la variedad de sus motivos y la multitud de sus conceptos, aun sin descender á los de detalle y puro trámite. Mi propósito ha de reducirse, por consiguiente, á justificar la necesidad de la reforma y á indicar la que me parecería más acertada con referencia á algunos puntos importantes, que serán: la determinación de la jurisdicción civil en sí considerada y con relación á otras; la clasificación de los juicios declarativos, y la uniformidad de los juicios civiles y mercantiles en las materias en que hoy más diferentes aparecen». Y en las últimas páginas añade: «En la imposibilidad de formular un programa completo de reforma en materia de tantos motivos y detalles, he presentado como ejemplos algunas de las que á mi juicio reclama el Enjuiciamiento civil. Como indicaciones no más han de juzgarse.»

(1) Véase acerca de esto mi artículo sobre *Organización judicial*, publicado en *La Administración*, tomo III, 1896.—Cuanto á lo criminal se refiere, el Fiscal del Tribunal Supremo, en su Memoria del año pasado (páginas 31-34 y 43-47), puso de manifiesto la injusticia de la pena de costas y la crueldad que la mayoría de las veces lleva consigo la exacción de éstas.



hace de dos ó tres, y esto con brevedad suma. De manera que teniéndonos acostumbrados á ofrecernos trabajos de bastante extensión (1), ricos en problemas de más ó menos importancia, rompe este año con tal costumbre y en poquísimo espacio encierra las escasas observaciones que, acerca de la administración de justicia durante el año judicial último, le ha sugerido el desempeño de su cargo y el estudio de las Memorias de los Fiscales de las Audiencias, sus subordinados. El Fiscal alega, en descargo de su conducta, además de motivos de salud y dolores morales originados por desgracias íntimas (2), el hecho de que «la materia está casi agotada», y claro es que teniendo poquísimo que decir, exponer y proponer al Gobierno tocante á la administración de justicia, resulta muy natural que el escrito en que lo hace sea breve. Ahora, si el Sr. Puga se hubiese limitado á justificar su proceder apoyándose en las dos razones primeramente alegadas, nadie tendría reparos que oponerle, pues tales razones son de aquellas que, no bien son conocidas, adquieren, en casos como el presente, perfecto asentimiento. Lo que á muchos no convencerá, antes bien provocará en ellos viva protesta, es eso de que «la materia esté casi agotada». ¡Cómo! dirán ellos, ¡con que, por lo visto, si el Sr. Puga continúa algunos años más desempeñando el puesto que hoy ocupa, el art. 15 de la ley adicional á la orgánica del Poder judicial habrá de ser derogado expresamente ó caerá en desuso, á lo menos en la última parte del párrafo segundo, puesto que el Fiscal del Tribunal Supremo no tendrá reforma alguna que proponer al Gobierno para el mejor y más

---

(1) La Memoria del año pasado tenía no menos que 114 páginas de texto.

(2) «Consta á V. E., dice, que graves quebrantos de salud me obligaron á interrumpir mis tareas oficiales, viniendo á hacer más aflictiva esa situación decretos inexorables de la Providencia que, hiriéndome en lo más profundo del alma con golpe terrible y cruel, avivan los males físicos con dolores morales y perdurables amarguras.»

acertado desempeño de la función judicial! ¡Con que tan perfecta es nuestra administración de justicia en el orden civil que, reformando en ciertos particulares la institución de la tutela y buscando el modo de dar cumplimiento en España á las sentencias dictadas por tribunales extranjeros, no queda ya nada que hacer, como se desprende del hecho de haber sido estas dos las únicas modificaciones que desde que el Sr. Puga desempeña su cargo ha propuesto (1) al Gobierno! ¡Con que la multitud de graves problemas de Derecho y de procedimiento civil que tanto preocupan á los estudiosos, á los gobernantes y á los funcionarios judiciales de otros países los tenemos ya nosotros resueltos, y resueltos de una manera exacta y definitiva, ó no ha de preocuparnos lo más mínimo su solución, pudiendo y debiendo desinteresarnos de ellos y seguir haciendo impasibles nuestra vida como si semejantes problemas no existieran ó no nos afectasen! Y en cuanto á la administración de justicia penal, ¿cómo hemos de suponer que en España es inmejorable, que «se desenvuelve normalmente» y que sólo tiene «pequeños defectos é imperfecciones de detalle, inseparables de toda obra humana» (2), cuando en todas partes se halla todo su organismo tan en crisis, hasta el punto de que acaso ningún género de instituciones la sufre actualmente tan fuerte como las instituciones penales, desde las más fundamentales ideas y desde los primeros conceptos de delito, pena, responsabilidad, etc., en que las mismas se apoyan, hasta los últimos y más minuciosos detalles tocante á la ejecución de las penas, á la organización de la policía judicial, á los servicios penitenciarios, al de los peritos médicos y de otras clases; y cuando el propio D. Luciano Puga ha confe-

---

(1) En la Memoria de 1895, págs. 68-75. En la de 1896, ya dije (ESPAÑA MODERNA de Noviembre de 1896, pág. 75) que no se hacía indicación alguna tocante á reformas de índole civil. Lo propio ocurre con la de este año.

(2) Esto lo decía el Sr. Puga en su Memoria de 1895, pág. 77, sin que en las posteriores haya rectificado la especie.

sado de un modo simple en su Memoria de este año, y con un pesimismo injustificable en la del pasado, que la criminalidad aumenta de una manera «alarmante» en la generalidad de las provincias de España, y, por consecuencia, reconoce implícitamente que la forma de administrar hoy la justicia criminal en España es ineficaz para lograr el objeto que persigue?

Tres cuestiones tan sólo toca el Sr. Puga en la Memoria de que nos venimos ocupando: la de la criminalidad y sus causas en España; la de la forma en que los Fiscales deben ejercitar sus acciones, y la del Jurado. La segunda de ellas, planteada, según el Sr. Puga dice, por el Fiscal de la Audiencia de Granada en su Memoria dirigida al del Tribunal Supremo, consiste en saber si los representantes del ministerio público no pueden ejercitar las acciones penales, conforme á las leyes españolas, más que por querrela, ó si también podrán presentar denuncias ante los tribunales, para que éstos procedan de oficio, en los casos en que los ciudadanos pongan en conocimiento de los funcionarios fiscales, sin la garantía de comprobante alguno, la comisión de delitos públicos, en vez de denunciarlos al juez de instrucción, ó al municipal en su caso, con arreglo al art. 262 de la ley de Enjuiciamiento criminal. El señor Puga opta por la última solución, de acuerdo con el criterio «legal y acertado» sostenido por el Fiscal consultante; solución que por el momento no nos es posible discutir, pero que, mirada desde el punto de vista de la legislación é instituciones actuales, creemos mejor que su contraria. Esa solución la formula del siguiente modo el Sr. Puga, después de expuestas las consideraciones doctrinales y, sobre todo, legales en que la funda: «La ley, al suponer que el Fiscal ejercite por medio de querrela las acciones penales, debe interpretarse en un sentido natural y estricto. Cuando ejercite acción penal, la querrela es indispensable. En otro caso, le bastará acudir al juez ó tribunal, dando conocimiento del hecho que como criminal se le denuncia para que inicie el procedimiento, en cuyo curso pedirá lo que estime oportuno y conveniente para la

causa que representa. Los jueces y tribunales tienen la obligación de proceder de oficio á la averiguación de los delitos de que adquirieran noticias, pues á los Fiscales, si carecen de datos para ejercitar la acción penal, les será suficiente pedir que aquella obligación se cumpla y que en virtud de ella se proceda.»

Los defectos que el Jurado tiene entre nosotros, así en la formación de las listas como en el funcionamiento de la institución, apenas hay nadie que no los conozca. Entre la «gente de toga» no hay nada tocante á la administración de justicia criminal que se censure y combata tan unánime y sañudamente como el Jurado; así no es de extrañar que la generalidad de los Fiscales lo hagan constantemente objeto de sus críticas y no perdonen ocasión de atribuirle todos los males y defectos que en la dicha administración observen; ni es de admirar tampoco que el Fiscal del Supremo tenga que decir todos los años algo acerca de tal institución, y no por cierto en su beneficio. Así lo ha hecho el Sr. Puga en todas sus Memorias elevadas al Gobierno. Lo cual indica que el Jurado está en España, como en las demás naciones, en una verdadera crisis, y que los escritores españoles, para no ser menos que los extranjeros, sienten la necesidad, ó de suprimir enteramente la «institución democrática» ó de reorganizarla de raíz. El problema—que entraña suma gravedad, pues en él va envuelto nada menos que el del cambio completo del sentido de la función penal, y consiguientemente de todas las instituciones que sirven á ésta de órganos—no puede tratarse en cuatro líneas; por lo que es forzoso abandonarlo por el momento y dejar para ocasión oportuna el estudiarlo con toda la amplitud que merece (1).

---

(1) Hasta que en los trabajos que vengo publicando sobre *La reforma en la organización de tribunales y en el procedimiento judicial* le llegue el turno al del Jurado, no podré cumplir esta promesa, ya hecha otras veces.

La otra cuestión, la primera de las tres ya indicadas, exige algunas palabras de nuestra parte. La Memoria publicada por el Fiscal del Tribunal Supremo el año pasado fué la primera en que se atribuía alguna importancia al estudio, hasta bajo un epígrafe separado, de las causas de la criminalidad. Al examinar aquel documento en LA ESPAÑA MODERNA, hice notar muy particularmente este hecho y la gran trascendencia que, á mi juicio, pudiera tener si en los años sucesivos se repetía y llegaba á hacerse habitual, por cuanto de esa manera, estudiando las causas de la delincuencia, es como únicamente podía uno ponerse en situación de luchar con buen éxito contra la misma. Pues bien, en la Memoria de este año, á pesar de ser tan breve, ha tenido el Sr. Puga el cuidado de no prescindir de hacer un examen de las causas de la delincuencia en España; con lo cual revela su laudable propósito de seguir marchando por el buen camino que él mismo abrió el año anterior. Y todavía hay que decir más. El Sr. Puga no se contenta ahora ya, como se contentó el año pasado, con enumerar las que considera causas productoras del incremento de los delitos en España, cosa que ya de por sí implica bastante, en cuanto supone el reconocimiento, por parte de uno de nuestros primeros funcionarios judiciales, de la sumisión de una importantísima esfera de actos humanos al orden de la causalidad natural, su sustracción al arbitrio caprichoso é indeterminado de los individuos y la posibilidad de contrarrestar los influjos criminógenos por medios perfectamente naturales.

Este año, además, indica, si bien muy á la ligera, una cosa sobre la que el año anterior guardó silencio completo, y á la que él mismo, ó los fiscales que le sucedan en el cargo, darán seguramente, en los años venideros, mayor desarrollo, á saber: la determinación de la parte que á cada uno corresponde en la lucha contra las causas de la criminalidad. En la actual Memoria se contenta nuestro autor con señalar rápidamente las facultades y obligaciones que, respecto al asunto,

corresponden al ministerio público y al Gobierno (1). ¡Ojalá que en las Memorias de los años siguientes el propio Sr. Puga ú otros continúen la labor ya comenzada y no levanten mano hasta que fijen, con toda la exactitud posible, mayor cuanto mayor sea el estudio y más el número de los que á él colaboren, la parte que á todos y cada uno de los elementos sociales, aisladamente y en unión y relación con los demás, les cabe en la generación de los delitos, y cuánto se debe esperar de cada cual por sí solo y cooperativamente con los restantes, para obtener el grandioso y altamente humano fin, que á nadie puede serle indiferente, de disminuir la delincuencia!

---

(1) He aquí lo que dice: «Nuestros medios (los de que disponen los fiscales), obrando directamente sobre el individuo que por actos exteriores infringe la ley penal, sólo de un modo indirecto (es discutible; de todas maneras, la acción indirecta es la mayoría de las veces, en materias sociales, más eficaz aún que la directa; como los miembros del ministerio fiscal entiendan su misión, pueden hacer muchísimo, inmenso bien por vías *indirectas*) pueden llegar á la masa general para impedir con el ejemplo de una expiación rápida y adecuada (no es ciertamente la expiación, por rápida y adecuada que sea, el medio mejor de que los fiscales disponen para producir, indirectamente, beneficios en la masa social) que el mal pueda considerarse fortalecido y alentado por la inercia de los encargados de perseguirle. ¿Qué vale, sin embargo, el esfuerzo de los fiscales, siquiera extremen su celo en defensa de la sociedad, imponiéndose una misión, noble y honrosa sí, pero que sólo cabe ejercer dentro de límites muy circunscritos y reducidos? Por eso, *el mero hecho de que tales funcionarios se preocupen con las causas de la criminalidad y las expongan á sus superiores siempre que haya oportunidad, me parece muy laudatorio y digno del mayor aplauso* (¡ya lo creo!; y muy eficaz).

»A mi me toca transmitir á V. E. las noticias que de mis subordinados recibo, por si se digna tomarlas en cuenta para fines y medidas ulteriores. Adonde no llega la acción de los fiscales alcanzará la autoridad de V. E. y del Gobierno de que forma parte; y siendo cosa de tanta monta, confío en que V. E. ha de recibir benévolamente tales antecedentes á fin de acometer la ardua empresa de *cegar en lo posible esos manantiales de la delincuencia* que tan poderosamente contribuyen al malestar presente, y que tantos temores infunden para el porvenir.»

Según el Sr. Puga, la criminalidad en España durante el año último (igual sucedió en el penúltimo) ha sufrido un aumento «alarmante», y las causas productoras de él son poco más ó menos las mismas á que atribuyó igual fenómeno en su anterior Memoria: «la creciente miseria de que son víctimas los pueblos; la carencia de trabajo manual; la desmoralización que lleva consigo el afán inmoderado é insano de placeres y riquezas; el vicio de la embriaguez, agrandado por la mala calidad de las bebidas que especuladores sin conciencia, confiados en la impunidad, adulteran con ingredientes nocivos; el juego; la facilidad de adquirir y la costumbre de usar armas, un tiempo prohibidas y hoy, si no lícitas, al menos toleradas por respetos acaso exagerados á la libertad individual, y por último, la propaganda por medio de la prensa de doctrinas disolventes y antirreligiosas, propaganda que se ejerce con el mayor descaro y en condiciones de impunidad que ofenden los sentimientos y creencias de la inmensa mayoría de los españoles, provocando reacciones que podrían traer días de luto para la nación». Esta lista no es el resultado de observaciones prolijas, de comparaciones de unos hechos con otros y de inducciones racionales fundadas en las observaciones y comparaciones dichas, sino que más bien es el producto de apreciaciones y juicios subjetivos, hijos de vagos presentimientos y que por lo mismo tienen mucho de arbitrarios, supuesto que interviene en gran proporción en ellos lo que puede llamarse idiosincracia mental de los individuos que los formulan, sus prejuicios, preferencias y demás. Pero, aun suponiendo que sea una lista, como es probable, á la que no pueda prestarse gran crédito—al menos en cuanto á ciertos particulares que en ella figuran y sin las convenientes explicaciones ó reservas—la simple circunstancia de haberla formado es ya un hecho de verdadera importancia sobre el que no debemos dejar de llamar la atención. Hasta ayer, los representantes del ministerio público, los que se dice que en la administración de la justicia penal «llevan la voz de la sociedad y de la

Ley» (1), descuidaban en absoluto las causas criminógenas y su estudio, quizá porque considerasen el delito como un acto en cuya determinación no intervenía causa alguna, puro efecto del caprichoso arbitrio individual; ya hoy «se preocupan con esas causas y las exponen ante sus superiores siempre que hallan oportunidad,» bien que no hagan otra cosa sino muy generales indicaciones: marcar, por decirlo así, una dirección y orientación nuevas, reconocer *cualitativamente* la necesidad de hacerse cargo y tomar en la debida cuenta, para la administración acertada de la justicia referida, el encadenamiento causal de los fenómenos; mañana se verán precisados á dar otro paso hacia adelante, y entenderán que no basta con el simple reconocimiento cualitativo dicho, sino que se requiere la determinación *cuantitativa*, esto es, que no basta con afirmar que en la delincuencia de un país en un período determinado de tiempo han influido la miseria, la falta de trabajo manual, el abuso de las bebidas alcohólicas, etc., etc., sino que será absolutamente forzoso trabajar sin descanso por aquilatar la parte fija ó muy aproximada que cada uno de estos factores criminógenos, juntamente con otros enlazados con ellos, pero menos visibles quizá, hayan tenido en la causación de los males pasados y presentes; pues sólo de esta manera podrá colocarse uno en disposición de luchar adecuadamente contra tales factores y de precaverse contra los males ó delitos futuros (2). Y cuando así suceda, será cuando únicamente

---

(1) Lo mismo sucedía con los demás funcionarios judiciales y con la casi totalidad de los tratadistas y autores doctrinales.

(2) Esos fiscales, magistrados, jueces, abogados y tantas otras gentes que juzgan inútil, cuando no dañoso, para la buena administración de justicia penal, todo otro conocimiento que no sea el de la ley sustantiva y la de procedimientos, podrán irse convenciendo de lo desacertados que andan y de que, para hacer como se debe lo que, quizá á pesar suyo, han comenzado á confesar que tiene que hacerse—luchar contra la delincuencia atacándola en su raíz, «cegando, como dice el Sr. Puga, sus manantiales»—no hay más remedio que estudiar aquellas ciencias modernas de



nos colocaremos en vías de regeneración, cuando marcharemos por derroteros acertados y cuando, en vez de lamentar, un año tras otro, cual ahora ocurre, ese continuo y alarmante incremento de la delincuencia que está denunciando á voces el fracaso de la actual administración de justicia penal, lograremos lo que ya están logrando aquellos países, como Inglaterra, que vienen gradualmente sustituyendo los castigos por instituciones preventivas (protección á los niños y adolescentes criminales ó abandonados, patronato á los libertos de la cárcel, etc.), que es como decir: la lucha contra el delito ya producido, contra el efecto, por la lucha contra las causas de donde él mismo trae su origen (1).

---

que, la mayor parte de las veces por no conocerlas y por ahorrarse el trabajo de estudiarlas, suelen abominar tan á menudo: la sociología criminal, la estadística criminal, etc. Véase mi artículo *La educación de la magistratura*, en *La Administración*, tomo II, 1896.

(1) En Inglaterra disminuye de año en año la criminalidad: es un hecho generalmente reconocido, demostrado estadísticamente. Ahora, semejante disminución no es debida á influjos de la pena, puesto que estas no se han aumentado, sino al crecimiento y extensión de los reformatorios y singularmente de las escuelas industriales, á la meritoria y cada vez más extendida obra de las asociaciones de patronato, al cambio en la ejecución de las mismas penas, cada vez con sentido preventivo más acentuado, etc.

P. DORADO.

# PALMAROLI Y SU TIEMPO

---

(Conclusión.)

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS

## V

PALMAROLI EN PARÍS.—SU ESTUDIO.—SUS MODELOS.—SUS TERTULIOS.—LO QUE PINTÓ ALLÍ.

Palmaroli en París pasó unos cuantos meses en un estudio del boulevard Rochechouart, estableciéndose después definitivamente en otro de mejores condiciones situado en el piso tercero de la rue de Larochehoucauld, número 64, en el que tuvo por vecinos á Hebutt, el paisajista, y de Knaif el miniaturista.

La moda era entonces de los estudios lujosos, y el de Palmaroli fué lujosísimo, gastando lo que ganaba en muebles, armas y telas antiguas, que, como le gustasen, pagaba más que valían, como había hecho aquí con lo poco que adquirió.

Pronto aquel estudio fué muy conocido y concurrido y pocas personas de las que le visitaban por las tardes no eran *alguien*. Allí entraban y salían á su antojo, pues no se negaba la puerta á nadie, pero el artista no perdía un minuto ni una pincelada; recibía á los más amigos con una palabra cariñosa y les dejaba hacer á los otros los honores de la casa. Concluída la luz, el artista y sus modelos, era cuando tomaban parte en la conversación, porque éstas se encontraban allí tan á gusto, que raro era el día que no iban dos ó tres á pasar un

rato, y alguna vez á pedir dinero adelantado, pues sabían que si lo había lo tendrían.

Madame Perrete, la petite Alicce, Agathe, la Ronsotte, madame Legouve y su hermana, la grande Bertha y algunas otras, ya como modelos, ya como visitas, frecuentaban aquel estudio. Allí se veían á menudo también actrices como Sarah Bernhardt, á la que Palmaroli retrató en el traje de una tragedia; madame Krauss, cantante de la Opera, y la linda Jeanne Samary, de la Comedia Francesa, que murió de poco más de veinticuatro años de edad, y animaba el estudio con sus carcajadas. No faltaban algunas pintoras, como Rosa Bonheur, Cecilia Savouré, madame Leroy d'Etioles y algunas personalidades femeninas célebres por su belleza, como Amalia Gioia, milanesa, que había figurado en la política del segundo Imperio.

A pesar de tal exuberancia de faldas, nunca resonó en aquel recinto nota discordante; en su odio á lo vulgar y á todo lo que se parecía á *juerga*, flamenca ó no, pero sobre todo flamenca, Palmaroli fué inflexible cuando se trataba de la disciplina de su estudio, y bastaba una mirada suya para que las más alborotadoras entraran en razón.

Ya lo he dicho antes: los chismes y escándalos no los toleraba nunca.

Una modelo había tenido relaciones íntimas con un personaje español, residente entonces en París. Este señor había sido en tiempos protector de Palmaroli y seguía siendo su amigo. Cansado de su *conquista* la había abandonado, y la *víctima*, hecha una furia, llegó al estudio contando su desdicha y amenazando con publicar unas cartas del *seductor*, que enseñaba. Mr. Berttrond, amigo también del personaje en cuestión, se hallaba presente y se callaba con su habitual cachaza. Palmaroli seguía pintando, hasta que, cansado de tanta charla, se volvió á la mujer diciéndole:—¿Cuánto necesitas?—Quinientos francos — contestó ella con descaro. El artista, que aquel día estaba en fondos, se levantó y fué á tomar la

cantidad á un cajón que *rara vez cerraba*, diciendo al entregársela á la moza: — Vengan las cartas. Recogidas éstas, las echó en la chimenea y volvió tranquilamente á su trabajo cuando vió arder la última, sin hablar más del asunto. El interesado murió sin conocer este rasgo de su amigo.

No menos agradable, y mucho más instruída, era la concurrencia masculina que la femenina de aquel famoso estudio.

El verdadero amo de casa que hacía los honores era monsieur Henri Bertoud, el nombrado naturalista y literato, que murió en 1889, á los ochenta y cinco años. Era el que generalmente daba tono á la conversación, interesantísima siempre, pues en su larga vida había tratado á muchos de los políticos, artistas y hombres de ciencia más eminentes, lo que unido á su mucha erudición y buena memoria, que conservaba, le hacían una enciclopedia animada, consultada á cada momento en la casi seguridad de tener una contestación precisa. Durante ocho años seguidos no faltó ninguna tarde al estudio de Palmaroli, si algún achaque de su edad no se lo impidió. Tenía en él su asiento señalado, que todos respetaban.

El Rey consorte, Don Francisco de Asís, iba también alguna vez al estudio de su pensionado en Roma, del que además había sido padrino de boda. El Duque de Fernán Núñez, mientras fué Embajador, no dejaba semana sin pasar por allí algún rato. Don Segismundo Moret dedicaba á la rue Larocheffoucauld todos los momentos que le dejaban libres sus negocios en sus viajes á París. Aranda, el músico, era de los íntimos, y para que tocara compró Palmaroli un piano.

Julio Ferry; el General Saussier; Menabrea, embajador de Italia; los Goupil, padre é hijo; Stevens; Georges Onhet; Francisco Coppé y los dos Coquelín, no escaseaban sus visitas.

¿Cómo pensaba y ejecutaba el artista sus cuadros entre aquel barullo?

Este fué el período más fecundo de su producción artística, ya que no el más brillante con respecto al arte. La mayor parte de las veces trabajaba sobre temas dados por el compra-

dor que, más que asuntos, deseaba caras bonitas y muy concluidas. Cuando en un momento bosquejaba una figura ó una composición, las tenía vendidas al día siguiente. ¡Qué manera tan diferente de trabajar de como lo había hecho antes y lo volvió á hacer después! Aquel fué un período de producción forzada, en el que procedía de un modo extraño. Por la mañana citaba á dos ó tres de sus modelos, según el número de figuras que iba á tener el cuadro. Escogía los trajes y telas en sus armarios, hacía que las mujeres se vistiesen, y luego, según el mismo Palmaroli decía, «las soltaba por el estudio», espionando el momento en que formaban un grupo armónico, y entonces, en el instante, bosquejaba con asfalto lo que de allí á pocos días había de ser un cuadro lleno de elegancia, poesía y frescura de color.

En cuanto á los títulos de estas obras eran casi siempre resultado de la colaboración de sus tertulios, que les ponían un nombre cuando estaban ya muy adelantadas ó terminadas. Palmaroli, como he dicho, no se preocupaba en esto. Así se bautizó la hermosa figura de *Blanca de Navarra*, inspirada por la modelo «Agathe», que valió al autor la cruz de la Legión de Honor en el Salón de 1881. Y por cierto que este cuadro no **deja de** tener su historia. Tenía pensamiento el artista, para descansar de los cuadros de género, de pintar el entierro de Felipe el Hermoso, sirviéndole de modelo la citada Agathe, que tenía una hermosa cabeza de sentimiento para la figura de la Reina Doña Juana, sentada en el suelo. Por este tiempo llegó de Italia, de vuelta de un viaje que había hecho, el discípulo Garrido, de quien ya he hablado, y dijo á Palmaroli que Pradilla estaba pintando en Roma el mismo asunto, lo que motivó que el primero abandonara su idea. Un año después de aquel estudio abandonado, hizo un cuadro que figuró en el Salón con el título de *Ave María*, porque en el fondo se veía un hermoso paño de altar en que estaban escritas dichas palabras. Más adelante, Mr. Berthoud le bautizó con el nombre de *Blanca de Navarra*, que quedó como definitivo.

Otros asuntos los sacaba de conversaciones que oía en el estudio, como por ejemplo: *La carta sorprendida*, que no era sino un episodio de entre bastidores, sucedido en el circo Fernando, y que contó el clown Medrano, que era también de los tertulios del estudio.

Esta misma idea dió lugar á otras dos obras: *El drama nuevo é l pagliacci*. La modelo Alice fué la que le sirvió para la figura de la protagonista en estos cuadros, que fué la misma de que se servía muchas veces, habiendo sido por la que hizo la preciosa figura *Le petit Marquis*, pensamiento sugerido porque Alice se puso un traje de niño Luis XV, de los del estudio, para ir al baile de la Opera. Este cuadro llamó mucho la atención, fué muy codiciado, y se lo llevó por fin un marchante americano.

La figura *¿Qué le diré?*, que reprodujo en grabado *La Ilustración Española y Americana* en uno de sus *Almanaques*, no es más que la copia exacta de la modelo Eugenie Vorez, sentada en el pupitre, esperando á que Palmaroli le dicte una carta, pues ya he dicho que el maestro era tan perezoso con la pluma como activo con el pincel; siendo lo raro que escribía muy bien en todos sentidos, tanto redacción como letra, siendo ésta cursiva, como si la ejercitara mucho, cosa que no hacía aun para asuntos de interés.

Los pocos días que pasaba cada verano en Trouville acompañado de su familia, le dieron el asunto de muchas elegantes figuras con fondo de marina. Este es el origen del cuadro que tituló *La confesión*, que poseía D. Ignacio Baüer. Compró en Trouville un sillón de mimbres de los que usan las señoras en las playas, y algún tiempo después, estando ya en Roma, le ocurrió pintar el susodicho cuadro; por cierto uno de los últimos de este género. El título se le dió porque un capellán de Montserrat le dijo que aquel sillón parecía un confesonario.

En los últimos tiempos de su estancia en París, el artista dió muestras una vez más de que nadie se acercaba en vano á pedirle ayuda.

Jeanne Gillet, bailarina de la Opera Cómica, fué una de las víctimas que se quedaron sin recursos cuando el incendio de dicho teatro, y se acercó á Palmaroli solicitando ser modelo. No tenía la pobre muchacha gracia para llevar los trajes modernos de calle, que era lo que á la sazón pintaba el artista; pero no le importó, se trataba de ayudar á una persona que por el momento no tenía recursos, y era menester hacer algo, que fué dedicarse una temporada á hacer asuntos de bailarinas, utilizando los trajes de la joven, que dentro de ellos estaba en su elemento. A esta circunstancia se debieron algunos asuntos de entre bastidores que por entonces pintó.

En París hizo Palmaroli muy pocos retratos; los dos más notables fueron el de Sarah Bernhardt, ya citado, y el de don Segismundo Moret.

Vemos, pues, al artista sacrificando sus gustos y sus aspiraciones más serias á la producción de obras, para dar gusto al comprador y satisfacer los caprichos de la moda. La realidad se le impuso un momento; tenía que vivir, y vivir en grande, como á él le gustaba. Sin embargo, en un alma de verdadero artista como la suya, esto no podía durar, y pensó en una vida más tranquila que le permitiera trabajar de otro modo, retirándose á algún sitio más sosegado de los alrededores de la gran capital.

Esto sucedía en el año de 1882. Comunicando estos pensamientos á su gran amigo el Duque de Fernán Núñez, éste le propuso como mejor, y le ofreció conseguir para él, la Dirección de la Academia de Bellas Artes en Roma.

La antigua pasión por Italia en general y la Ciudad Eterna en particular se despertó en el artista, y aunque con la idea de volver á París dos ó tres años después (cosa que no realizó), se trasladó á Roma.

## VI

PALMAROLI EN ROMA. — DIFICULTADES PARA HACER LOS ÚLTIMOS CUADROS PARISIENSES POR FALTA DE MODELOS. — VUELVE Á SU ANTIGUO MODO DE PROCEDER. — SU ENTUSIASMO POR ASSISI. — CUADROS RELIGIOSOS. — OTRAS OBRAS. — RETRATOS.

De París llevó el artista á Roma algunos encargos de cuadros como los que allí había pintado, y se encontró en gran apuro para encontrar modelos que supieran vestir con elegancia trajes modernos, viéndose obligado á recurrir á personas amigas. De este modo pintó con mil apuros *La leçon de danse*, y con mayor tranquilidad, el cuadro compañero, *La leçon de chant*, lleno de encanto y de poesía, que preludia ya la vía de misticismo en que iba á entrar. Estos son los dos últimos cuadros de comercio que pintó, digámoslo así.

Al nuevo rumbo que tomó Palmaroli, ó mejor dicho, al continuar las tendencias que manifestó al principio de su carrera, contribuyó el medio en que se encontraba, pues si ya no tenía modelos para hacer *bonito*, las hijas del Trastevere le ofrecían cabezas magníficas: gesto noble, estaturas y proporciones imponentes, que llevaban los pliegues del *peplum* como si fuera su traje habitual. Por otra parte, las excursiones que hacía por toda Italia, principalmente por la Toscana, despertó de nuevo su culto á las elegancias de los pintores primitivos.

Todo esto se ve ya muy claro en *La tentación*, cuadro pintado para D. Ignacio Baüer, en el que se ve otra amplitud que en los trabajos de París.

La modelo que le sirvió para este cuadro fué la Checca, de que en adelante se sirvió mucho. Hizo conocimiento con ella



un día que la encontró en la calle, le llamó la atención por su aspecto, y le propuso un jornal de 5 liras diarias por estarse quieta. Propuesto esto por un señor respetable, llenó de júbilo á la muchacha; pero al ir al día siguiente á la Academia quiso escaparse, costándole á Palmaroli muchas penas para convencerla de que los bustos de yeso que hay en la galería no eran cabezas cortadas. Para la figura del hombre sirvió de modelo aquel Ignacio de que hablé y que conté había venido á Madrid. Otra vez Palmaroli volvió á ser su apoyo, pues como le encontró muy pobre, le dió una colocación en el Instituto que dirigía. ¡Cómo no habían de querer todos al artista, si por todas partes donde pasaba demostraba lo hermoso de su corazón!

Palmaroli hacía frecuentes viajes á Assisi, patria de San Francisco. El primero le hizo en Octubre de 1866, el día de la víspera del santo, con Meissonnier, que todos los años iba por esta época. Visitó los monumentos de la ciudad; y particularmente el misterioso templo edificado en honor del santo y la ermita de Santa Clara, le llenaron de entusiasmo. Después no pasó año sin que Palmaroli no fuera dos ó tres veces á Assisi, llevando alguna vez en su compañía á alguno de los pensionados de la Academia, como lo hizo con Ulpiano Checa en 1887. Con tanto calor celebró las bellezas de aquella ciudad entre los individuos de la colonia española, que muchos fueron á visitarla, y se hizo de moda entre los artistas españoles ir á veranear allí.

Los Benlliure, Sorolla y Gallegos, pasaron largas temporadas, y José Benlliure compró una casa cerca del templo de San Francisco, en la que pasaba los veranos.

Poco después de haber dejado á París Palmaroli, casi no pintaba más que Vírgenes y Santos. Esto, unido á su asiduidad en la asistencia á las funciones de Semana Santa en las basílicas romanas, sus frecuentes visitas á los Museos vaticanos y su gran amistad con D. Alejandro Groizard y el Marqués de Pidal, Embajadores que fueron cerca de la Santa Sede,

le dieron una reputación de *beato*, que no mereció nunca por cierto, como ya he indicado. En las ceremonias religiosas de la Ciudad Eterna admiraba, ante todo y sobre todo, la grandiosidad del espectáculo y la buena música que en ellas se ejecuta.

Volvió á su antigua manera de pintar, mucho más despacio, dibujando al carbón el conjunto y los detalles de las figuras antes de pasarlas al lienzo, cambiando éste ó el otro detalle con toda la conciencia y amor que acostumbraba en sus mocedades.

La magnífica sobrepuerta representando alegóricamente las tres nobles artes, que pintó para el Ateneo de Madrid, estuvo en su estudio más de un año, no pasando día que no trabajara algo en ella, haciendo innumerables estudios que, desgraciadamente, han perecido la mayor parte, pues como los hacía en papel vegetal, eran muy deleznable, siendo muy frecuente que él quemara estos y otros estudios.

Era muy característico de su genio poner el empeño mayor en las obras que no le habían de producir recompensa material.

El cuadro de *El martirio de Santa Cristina*, que terminó poco antes de morir, lo había empezado en 1890. Es quizás la obra mejor de Palmaroli, si es que pueden hacerse estas declaraciones.

Otra obra también muy importante es la que tituló *Dedicado á Minerva*, cuadro de costumbres griegas en el que, sirviendo de fondo el lago de Villa Pamphili de Roma en otoño, colocó unas mujeres dedicando un niño á la diosa. Retrató en él á sus mejores modelos: Checca, Herminia, Aurelia y Rosa. Este cuadro está en Chile.

De las imágenes de la Virgen de más mérito que pintó Palmaroli, son *Mater Salvatoris* y *Mater Amabilis*: con esta última quería hacer un regalo á la señora Infanta Doña Isabel, pero la muerte le impidió poder hacerlo personalmente.

Otras obras importantes fueron: *San Francisco de Paula*,

para la capilla del Marqués de Comillas, y *Les pigeons de Saint Marc*, ejecutadas á la vuelta de un viaje á Venecia, cuya influencia se conoce en ellas.

Debe recordarse también una paleta que se encuentra en poder del señor Marqués de Pidal, en la que están pintadas tres hermosas cabezas cantando; en el fondo se ve campiña romana, y por la espontaneidad y frescura parece obra de un maestro italiano de fines del siglo XV.

Una sola vez pintó de prisa, y fué para ejecutar en quince días una composición decorativa representando al Rey Don Alfonso XII sentado en el trono, con una rama de olivo en la mano y un león á sus pies, todo del tamaño natural. Pintó este cuadro para que figurase en el salón del trono de la Embajada de España, en la recepción celebrada por el Sr. Groizard con motivo del primer aniversario del nacimiento del monarca. Se sigue conservando este cuadro en el palacio de la Embajada.

Los principales retratos que hizo en Roma son los de la señorita doña María Groizard y Coronado; el de la señorita doña Angeles Roca de Togores, hoy Marquesa de Pozo Rubio, y el de la Marquesa de Pidal, de cuerpo entero, notabilísimo, que figuró en la Exposición de 1892 en Madrid.

## VII

PALMAROLI COMO DIRECTOR DE LA ACADEMIA.—MORENO CARBONERO, EMILIO SALA, CARLOTA ROSALES.—PALMAROLI, PRESIDENTE DE LA ASOCIACIÓN ARTÍSTICA INTERNACIONAL.—SUS CONDICIONES ORATORIAS. — POR QUÉ HIZO EL RETRATO DE DOÑA BLANCA DE BORBÓN Y CONTRAJO AMISTAD CON SU MADRE DOÑA MARGARITA.—VUELVE Á MADRID Y ES NOMBRADO DIRECTOR DEL MUSEO.—SU MUERTE.

Una de las razones de la relativamente escasa producción artística de Palmaroli en Roma, fué el mucho tiempo que dedicó á los asuntos de la Academia.

Pasaba tardes enteras en los estudios de los pensionados, ayudándoles con sus consejos, con su vasta erudición artística y su profundo conocimiento de toda Italia. Sus armarios de trajes, sus telas, sus carteras de fotografías, estaban á disposición de todos ellos. Nunca hizo alarde de autoridad más que en los casos extremos. Casi todos los artistas que pasaron por la Academia quedaron íntimamente unidos á él, y contribuyeron después á crear alrededor de la canosa cabeza del anciano aquella aureola de cariño sin límites y de respeto de que se vió rodeado en Madrid en los últimos días.

Tres principalmente entre los pensionados, fueron el objeto de sus cuidados: José Moreno Carbonero, Emilio Sala y Carlota Rosales.

Al primero le quería como á un hijo, y cuando éste para corresponder á sus atenciones le regaló el boceto de su notabilísimo cuadro *La conversión de San Francisco de Borja*, Palmaroli, abrazándole estrechamente y llorando, le dijo: «Mientras yo viva, esta tela ocupará siempre en mi casa el puesto de honor, y espero que después de mi muerte mi hijo hará lo mismo.»

La escena, á la que asistían además de la familia del artista Barbudo, Senet, Alcázar Tejidor, Hermenegildo Esteban y Rafael Chacón, Secretario de la Academia, produjo tal emoción, que permanecieron todos un rato en silencio.

Cuando supo que Emilio Sala había sido nombrado pensionado de mérito fué tan grande su alegría, que exclamó: «Vamos á tener aquí al mejor pintor de España.» Cuando llegó le trató con verdadera deferencia, pidiéndole pareceres y consejos para sus cuadros, sometiendo su autoridad artística á otra que estimaba superior. Le acompañaba diariamente á visitar monumentos y museos.

Cuando Sala empezó á pintar, bajaba Palmaroli al jardín por las tardes á reunirse con los pensionados, y llegada la hora del trabajo, les decía: «Señores, voy á ver pintar al maestro:» y en efecto, se pasaba tardes enteras en el estudio de Sala, viéndole pintar y sin pronunciar palabra.

Carlota Rosales llegó á Roma á la edad de quince años, con grandes disposiciones artísticas, que ni su corta edad ni sus estudios habían todavía desarrollado. Palmaroli, que había sido su padrino de pila, le hizo trabajar en su mismo estudio, ocupándose sin descanso en desarrollar las cualidades de la hija de su difunto compañero y amigo del alma, Eduardo.

A los dos años aquella niña era una artista, y dió muestras de su talento con una hermosa cabeza de mujer que presentó en la Exposición de Madrid, que fué muy celebrada, aunque no faltó quien sospechara que el maestro le había ayudado más que con sus consejos, á lo que Palmaroli contestaba haciendo una caricia á Carlota: «Sigue pintando así, hijita, y que rabien los que no pueden hacerlo tan bien como tú.»

El local de la Academia era un convento antiguo mal restaurado, que no revelaba en sus detalles el fin artístico á que se hallaba destinado, presentando además otros muchos defectos que lo hacían casi inhabitable. Palmaroli no descansó un momento, poniendo en juego todas sus influencias para conseguir dinero con objeto de mejorar el local y adquirir vaciados

de las principales obras de los Museos de Italia. No consiguió gran cosa, y para poder dar á la Academia aspecto decoroso, gastó de su bolsillo más de 10.000 pesetas, que nunca le fueron reembolsadas. Este detalle puede comprobarse por las cuentas que se conservan en el Ministerio de Estado, sección de Contabilidad y Obrapía.

Tampoco se habían hecho exposiciones periódicas de las obras de los pensionados desde la Exposición celebrada cuando se inauguró la Academia. Como en la Academia de Francia se verificaba anualmente, Palmaroli, desde su primer año de dirección, celebró una Exposición que tuvo gran éxito, y más adelante otras dos, consiguiendo en la última hacer ejecutar á gran orquesta las obras de los pensionados de música; ejemplo que después siguió la Academia de Francia.

■ Palmaroli consiguió que todas las personas que en Roma se ocupaban directa ó indirectamente en asuntos de arte, conociesen las obras notables que en la Academia de España se ejecutaban. Antes se terminaban y embalaban con destino á España sin ser vistas más que por los amigos íntimos de sus autores.

Palmaroli, á su regreso á la patria, siguió ocupándose con interés y amor por la institución que tanto tiempo había dirigido, y trabajó mucho en el Ministerio de Estado y en la Academia de San Fernando para sacarla del abatimiento en que había caído.

Ya no era Palmaroli el hombre de sociedad de Madrid y París; la edad y la influencia de la vida alejada del centro de Roma modificaron por completo sus gustos, y la mayor parte de los días se contentaba con ir á conversar con los frailes, sus vecinos, en la plaza de San Pietro in Montorio, desde la que se domina toda la ciudad, ó con pasearse por la vecina y poética Villa Pamphili, cuyos hermosos puntos de vista tomó muchas veces para servir de fondo á sus Vírgenes.

Sin embargo, los muchos años que había pasado en Roma en su juventud y su posición oficial, le habían proporcionado amistades y relaciones que no dejó de cultivar.

Su nombre como artista, su afabilidad y conocimiento del mundo y el venerable aspecto de su cabeza de anciano inteligente y bondadoso, le habían hecho muy popular y querido, tanto de las clases elevadas como del pueblo. Los individuos de la numerosa colonia artística de todas las naciones, recibían con gran placer y respeto la visita á sus estudios.

En 1889 fué nombrado Presidente, por unanimidad, de la Asociación Artística Internacional, centro artístico el más importante de Roma. Durante su presidencia pudo satisfacer muchas veces el gusto que tenía de hablar en público, para lo que, á su gran conocimiento del idioma italiano, reunía una gran facilidad natural de palabra, á pesar de no haberla desarrollado con la práctica. Ya dije que de joven era muy hablador y muy entusiasta; si el discurso de entrada en la Academia de San Fernando hubiera sido hablado y no escrito, es seguro que no hubiera tardado lo que tardó en tomar posesión del cargo.

Sostenía sus argumentos con una fe que le hizo conseguir algunos éxitos en las asambleas, á veces tempestuosas, de la Asociación. El discurso que pronunció en el banquete ofrecido á los premiados en la Exposición Universal de 1889, fué muy notable, y le reprodujeron íntegro muchos periódicos. Inútil es decir que improvisaba sin hacer apuntes previos; si hubiera tenido que escribir no hubiera hablado. Todo lo más, si el caso lo requería, hacía su composición mental, de la que con el entusiasmo se olvidaba luego. Abandonó el cargo en 1891, porque habiendo cogido una bronquitis que puso en peligro su vida, su salud no le permitió en adelante salir de casa por las noches.

Para concluir voy á contar una anécdota que él mismo me refirió el año antes de su muerte, en ocasión, que me llena de orgullo, en que vino expresamente á visitarme desde Elorrio á Vitoria.

En el verano del año 1855, Palmaroli fué á veranear á Viareggio, puerto de mar muy concurrido por la sociedad floren-

tina. Está este puerto á veinte minutos de Pisa, y por poder visitar con frecuencia el célebre Camposanto que era uno de los monumentos que admiraba el artista, escogió aquel año tal estación. En los alrededores de aquel punto tenía Doña Margarita de Borbón, difunta esposa del pretendiente Don Carlos, una hermosa posesión en la que pasaba gran parte del año con sus hijos. Al día siguiente de la llegada del pintor á Viareggio, se celebraba una *kermesse* de beneficencia en el Casino, á la que Palmaroli asistió.

Era el Presidente y organizador de la fiesta D. Clemente Torlonia, casado más tarde con una nieta de la difunta Duquesa de Santoña, y más conocido en Madrid por su título de Príncipe de Civitella-Cesi. Al ver este señor entrar á Palmaroli, con quien le unían relaciones de amistad, se apresuró á pedirle alguna obra suya para rifar en beneficio de los pobres. ¡Poco necesitaba el artista siempre para dar sin que le pidiesen! A los pocos momentos se ponía un anuncio diciendo que como premio á una tómbola, Palmaroli se comprometía á hacer un retrato de señora. Los billetes para este premio se pusieron á precio bastante elevado. Al poco rato se presentó Don Carlos con toda su familia en el Casino. Acababa de llegar de Venecia á pasar una corta temporada con su familia. Visto el anuncio, adquirió en el acto todos los billetes que quedaban sin vender, que eran más de las dos terceras partes, y como era natural, si en la suerte hay naturalidades, fué el agraciado.

Dió el Duque de Madrid muestra de delicadeza no pidiendo conocer al artista, conociendo su posición oficial, y por medio de tercera persona le hizo saber que deseaba fuese su hija Blanca la retratada, acompañando la expresión de su deseo con frases muy lisonjeras para el artista.

Para Palmaroli era un compromiso que podía traerle complicaciones cumplir su palabra; pero sin embargo, se decidió por no faltar á ella, conviniendo en que las sesiones se celebrarían en casa de D. Estanislao Sevilla, persona muy adicta



á la familia de Don Carlos, que hace años residía en Roma y á quien Palmaroli conocía. Don Carlos salió para Venecia la misma noche, de modo que no tuvo ocasión de conocer al artista; pero Doña Margarita, que nunca dejaba á sus hijos un momento, asistió á las sesiones, y en muy pocos días se estableció gran amistad entre Doña Margarita y el pintor, hasta el punto de acompañarla diariamente á la playa. No podían estos hechos dejar de llegar á oídos de nuestro Embajador don Alejandro Groizard, que hizo amigables reproches al poco diplomático artista, á lo que éste contestó: «Don Alejandro, olvidé por completo que era la mujer del Pretendiente: es una señora muy lista, atenta, instruída y agradable; además admirable madre de familia; por todo lo cual merecía y merece el respeto y la simpatía que le he demostrado.»

Terminada la misión de Director de la Academia de Roma volvió Palmaroli á Madrid en 1894, y poco tiempo después fué nombrado Director del Museo del Prado, cargo que pocos hubieran desempeñado como él, pero en el que no tuvo lugar de emprender nada sucio, porque la muerte le sorprendió.

Se instaló en el estudio de la calle de Carranza, núm. 13, que había ocupado por muchos años, hasta su fallecimiento, Germán Hernández. Palmaroli tenía allí el dulce recuerdo de su padre, cuyo nicho, en el cementerio de San Luis, veía desde su ventana. Más de una vez lamentaba que la higiene moderna impidiese que sus restos descansaran algún día próximos á los de ser tan querido, y era gran pena oírsele decir, porque los que conocimos al buen D. Cayetano, veíamos ya en su hijo los mismos síntomas de hemiplegía que acabaron con él.

Próximamente á los dos años de su nueva estancia en la corte falleció Vicente Palmaroli, el día 25 de Enero de 1896.

En este último período no produjo más que retratos, con toda la lozanía de sus mejores tiempos, como lo atestiguan el de la Marquesa de Santa Cruz, el de la Duquesa de San Carlos y su última obra, que fué el de cuerpo entero de Alfonso XIII, admirable por la elegancia y la armonía de color.

El largo tiempo que Palmnroli estuvo ausente de la patria, y su falta en las Exposiciones, han hecho que muera relativamente olvidado. Durante su ausencia el progreso ha sido grande, los artistas se han multiplicado, la prensa ha trabajado en el elogio de sus méritos y sus glorias, y con el público es quizás con quien más reza el refrán «á muertos y á idos no hay amigos». Así es que, en la solemnidad de su entierro, influyó más la amistad de sus íntimos y su posición oficial que otra cosa.

La prensa no dió más importancia al suceso que la que da tratándose de personas que valen mucho menos. La exposición y venta de los bocetos, y alguna obra que tenía en el estudio, produjo poco. No creo que nadie se haya acordado de que su busto figure en el Museo, en el cementerio ó en cualquier parte. Lo que sí ruego á Dios, es que á nadie se le ocurra la estúpida idea de dar nombre á alguna calle.

No sé si adelantamos ó atrasamos en la afición á las Bellas Artes; pero lo que veo es que los que hacíamos «el Arte en España», de los que desgraciadamente son contadísimos los que quedan además del que esto escribe, que era el más insignificante, pero ostenta este título con más gozo que una gran cruz, teníamos otro entusiasmo, y cuando murió el pobre Víctor Manzano hicimos dentro de la Exposición Nacional una exposición particular de las obras del artista en la que figuró su retrato enlutado; publicamos su elogio y su retrato magníficamente grabado al aguafuerte por Suárez Llanos. Después no se ha hecho cosa parecida, ni con Rosales.

Manzano merecía aquel recuerdo, que honrándole honraba al Arte á los ojos del público; pero no era más que un joven de veintisiete años, que no había dado todos los frutos que indudablemente hubiera podido dar.

Con Palmaroli, que es una gloria, no se ha hecho nada, ni probablemente se hará; el vulgo está demasiado preocupado con glorias que nacen todos los días, y nos hacen decir, con esta fanfarronada característica, que nuestros pintores son los mejores del mundo.

Es verdad que la habilidad técnica aquí y en todas partes es prodigiosa, aunque no en todo; pero por otra parte, y muy especialmente entre nosotros, la vulgaridad y falta de elevación, tanto en la ejecución como en la idea, dominan de una manera lamentable.

Si todo el que se pone á pintar fuera un gran pintor, la pintura sería cosa de poca monta, y tal lo hace creer el vocerío y exageraciones del momento, producidos por la lucha por la existencia; pero cuando los tiempos pasen, la niebla se disipe y nuestra época sea juzgada con un criterio artístico elevado, serán muy pocos los que queden en primera línea, y entonces Palmaroli no formará entre los últimos de éstos; porque, lo repito por última vez, como elegancia, como poesía y como sentimiento místico, aquí y fuera de aquí, muy pocos habrá que le igualen.

Su ejecución, con estar al lado de los primeros, es nada al lado de tales condiciones.

Si él no merece este recuerdo no lo merece nadie.

CEFERINO ARAUJO Y SÁNCHEZ.

## ALGUNAS OBSERVACIONES

# SOBRE EL "QUIJOTE" DE AVELLANEDA

---

Deseando conocer el juicio que había merecido á los pacientes lectores la primera parte de este estudio (1), parecióme deducir de entre la vaguedad y galantería de los diversos pareceres, algo que en castellano significa: *Su trabajo de usted es ingenioso, pero no convence.*

Paladinamente declaro que, á primera vista, me dolió ese juicio—entiéndase bien que no digo me ofendió, sino me dolió—pero juzgando después desapasionadamente, vine á consolarme y á deducir una impresión más grata de la que mi trabajo había producido á los lectores. Ya que si nadie puede poner en sus obras lo que no tiene y menos aún lo que sistemáticamente rechaza, mi estudio no podía tener el ingenio de que carezco, ni la ingeniosidad que estimo indigna de toda labor histórica.

Acaso los lectores poco favorables á la hipótesis que dejé planteada en la primera parte de estas *Observaciones*, pero reconociendo, sin embargo, en ellas algo que no era del todo gratuito ni descabellado, han preferido tener por ingenioso lo que aún no se atrevían á calificar de verosímil.

---

(1) Publicada en LA ESPAÑA MODERNA, t. 101, Mayo, 1897.

Y á mí—tal vez con sobrado optimismo—me parece que lo que se ha tenido por ingenioso es lo que hay de verosímil en mi estudio.

Sea de esto lo que quiera, así en abono de mi sinceridad y conciencia en estos ensayos históricos, como para mejor inteligencia de estas *Observaciones*, cúmpleme declarar que, tanto las que llevo apuntadas como las que me propongo exponer, no son en modo alguno fruto de un apriorismo arbitrario servido por una habilidosa ingeniosidad.

Semejantes procedimientos son tan incompatibles con el desinterés, con la sinceridad y el entusiasmo que pongo en este género de estudios, que creo que nadie me hará la ofensa de atribuírmelos.

Antes al contrario, mis creencias son de todo en todo opuestas al priorismo y á la ingeniosidad en los trabajos de esta especie.

Y como por una parte necesito contestar á los que me dicen que la Historia pide *documentos* y no hipótesis; y por otra debo exponer mis teorías sobre los procedimientos históricos, ó á lo menos, sobre el método que yo empleo, por creerlo naturalmente el más eficaz, espero que al exponer mis teorías contestaré implícitamente al indicado cargo.

Además, y en vista de que la mayoría de los lectores, unos por no hallarse tal vez suficientemente iniciados en las vicisitudes de la crítica cervantista, ni en su tendencia más característica y distintiva, cual es el decidido empeño (uno en el fondo, aunque vario en los procedimientos) de interpretar el sentido y alusiones del *Quijote*; otros, acaso por tener, de puro sabido, olvidado todo esto, ya que de lo más reñido de la campaña crítica sobre la significación del *Quijote* nos separan largos años; otros, quizá por no haber dedicado especial estudio ni profunda atención al espíritu y caracteres dominantes en la literatura de nuestros siglos de oro; y la mayoría, en fin, porque además de tener á Cervantes por el tipo acabado de la más transparente ingenuidad y campechana franqueza, tipo

del todo ajeno y exento, no ya de la reticencia, del sarcasmo y del disimulo, pero ni aun de la intencionada ironía propia de su condición de satírico, ni quieren suponerle capaz de rebozar sus propósitos satíricos, ni quieren admitir, á trueque de perder todas sus ilusiones por nuestros clásicos, que ni en las obras de Cervantes ni en las de sus contemporáneos haya otro sentido que el que reza la letra, ni más intenciones que las que flotan en la brillante y sosegada superficie.

En vista de esa generosa repugnancia de los lectores á saborear en nuestras letras clásicas algo que justamente rechaza el paladar moderno, si bien no es tan nocivo ni rechazable como pudieran suponer los enemigos de lo pasado—que acaso lo son por no conocerlo bien, ya que el desconocer suele ser causa del odiar—hállome obligada á decir algo de lo que creo acerca del espíritu y tendencias dominantes de aquella literatura, pues á trueque de que este artículo no sea sino un paréntesis explicatorio en medio de mi estudio, comprendo la necesidad de exponer ante todo las causas de que yo extraigo como naturales consecuencias mis observaciones, y juzgo asimismo imprescindible el contestar, primero: á los que me piden documentos prohibiéndome establecer hipótesis para obtenerlos, á los que prefieren la letra al espíritu, la prueba material á la especulación del entendimiento y el inventario de protocolos á la Historia; después, á los que suponen que pretendo leer entre renglones en las obras de Cervantes y de sus contemporáneos, así como á los que alegan que trato de descubrir lo que tres siglos han ignorado, no teniendo presente que esos tres siglos han presentado, buscado y señalado lo mismo que yo busco y señalo; y que no yo, sino un ilustre crítico de este siglo ha percibido claramente, habiéndole seguido en sus creencias los más insignes escritores contemporáneos, contestando, finalmente, á los que sostienen que nuestra literatura clásica no tenía más intención ni otro sentido que el que al exterior manifestaba.

Pero aun exponiendo como mejor pudiese todo esto, no

perderé de vista, sin embargo, el capital propósito de este estudio, alegando en mi favor las opiniones de los más eximios críticos, desenterrando algunas noticias tan curiosas como importantes á mis fines y extrayendo de todo ello argumentos que á mi parecer bastarían á demostrar racionalmente *à priori* lo que *à posteriori* me propongo apoyar con no escaso número de pruebas y documentos que no tengo por desatendibles.

Exigir el *documento* y anular la *inducción* y la *hipótesis*, es, respecto á los procedimientos históricos, lo que respecto á los militares sería exigir el triunfo prohibiendo el combate.

Si en toda ciencia experimental la inducción es el puente, el camino, el medio para llegar á la verdad, y la hipótesis, fruto de la inducción, es como verdad provisional que marca las dimensiones y dibuja los contornos de la verdad definitiva, ¿puede la Historia—ciencia experimental por excelencia—rechazar sistemáticamente el método inductivo y cerrar los caminos á la hipótesis?

Si la Historia ha de ser ciencia de razón y de experiencia, donde la atenta observación de lo pasado supla á la contemplación real respecto á tiempos que no pudimos vivir; si el atómico análisis de los hombres y de los hechos de una época ha de revelarnos las grandes leyes que rigieron en ella, y mediante el conocimiento de tales leyes y condiciones salientes podemos ordenar los hechos en grandes síntesis y volver desde las síntesis á los hechos, conocida ya la ley que los ataba y el proceso que siguieron, ¿por qué cuando esto alcanzamos á conocer de una época, no nos será dado pasar aisladamente de la ley al hecho, del conjunto al detalle, de la colectividad á la individualidad, y realizando un acto naturalísimo del juicio deducir de lo general y dominante lo particular y concreto? Por ejemplo: si en noventa y nueve casos las comedias del siglo XVII que aluden á un hecho culminante de aquel tiempo son contemporáneas, más aún, son coincidentes con tal hecho, ¿qué razón habrá para negar que una comedia más siguiera la ley de sus coetáneas?

¿No puede el arqueólogo reconstruir por un pequeño fragmento el ánfora entera? Claro está que por la calidad de la arcilla de que estaba formada, por la pintura que la cubría, conocerá la época y la región de donde procedía; y conociendo los motivos decorativos de aquella cerámica, por el pie y la veste flotante de una diosa, por el brazo y la lanza de un héroe, puede reconstruir el asunto de su decoración, viniendo por todas estas señales á deducir su época, y de la época y del estilo la forma, con lo que sin temor á equivocarse vendrá á reconstruir el ánfora entera.

Y lo que digo de un ánfora, decirlo puedo de un edificio y de un pueblo, de sus costumbres y de su vida.

Y si esto hace la arqueología con la materia muerta, al parecer, de lo pasado, con los despojos de las cosas, ¿por qué no ha de hacerlo la Historia con la materia viva, con los restos del pensamiento?

¿Por qué ha de prohibirse al historiador lo que se admira en el arqueólogo? ¿Por qué vedar al restaurador de hombres lo que se permite al restaurador de cacharros?

Se me dirá que el arqueólogo de cosas puede equivocarse, y que el arqueólogo de ideas estará más expuesto aún á error cuanto más sutil, movediza y varia es la materia de su estudio: y convendré en ello.

Pero para juzgar de sus aciertos está la crítica, que en justicia debe ser más tolerante para quien trabaje en empresas más arduas. Pero de aprobar ó reprobar un trabajo individual, á prohibir ó dar por inútil toda una especie de trabajos, hay gran distancia.

Resumiendo mi teoría, diré que, á mi juicio, el historiador literario es el arqueólogo de las ideas, y, por lo tanto, científicamente ha de permitírsele emplear iguales procedimientos de inducción que los empleados por el arqueólogo de objetos materiales.

No hay que decir que la labor del primero supera á la del segundo en dificultad y en grandeza, cuanto las ideas superan



á los objetos, aunque estos objetos fuesen producto de la inspiración; porque nadie me negará que la idea está más viva y más incoercible en las letras que en las otras manifestaciones del arte.

Creo, pues, que el historiador literario es el arqueólogo de las ideas, y que en su gran labor de reconstrucción ha de valerse de dos especies de documentos, que yo llamo: 1.º *documentos legales*, que son, claro está, los testimonios fehacientes, tales como escrituras públicas, actas notariales, registros ó partidas de nacimiento, defunción, etc.; escritos autógrafos comprobados, etc.; y 2.º, *documentos literarios*, que son el testimonio de los contemporáneos, el precedente de tal ó cual procedimiento seguido en otra obra suya por el mismo autor; la referencia clara, la alusión ó coincidencia evidente, la identidad de factura de una obra dudosa con otra reconocida, teniendo presentes los giros personales del estilo, las ideas y tendencias propias del escritor, las diversas maneras por él adoptadas en el desarrollo de su arte, sin olvidar las circunstancias accidentales que hayan podido modificarlas.

Téngase presente que otras dos clases de documentos análogos se emplean en la reconstrucción de la historia del arte: 1.º *documentos legales*, y 2.º, *documentos técnicos*.

Evidente es, que mediante un acta de fundación puede comprobarse la fecha de origen de un monumento, pero no lo es menos que el verdadero arqueólogo puede leer esa fecha en cualquier piedra del edificio.

Y lo que digo de la fecha, puedo decirlo del autor. Claro está que el *documento legal*, la firma auténtica del arquitecto al pie del contrato en que se obligaba á construir una obra acredita fehacientemente que tal arquitecto debió dirigirla; pero para el conocedor de aquel arte, los rasgos del estilo del maestro dirán su nombre más clara y á veces más fehacientemente que su firma. Porque pudo el maestro obligarse á ejecutar la obra, pero pudo morir antes de empezarla (sin que de su muerte quedase documento alguno), y ser, por lo tanto, la

obra producto de otro maestro, en cuyo estilo puede leer su nombre el inteligente, conociendo por medio del documento técnico lo que no constaba por medio del legal.

Luego el *documento técnico* en arqueología vale, por lo menos, tanto como el *legal*. Y otro tanto sucede en literatura respecto al *documento literario*.

Los elementos constitutivos de la obra estética hablan al historiador del arte — y entre las artes está naturalmente la literatura—con mayor elocuencia que todos los testimonios legales. La basa, el capitel, el fragmento de piedra cualquiera, cuenta al arqueólogo su edad, su procedencia, su estilo y hasta la mano que lo esculpió y la cantera de donde le arrancaron; le habla del apogeo ó de la decadencia de que formó parte expresiva y viviente; le cuenta los triunfos, las esperanzas ó las caídas del hombre que le dió forma artística, y por el roto fragmento reconstruye el pensador el edificio, la ciudad, el pueblo, la época y la civilización á que perteneció.

Y si todo eso dice la piedra, ¿qué no dirá, á través del tiempo, el pensamiento, la sugestiva palabra humana, empapada del ambiente en que vivió y del espíritu que la produjo?

La palabra, como la piedra, revela desde luego, por su estilo, la época y el arte á que perteneció; por su calidad, la cantera de donde la cortaron —que claro es que hay palabras, como piedras, de todas calidades, desde la berroqueña hasta el alabastro, el ónice, la malaquita y el ágata;—pero además, la palabra contiene algo inmaterial é incoercible que no contiene la piedra, algo que no es estilo ni calidad, sino temperamento, impresión, vibración y calor del alma que la produjo.

Al hablar de la inducción y de la hipótesis, téngase presente que no hablo del apriorismo gratuito, ni del empirismo incompleto; hablo de la hipótesis, hija de la razón y de la experiencia y precedida del minucioso análisis de los hechos; hablo de la hermosa síntesis que se forma en el entendimiento cuando después de haber pulverizado la realidad para sor-

prender sus leyes y arrancarle sus secretos, dueña ya la razón de los unos y de los otros, vuelve á constituir de nuevo la realidad, si no tal como fué, tan semejante á sí misma, que si no es la propia verdad se acerca á ella, está en camino de serlo ó es, por lo menos, la más verosímil copia de la verdad que le es dado alcanzar al entendimiento humano.

La hipótesis no es ciertamente la *verdad demostrada*; pero sin la hipótesis raras veces se llegaría, no digo á demostrar, pero ni á descubrir la verdad.

El empirismo nada puede por sí sólo, ni en la constitución de la Ciencia ni en la reconstrucción de la Historia.

La experiencia y la observación nos dan los hechos dispersos, la verdad fragmentaria, rota, descuartizada, como el cuerpo sobre la losa clínica; la razón es la que ata, la que une, la que reconstituye todo el organismo que despedazó el análisis. Y la razón se sirve de la *hipótesis* para reconstruir la verdad, como el arquitecto del andamio para reedificar el edificio.

Mejor aún: puesto que puede afirmarse que si la hipótesis de los antiguos constituída *à priori* era como los rudos figurines de la escultura primitiva, la moderna hipótesis científica es la escultura de Miguel Angel, realizada después de largos estudios anatómicos; es la síntesis precedida del análisis.

Y si la hipótesis «es en la ciencia moderna condición ineludible de todo progreso», según expresión de nuestro sabio Echegaray, ¿cómo no admitirla en la Historia?

Se me dice que esta ciencia no ha menester de inducciones, sino de documentos, y yo pregunto: ¿y cómo se alcanzan los documentos—que no pueden ni deben esperarse de la feliz casualidad—sino mediante la inducción?

Mediante ella he conseguido cuantos logré hasta ahora: de modo que el éxito, premiando mis esfuerzos, ha sancionado mis teorías. Luego, abandonar mis procedimientos sería mostrarme ingrata con el éxito é inconsecuente con mis doctrinas, justamente cuando mejores frutos me han alcanzado.

Cierto que con documentos se construye la verdadera His-

toria; pero si sólo con ellos se constituyese, el último escribano de protocolos, ó el más ignorante amanuense de notaría que mayor número de *instrumentos* legales amontonase, pudiera apostárselas con Herodoto ó con Taine.

Y sin embargo, ¿quién se atreverá á comparar un pobre y seco inventario de *testimonios públicos*, con la más noble, alta y filosófica de las humanas especulaciones?

¿En qué documentos se apoya el astrónomo cuya inducción científica adivina la hora y el momento fijo del paso de un astro desconocido todavía, ni qué momento de más sublime satisfacción para el sabio, que aquel en que el astro, como obediente á la evocación del entendimiento, aparece solemnemente en el cielo?

Concedido, se me dirá; pero la inducción del astrónomo es hija del saber y del cálculo, y se funda en experiencias anteriores.

Pues hija del saber y del cálculo, que en este caso será la lógica casi tan inflexible como las matemáticas, y fundada en experiencias anteriores, ha de ser justamente la del historiador, que no difiere de la del astrónomo sino en que ésta se dirige á adivinar lo que ha de suceder y la otra á adivinar lo que sucedió, apoyándose ambas en hechos anteriores y completando la verdad pasada ó la futura mediante el doble esfuerzo de la razón y de la experiencia.

Si para reconstruir lo pasado no se necesitase todo esto, la Historia no sería ciencia, sino un inconsciente amontonamiento de documentos, para cuya compilación bastaría la constancia de cualquier lego coleccionista.

La Historia es, pues, ciencia, porque en ella pone, por lo menos, tanto el entendimiento como la experiencia, que es la memoria del mundo.

Pero aún hay más: cuando la Historia tiene por objeto el arte, no le basta con ser obra científica de un sabio indiferente, necesita ser labor delicada de artista; porque sólo quien sienta la belleza, tendrá conciencia del verdadero mérito es-

tético; sólo quien alcance sus soberanas adivinaciones, alcanzará á penetrar sus misterios, y sólo quien fuese dueño de sus secretos acertará á valorar el verdadero mérito de sus procedimientos.

Así, para juzgar una obra de arte se necesita tanto de la experiencia y de la razón como del sentimiento ilegislable que, mediante percepciones que jamás podrán definirse ni reducirse á preceptos ni á recetas, adivina lo que la razón no sospecha y lo que no sabe la experiencia.

Para juzgar una obra de arte, se necesita conocer en todas sus significaciones y magnitudes la época en que se dió, y conocer toda la fisiología y la psicología, toda la vida y todo el temperamento del hombre que la produjo.

De tales fundamentos ha de originarse la inducción y de tales elementos ha de formarse la hipótesis, para que merezca entrar, siquiera á título de *verdad provisional*, en las altas regiones de la Historia.

Pero habiéndose alargado más de lo justo esta digresión, cúpleme hacer constar que, si muy á pesar mío me he detenido en ella, razones de modestia y sinceridad, juntamente, hánme obligado á dar esas explicaciones y las que á continuación expongo.

Ya que á un tiempo se me ha acusado de *ingeniosidad*, esfuerzo tan desmedido para mi inteligencia como poco digno de mi conciencia histórica, acusándome al propio tiempo de haber leído entre renglones en las obras de nuestros clásicos y de haber pretendido descubrir en ellas lo que durante tres siglos ha desconocido la crítica.

Nada tan difícil y ocasionado á error como el entablar la propia defensa: así, respecto á la nota de ingeniosidad en que he incurrido para mis censores, nada añadiré á lo dicho en mi descargo, si no es el hecho que fácilmente se evidencia con toda la bibliografía de los comentaristas de Cervantes, de que nada hay más fácil que contaminarse de los resabios de los escritores y de las épocas que con más frecuencia se estudian y

analizan; así, cuantos han estudiado el *Quijote* y sus emblemáticos versos y alusiones, han dado después en la manía de comentarlo ingeniosamente y de explicar por medio de anagramas, más ó menos acertados ó gratuitos, los nombres de los personajes de Cervantes ó de los que les sirvieron de modelo; que, como dijo Tirso,

El que en azogues trata  
Si no la vida la salud maltrata,  
Pues tal vez le sucede  
Que con temblores del azogue quede (1);

y ahí están los escritos de los Sres. Barrera, Castro, Benjumea, Hartzenbusch, etc., llenos de procedimientos ingeniosos y de caprichosas combinaciones anagramáticas, que no me dejarán mentir. Todos cuyos eruditos, exceptuando parte de los trabajos de Barrera y un admirable estudio de Hartzenbusch (2), incurrieron, á mi parecer, mucho más gravemente que yo en el pecado que se me imputa, tanto más cuanto que no me fundo en meras coincidencias de alusiones,—aunque éstas son demasiado significativas y numerosas para ser tenidas por casuales, como en adelante se verá—sino en algo, á mi juicio, mucho más sólido y que oportunamente iré exponiendo.

Respecto á lo de leer entre renglones, debo decir que no soy yo quien así lee, sino nuestros clásicos quienes así escribieron; y antes de pasar adelante, quiero evidenciarlo con breve pintura de la época y con declaraciones de testigos de mayor excepción.

La lucha, la actividad, la guerra de la espada ó de la pluma, era la tendencia dominante en aquella sociedad de soldados, teólogos y poetas.

---

(1) Tirso de Molina: *Amar por señas*.

(2) *Cervantes y Lope, en 1604*; artículo publicado en la *Revista Española*.

Las conquistas en los campos de Italia ó Flandes, en África ó en América; los descubrimientos en países fabulosos llenos de tesoros y maravillas; las controversias y conclusiones en las Universidades y conventos, y las batallas de ingenios, los vejámenes y las sátiras en las academias, tal era la existencia en aquellos siglos.

El trabajo, el bienestar, la paz tranquila de la moderna vida, laboriosa y burguesa; la cómoda holgura, las tiernas efusiones de la vida de familia, engendradoras de ese vago sentimentalismo que se exhala del espíritu y de la literatura modernas, eran cosas casi del todo desconocidas en aquellos tiempos de misticismo ó de guerra, de teología ó de sátira.

La mitad de las gentes vivía en los monasterios, cerca de la otra mitad en los campos de batalla; del resto había que descontar los millares de aventureros que emigraban á América, la nube de parásitos que envolvía los palacios y el gran número de pícaros, de arbitristas y caballeros de industria que pululaban por el reino, todos los cuales eran, en suma, vividores ó mendigos, y los que restaban en el hogar austero y desnudo de todas las comodidades modernas, tenían el ideal puesto en la guerra, en la corte, en el misticismo ó en la poesía, en cualquier punto menos en la hora presente, en la baja tierra, en la vida material y laboriosa.

Así, entonces nada era sencillamente tierno ni suavemente humano; todo lo que no era heroico ó místico, era brutalmente naturalista ó cruelmente satírico.

Y el instinto de lucha y controversia intelectual que estaba tan en nuestro espíritu y en nuestra sangre, hallaba grandes medios de acción en aquellas famosas disputas y conclusiones de las escuelas salmantina y complutense, donde se formaban, como los atletas en la lucha, aquellos robustos gladiadores de la idea, aquellos teólogos y ergotistas de cerebro incansable y de pulmones de bronce, cuyas formidables contiendas tuvieron el privilegio de atraer en torno suyo, y aun el de apasionar, á toda aquella nuestra sociedad de teólogos que gozaba en los

*autos sacramentales*. Y aquella creciente emulación en las luchas de la elocuencia engendraba á cada paso el antagonismo y producía el choque material, del que saltaban, como encendidas centellas, chispas de sátiras que azotaban el rostro y avivaban el ardor de los combatientes (1).

De aquellas reñidas luchas, de aquellos esfuerzos de abstracción, se engendraba el *conceptismo*, que aquellos mismos teólogos, literatos en su mayoría, derramaban en las páginas vivas de la novela, en las sonantes aguas de la poesía ó en el ancho río de la dramática, adulterando con gérmenes de decadencia un arte que nacía con tan poderosos bríos románticos.

Pero aquel prodigioso desarrollo intelectual hallaba por

(1) Encareciendo la importancia y popularidad que alcanzaron y el apasionamiento que despertaron las controversias teológicas, escribe el sabio agustino Fr. Francisco Blanco García que, «á impulsos de esa misma agitación universal, brotaban de las prensas abrumadores infolios y folletos de sátira venenosa.....» (\*)

Recuérdense—para no citar todas las controversias y á todos los controversistas de aquel tiempo—las ruidosísimas contiendas empeñadas entre Fr. Luis de León y sus émulos, á propósito de la *gracia y del libre albedrío*.

Uno de los contrincantes de Fr. Luis en las oposiciones á una cátedra, Fr. Domingo de Guzmán—de quien se cree que era el hijo del poeta Garcilaso de la Vega, conocido en el siglo con el nombre de D. Francisco Guzmán de la Vega—glosó con dañada intención y en peores versos las quintillas que, al salir de su prisión, escribió el autor de *Los nombres de Cristo*:

Aquí la envidia y mentira..... etc.

La cuarta copla de cuya *glosa* fué, por cierto, copiada por Cervantes en sus versos de *Urganda la Desconocida*.

Decía la *glosa* de Fr. Domingo:

«—¿Qué don Álvaro de Luna,  
Qué Aníbal cartaginés,

(\*) *Segundo proceso instruido por la Inquisición de Valladolid contra Fr. Luis de León*, con prólogo y notas del P. Francisco Blanco García, agustino, profesor del Colegio de Estudios superiores de El Escorial.—Madrid, 1896.



donde quiera fuerzas que le comprimían y barreras que le atajaban en los dos grandes poderes, espiritual y temporal, que regían aquellas sociedades.

Y enfrente de esa doble represión, hallaban, en cambio, las ideas al arte libérrimo y archinaturalista y pagano del Renacimiento, que les brindaba á encarnarse en todos los mitos y á disfrazarse con todas las galas de la alegoría y de la ficción poética.

Mientras la mística ofrecía al arte los cielos abiertos, el Renacimiento le brindaba con todas las seducciones de la forma clásica, y el arte, arrebatado de misticismo y enamorado de la belleza externa, tomaba al cristianismo su espíritu y al gentilismo sus formas, para lograr en sus creaciones su doble aspiración estética y espiritualista.

Así, por varias y muy diversas causas, vinieron á producirse efectos que dieron al arte y á la poesía su doble carácter de idealismo simbólico y alegórico, y de disimulada protesta resuelta en constantes sátiras.

Y así, nunca como en nuestros dos siglos de oro se culti-

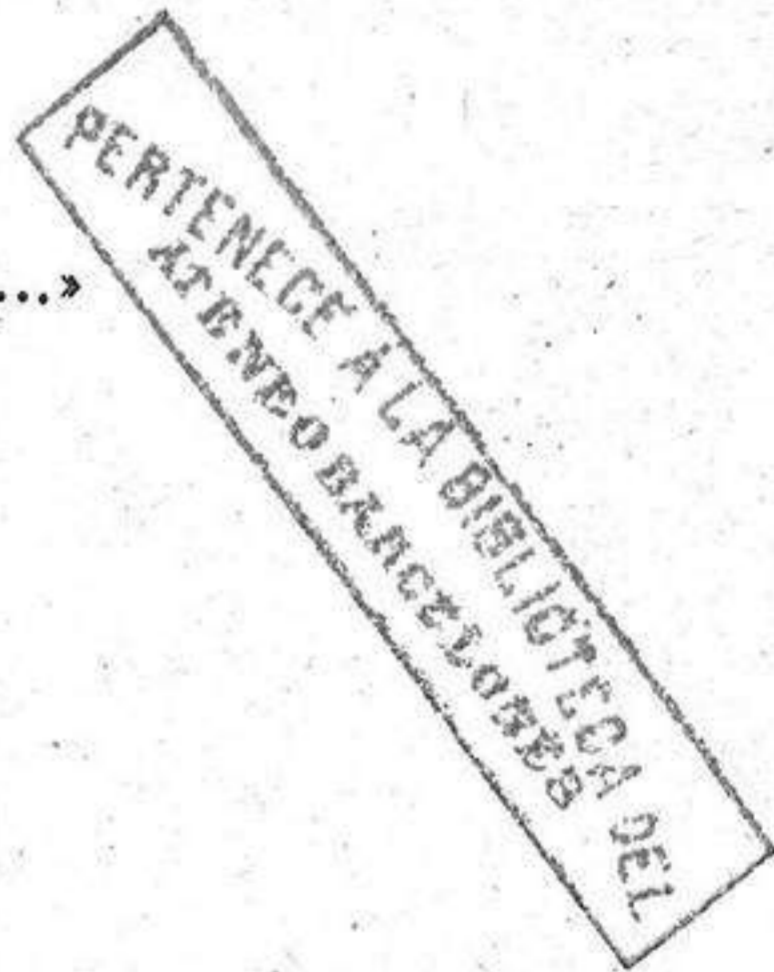
Qué Francisco, rey francés,  
Se queja de la fortuna?  
¿Qué le ha traído á sus pies?.....»

Y Cervantes:

«Si en la dirección te humi-  
No dirá mofante algu-  
¿Qué don Álvaro de Lu-  
Qué Anibal el de Carta-  
Qué rey Francisco en Espa-  
Se queja de su fortu-.....?»

La glosa que se hallaba en el código M. 243 de la Biblioteca Nacional fué publicada por D. Adolfo de Castro, que no advirtió esta coincidencia. Barrera creyó ser el primero en notarla en uno de sus artículos sobre Cervantes, publicado en la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes*, de Sevilla (de 1856 á 1858); pero más adelante se halló entre los apuntamientos de Gallardo extensa nota relativa á la glosa y á su coincidencia con los versos de *Urganda*.

E. M.—Noviembre 1897.



varon más asiduamente ni con mayor fortuna el simbolismo y la alegoría poética, y los que podemos llamar artes del disimulo y agudezas del ingenio.

De la extremada represión de los poderes nació el disimulo, carácter dominante de aquellas sociedades; de la forma de enseñanza, de las disputas teológicas y escolásticas, del constante esfuerzo por aguzar el pensamiento como un arma de combate, nació el conceptismo; de la tradición trovadoresca, de las bucólicas italianas, del petrarquismo, de las luchas de las Academias, de las reminiscencias de las *Cortes de amor*, del galante discreto palaciano, se engendró el culteranismo; y de la propia *savia* nacional, del exceso de intelectualismo y de la represión del pensamiento se engendró la diabólica sátira, espíritu maligno é impalpable que burlaba todas las vigilancias y adoptaba todos los disfraces; aspid de envidia que se ocultaba entre las virginales flores de la poesía y se enroscaaba al laurel de la victoria; pérfida alusión que se deslizaba blandamente bajo las más claras transparencias del estilo; sutil ironía, disfrazada de elogio, que se clavaba en el alma; cruel sarcasmo que envenenaba la caricia y profanaba la piedad.

La nube de parásitos que rodeaba á los reyes, á los príncipes y á los señores, disputándose la privanza, profesaba de hecho la adulación al dueño y la envidia hacia los émulos; ¿qué mejor escuela de disimulo y de artificio?

Así, por constitución social, por tendencia propia, por ley de moda, por influjo exótico, por excelencia de la mística, por esencia del Renacimiento, por influjo del conceptismo, por culpa del culteranismo, todo tendía al misterio, al símbolo, á la alegoría, al rebozo, al disimulo, al rodeo, al artificio y al disfraz en aquella sociedad como en aquella literatura.

Disfrazábanse los reyes y caballeros en los saraos; los galanes para rondar á sus damas, las damas para celar á sus galanes, cuando no adoptaban éstas el traje varonil, ya para estudiar en Salamanca, como doña Feliciano Enríquez, ya para seguir la vida militar como la monja-alférez.

Adoptaban los poetas en las Academias nombres pastoriles ó caballerescos, misteriosos ó significativos, y los escritores se encubrían bajo los más ingeniosos disfraces, acomodados á los gustos dominantes, es decir, pastoriles ó caballerescos, anagramáticos ó artificiosos.

Teníase por vulgaridad imperdonable el llamar á cada cosa por su nombre; por carencia de ingenio el expresar el pensamiento sin rodeos; por indigencia de fantasía el no alcanzar á expresar por medio de metáforas alambicadas los sentimientos y las situaciones de la vida; por falta de agudeza el no acertar los poetas á personificarse simbólicamente y apellidar con nombres sonoros, misteriosos y significativos á sus damas, amigos y Mecenas, y aun á sí mismos y á sus émulos y rivales.

Con lo que por obra y gracia de la exaltada fantasía poética convertíanse en *Arcadias* los palacios y los poetas en *Salicios*, *Nemorosos*, *Tirsos*, *Elisios* ó *Belardos*; los grandes y los duques en *Lauros*, *Damones* ó *Anfrisos*; las damas en *Cloris*, *Anardas*, *Nises* ó *Cardenias*.

Otras veces, en las fiestas palacianas, ó en las concepciones de pintores ó poetas, damas y caballeros se metamorfoseaban en *Apolos*, *Dafnes*, *Martes* ó *Minervas*.

Cervantes simbolizaba en *Galatea* á su esposa doña Catalina, Lope llamaba *Amarilis* á doña Marta, Villamediana apellidaba á la Reina *Francelisa*.

Todas las personalidades se adjetivaban y todos los adjetivos se personificaban; así Apolo significaba, según los casos, á Jesucristo, al sol, al Rey ó al padre de la poesía; la Reina era, según las circunstancias, *Minerva*, *Venus* ó *Juno*; los mayordomos de Palacio, *Ganímedes*; los ministros *Atlantes*, los capitanes, *Césares*; los próceres dadivosos, *Alejandros*; los patrocinadores de poetas, *Mecenas*; los críticos, *Zoilos* ó *Aristarcos*; los médicos, *Galenos* ó *Esculapios*; los embajadores, *Mercurios*; las damas, según su condición, *Lucrecias*, *Anaxartes*, *Penélopes* ó *Circes*.

Y en aquel continuo trasiego entre el cielo y el Olimpo, San Gabriel se convertía en *Paraninfo*, la Virgen en *Minerva*, y Jesús sacramentado en *El Verdadero Dios Pan* (1).

Que en ninguna literatura como en la nuestra, ni en ningún tiempo como en aquellos dos siglos dorados, alcanzaron mayor exuberancia y apogeo el simbolismo, la alegoría, la metáfora, ni se adornó con mayor riqueza y lujo de galas poéticas el pensamiento y aun las más remontadas abstracciones místicas, que en aquella literatura nuestra que alcanzó á vestir de carne y á reducir á imágenes reales toda la teología.

Y así, las comedias eran charadas en acción, los cuadros jeroglíficos artísticos, los poemas largos enigmas, los autos sacramentales traducciones simbólicas de la teología á la mitología, á la historia y á la vida real.

Todo, desde el traje hasta la arquitectura, la jardinería y el mobiliario de aquella época, revelaba la tendencia dominante al rebozo, al disfraz, al disimulo y al equívoco, á la sorpresa y al engaño novelesco; ya que las damas usaban mantos y las aldeanas rebozos y mantellinas, y los galanes embozos y chambergos que los convertían en verdaderas máscaras, y los jardines estaban llenos de laberintos inextricables y de saltos de agua disimulados que solían jugar pesadas burlas á quienes los frecuentaban; ya que los muebles, como las casas y los palacios de aquel tiempo, estaban llenos de escondites, sorpresas, dobles puertas, ingeniosos resortes, trampas y artimañas, y esto hasta tal punto que no gustaban entonces las comedias que no abundasen en tramoyas y sorpresas, tales como alacenas giratorias, sótanos y tornos misteriosos, puer-

---

(1) *El Verdadero Dios Pan, El Divino Orfeo y el Sacro Parnaso*, títulos de otros tantos autos de Calderón, en quien reconoce el Sr. Menéndez y Pelayo «un simbolismo potente que abraza la ley antigua, las parábolas de la nueva, y las fábulas de la gentilidad.»—(*Calderon y su teatro*, página 129.)

tas y postigos disimulados, etc.; ni libros que no abundaran en metáforas sutiles, en ingeniosidades agudas y en alusiones ó equívocos artificiosos.

La literatura, como la vida de aquellos tiempos, era un perpetuo Carnaval de las ideas y aun de las intenciones; un baile de máscaras donde cada cual lucía un disfraz ingenioso; una justa poética, donde cada uno ostentaba una librea, un color, un escudo y un mote significativo.

No había poeta sin seudónimo, no había dama sin alegórica divisa, ni librero sin empresa simbólica, ni persona viviente sin apodo ó nombre significativo.

Lope tuvo por nombres poéticos los de *Belardo* y *Lelio*, en su égloga *Filís* se denominó *Eliso*, en la *Dorotea* apellidóse *Don Fernando*, en sus cartas al de Sessa, solía firmarse *Juan Latino*, Cervantes le llamaba *monstruo de la naturaleza*; sus adversarios, *Lupus* y el *Lobo*; sus admiradores el *Fénix*, y él mismo usó el seudónimo de *Fray Gabriel Padecopeco*.

Al insigne Alarcón le llamaban el Corcobado, *Corcobilla*, *Don Cohombro* de Alarcón, el Mejicano, etc.

A Fray Gabriel Téllez, que ya tenía su seudónimo poético, solían darle sus contemporáneos otros nombres.

A Mendoza le apellidaba Góngora el *Aseado lego* y el *Discreto de Palacio*.

A Fray Luis de Aliaga le llamó Villamediana *Sancho Panza*.

Nadie ignora que en el mundo de las letras, Quevedo era *Fabio*; Rey de Artieda, *Artemidoro*; Vélez de Guevara, *Lauro*; Medinilla, *Elisio*; Soto de Rojas, el *Ardiente*, y Cervantes el *Adán de los poetas*.

No había comediante que no tuviera un mote: á Morales le decían el *Bonico*; á Juan Herrera de Gamboa, el *Maganto*; á María de Córdoba, *Amarilis* y *La Gran Sultana*; á Andrés de la Vega, *El Gran Turco*.

Y ¿qué más? en cosa tan seria como las cartas que se cruzaron entre graves personajes á propósito de los sucesos de la Princesa de Éboli y de la muerte de Escobedo, se llama á la

Princesa *Jezabel* y la *Canela*, y á Antonio Pérez el *Pimpollo* ó el *Portugués*.

Y si es cierto que dichas cartas pertenecen al siglo XVI, no lo es menos que á él perteneció Cervantes, que solo vivió diez y seis años en el siguiente, y que en el XVI nacieron y se formaron todos los grandes ingenios del segundo siglo de oro, durante el cual, en cuanto á sátiras, alusiones, reconditeces y rodeos de dicción, no sólo no se corrigieron, sino que se extremaron hasta lo sumo los vicios del precedente.

Todo contribuía á ello: porque mientras el culteranismo cifraba toda su opulencia en palabras, y, como decía Tirso, en *bachillerías exquisitas*; mientras el conceptismo quebraba el pensamiento de puro retorcerlo y sutilizarlo, el propio naturalismo y el subjetivismo extremado de aquellos escritores venían á engendrar forzosamente el sentido alegórico, figurado y emblemático; porque claro es que cuando hablaban de las intimidades de sus contemporáneos, de sus colegas, amigos y deudos, y aun de ellos mismos y de su vida privada, natural era que *por buenos respetos*, como decía Cervantes, no se retratasen á sí y á sus allegados con sus propios trajes y nombres, y de aquí las invenciones simbólicas, los poemas enigmáticos, las personificaciones caballerescas ó pastoriles, etcétera.

Así, Cervantes simbolizó sus amores en la *Galatea*, sus varias aventuras en *El Gallardo Español*, sus prisiones en *Los baños de Argel* y en la novela del *Cautivo*; y Lope refirió emblemáticamente su vida en la *Dorotea* y sus amores y desventuras en las églogas *Filis* y *Amarilis*.

Y cuando se llevaban á la ficción poética intimidades como las que encerró Lope en su égloga *Filis*, de la cual puede decirse que fué el poema de sus remordimientos, puesto que era la historia de la culpa de aquella desventurada hija de sus sacrílegos amores con Doña Marta, cuando tales tragedias propias se disfrazaban de églogas, ¿qué se negaría á la ficción?

Cuando las intimidades del alma salían al mundo en ver-

sos, por cierto sentidísimos, pero con atavíos de farsa, ¿cabrá dudar que los satíricos y novelistas se inspirasen en la realidad y singularmente en la vida de sus émulos?

Y por si no bastara con el ejemplo de toda aquella literatura, apelemos al testimonio de los propios autores.

Véase lo que sobre el sentido oculto de su obra dice Vicente Espinel en el *Prólogo* á su *Escudero Marcos de Obregón*.

«Yo querría en lo que he escrito *que nadie se contentase con leer la corteza, porque no hay en todo mi Escudero hoja que no lleve un objeto particular fuera de lo que suena.....*» (1).

Y nótese á continuación, cómo fustiga Fr. Jerónimo de San José (2) el desmedido afán de sus contemporáneos á producirse por medio de metáforas y alusiones:

«No se tiene ya por cláusula elegante sino la que se dice de manera que en muchas horas el más atento no la pueda entender. *Una metáfora sobre otra metáfora, y en cada palabra diez figuras y en cada figura quince alusiones, etc.....*» (3).

---

(1) El Sr. D. Juan Pérez de Guzmán, en su erudito estudio *Espinel y sus obras*—que precede á la edición que de la citada novela publicó la *Biblioteca de Arte y Letras*, Barcelona 1881—dice, á propósito de esa frase de Espinel: «Difícil es apreciar con tres siglos de distancia por medio y una absoluta carencia de historia literaria, todo lo que mediante esta advertencia haya en el *Marcos de Obregón*, de *circunstancial, local y adecuado á la época en que se dió á la estampa*. La crítica no puede ya apreciarlo, desprovista de los necesarios antecedentes, sino en lo que la obra de Espinel tiene de universal, de perenne y de eterno.» Pero aunque no pueda la crítica—según dice muy bien el Sr. Pérez de Guzmán—descifrar á tres siglos de distancia cada una de las alusiones y actualidades del libro, sí puede y debe, á mi parecer, consignar el prurito alusivo y la tendencia ocultista que lo informan, porque el conocimiento del espíritu de una época es, á mi juicio, el mejor camino de rehacer su historia literaria.

(2) *Genio de la Historia*, parte II, cap. VI.

(3) Con razón escribió Cascales, á propósito de *Las Soledades y el Polifemo*: «Las *metáforas perpetuas* son la causa principal de esta confusión y de esta obscuridad.» Respecto á las *alegorías, comparaciones y enig-*

Cervantes, en el *Coloquio de los perros*, dice por boca de *Cipión*, refiriéndose á los discursos misteriosos de la *Comacha*: «.....que sus palabras se han de tomar en un sentido que he oído decir que se llama *alegórico*, el cual sentido no quiere decir lo que la letra suena, sino otra cosa que, aunque diferente, le haga semejanza.....:» y en tal sentido escribió Cervantes su alusivo *Coloquio*.

Véase lo que el mismo Cervantes escribe en el *Persiles* (Libro III, cap. XXI) acerca del *doble sentido*.

Dice Isabela: «Créame el señor Juan Bautista, que está presente, que tiene un hijo más hermoso que santo y menos estudiante que galán, que mal hayan las galas y las atildaduras de los mancebos..... y mal hayan juntamente las espuelas que no son de rodaja y los acicates que no son puntiagudos y las mulas de alquiler que no se aventajan á las postas; con estas fué ensartando otras razones *equivocas*, conviene á saber, de dos sentidos, que *de una manera la entendían sus secretarias y de otra los demás circunstantes: ellas las interpretaban verdaderamente y los demás como desconcertados disparates.*»

Así sucedía con aquellas alusiones, que de un modo las interpretaban los iniciados y de otro los profanos: y en verdad que en toda aquella literatura abundan considerablemente los pasajes emblemáticos, y que estos son tales, que á no atribuirles doble sentido, se tendrían por *desconcertados disparates* (1).

---

mas, véase la *Agudeza y arte de ingenio*, de Gracián. Y á propósito de *alegorías* y símbolos rebuscados, las obras de Ledesma, singularmente los *Conceptos espirituales* (Madrid 1610), si bien en cuanto á enigmas, acertijos, rodeos de dicción y *sinónimos voluntarios*, nada me parece comparable á *La Pícaro Justina*.

(1) No faltó escritor que creyese que el estilo claro y sencillo debía limitarse á las obras de Historia, hallándolo impropio de las sutiles concepciones de los poetas, así en las finas alusiones y en las pinturas imitadas de la fábula, como en los asuntos galantes, cosas que comparaba á manjares delicados, añadiendo: *Qui potest capere capiat*.—D. Francisco del Villar, sobre la carta pasada (de Cascales) *Del Polifemo y Las Soledades*. («Bib. de Autores Españoles», t. LXII, pág. 484.)



Adviértase lo que escribió Quevedo sobre el juego del vocablo (1), y recuérdese, por último, lo que dijo Cervantes acerca de las *blandas* sátiras de algunos poetas que herían el alma dejando sano el vestido. (*Quijote*, parte II, cap. XXXVII.)

No pudieron, pues, nuestros grandes ingenios ser más explícitos respecto al encubierto sentido con que solían escribir, porque claro es que, si se proponían ocultarlo, no habían de publicar adjunta á sus obras la clave para su interpretación.

Los testimonios transcritos bastarían, á mi parecer, á demostrar con la más auténtica demostración, que no soy yo quien lee, sino nuestros clásicos quienes escribieron *entre renglones* cuanto deseaban dejar á un tiempo velado y transparente en sus obras.

Pero aún quiero alegar una prueba más clara, un ejemplo tan ilustre como visible y elocuente, del grado de sumo refinamiento á que llegó el arte del disimulo en nuestros clásicos, ejemplo que será plena demostración de la penetrante sutileza de la sátira de Cervantes.

Me refiero á aquella cruel ironía vestida de mansedumbre con que después de protestar de que admiraba *las obras y el ingenio* de Lope—en el prólogo á la segunda parte del *Quijote*—se atreve á encomiar la *ocupación continua y virtuosa* del Fénix, en los días en que eran públicos sus amores sacrílegos con doña Marta.

¿Quién que ignorase las tristes intimidades de Lope, hubiese sospechado la perfidia de esta alabanza de Cervantes? ¿No eran esas suaves palabras suyas, como aquellas que él llamaba *blandas espinas* que herían el alma sin quemar los vestidos?

Tan mansa, tan apacible y tan sosegada fluye aquí la cáustica ironía cervantina, que quien desconociese los culpa-

---

(1) Quevedo, *Premática contra los poetas güeros, chirles y hebenes*. (*Vida del Buscón*. L. II, cap. II.)

bles amores de Lope, tendría á Cervantes por el más misericordioso y magnánimo de los émulos.

Y esto es tan verdad, que así aconteció al bueno de Navarrete y á los demás biógrafos que, desconociendo la correspondencia de Lope con el de Sessa, tuvieron por oro de toda ley la sangrienta reticencia de Cervantes.

Véase cómo le juzgó Navarrete: «No puede darse un elogio más noble y desinteresado, y una *satisfacción más ingenua y sencilla.*» (1)

Y después de decir, con error disculpable porque en 1819 no era conocida la biografía de Lope, que éste era sacerdote desde 1608 y cantó misa en 1609, etc., etc., concluye: «Su asistencia continua á los hospitales....., su devoción y *cris- tiana conducta* en aquella época, califican de *justa y verdadera* la admiración de Cervantes por la *ocupación continua y virtuosa de Lope.*»

Pero ¿qué motivos tenía Navarrete para calificar de *cris- tiana* y virtuosa la conducta de Lope en 1615? Pues únicamente la fe que él otorgaba á la que tenía por *ingenua y sencilla* declaración de Cervantes.

Conocida ahora la verdad sobre la vida de Lope, notoria á todos en la corte, ¿cómo podremos tener por *ingenuas y sencillas* las palabras de Cervantes?

La correspondencia de Lope ha sido en este caso como uno de esos ácidos que revelan la existencia de un veneno en una copa de néctar.

Y en vista de tan elocuente y cruel ejemplo, ¿cómo dudar del alcance é intensidad de la ironía cervantina? ¿Cómo dudar que ésta supiese adoptar la apariencia de la más perfecta y transparente ingenuidad?

Ciertamente que la intención de este elogio es tan profunda y cruel, que á no descubrirse la correspondencia de Lope nadie la hubiese sospechado en Cervantes.

---

(1) *Vida de Cervantes.*

Pero sucede lo mismo con el alcance y reticencia de otros muchos pasajes suyos. A mi parecer, la sarcástica ironía con que flagelaba á sus contemporáneos, salta á la vista en innumerables pasajes de sus obras, donde yo la he visto palpable, aun sin el auxilio de ese ejemplo.

Pero teniéndolo, ¿cómo creer ahora en la sinceridad de ninguno de los elogios de Cervantes á Lope? Quien así hablaba de la conducta del sacerdote, ¿cómo hablaría de las obras del émulo? ¿Cómo había de *adorar* el ingenio de aquel cuyas comedias calificaba de *disparates*? ¿Cómo había de ser sincera aquella admiración en que envolvía las obras del poeta y la conducta del sacerdote, siendo tan notorio para él que ésta nada tenía de *admirable*?

Y si tal era aquí su juicio sobre Lope, ¿por qué hemos de creer que en *El Viaje al Parnaso* fuese otro diverso, tanto más cuanto que en este poema trata de *disparates* las comedias ensalzadas en los teatros, que eran las del propio Fénix?

¿Por qué hemos de creerle cándidamente ingenuo, allí donde él mismo se nos declara *socarrón* y *disimuladamente tierno* para con los poetas de su tiempo? (1).

(1)

Yo *socarrón*, yo poetón ya viejo  
 Volvíles á lo *tierno* las saludes  
 Sin mostrar mal talante ó sobrecejo.  
 No dudes ¡oh lector caro! no dudes,  
 Sino que suele el *disimulo* á veces  
 Servir de aumento á las demás virtudes.....

Y añade:

Dejéles esperando coyuntura  
 Y ocasión más *secreta* para dalles  
*Vejamen* de su miedo ó su locura.....

(Viaje al Parnaso.)

De modo que el mismo Cervantes se nos muestra *socarrón* y *disimuladamente tierno* para con los poetas, mientras esperaba ocasión *secreta* para darles *vejamen*, lo cual hacía con aquel recatado modo que él mismo encarece, diciendo:

Que entonces la mentira satisface  
 Cuando verdad parece y está escrita  
 Con gracia que al discreto y simple aplace.

(Idem.)

Y si su espíritu para con Lope es el mismo en el *Viaje al Parnaso* que en el Prólogo á la segunda parte del *Quijote*, ¿cómo negar que aquello de:

Llovió una nube al gran Lope de Vega, etc.,

hablando del padre del teatro como podía haber hablado del chaparrón ó del granizo, era otra flecha de su aljaba satírica?

Y no se tomen mis palabras en sentido adverso á Cervantes, ni se crea por un momento siquiera que le tengo por el único ni menos por el más intencionado de nuestros satíricos en un tiempo en que vivieron Quevedo, Suárez de Figueroa, Villamediana, Villegas, Góngora y el propio Lope tan maestro en el perfecto disimulo, que su correspondencia íntima es el reverso de la medalla de sus encomios oficiales, y su vida privada el reverso de su vida oficial y religiosa.

No tengo á Cervantes por el único intencionado satírico de su tiempo, ya que sospecho que en las obras de Quevedo, por ejemplo, hay todo un mundo inexplorado de intencionadísimas censuras; lo que sí creo es que está por escribir la historia de la sátira y de la alusión en el siglo XVII, que es ciertamente la historia de casi toda aquella literatura.

En cuanto al pretender yo descubrir en las obras de Cervantes y en las de sus contemporáneos lo que no sospecharon tres siglos, me bastará citar la tendencia constante, mejor aún la obstinación persistente de la crítica de esos tres siglos, empeñada en interpretar, en los más varios sentidos, es verdad, pero en interpretar siempre el *Quijote*.

Claro es que la variedad de las interpretaciones responde á la variedad de criterio de los comentadores, la mayoría de los cuales parece haber puesto singular empeño en ver en Cervantes todo aquello que Cervantes no era, en atribuirle todo aquello que no pensó y en adivinar en el libro todo aquello que el libro no contiene; pero ¿qué mayor prueba de la *interpretabilidad* del *Quijote*, sino las expresivas declaraciones de

los contemporáneos de su autor y el constante prurito que en interpretarlo ha puesto la crítica durante más de trescientos años?

Léanse las intencionadas palabras del Dr. Suárez de Figueroa (1), que acreditan, como observó D. Luis Fernández Guerra, que un año después de muerto Cervantes *vivía aún el modelo* de su *Don Quijote*.

Recuérdense las declaraciones de Faría y Sousa, que escribió del *Quijote*: «que *apenas tiene acción perdida ó acaso, sino ejemplar, ó abierta ó satírica ó figuradamente*»; y ténganse en cuenta sus observaciones sobre el gobierno de Sancho.

Recuérdense las declaraciones de los embajadores de Venecia á propósito del gran libro.

«Cierto parece— escribe el docto cervantista D. José María Asensio y Toledo (2)— que en los despachos de Simón Contarini á la Señoría de Venecia, y de algún otro embajador, se indicaba que se había publicado en Madrid un libro con el título de *Don Quijote*, que era sátira embozada contra la privanza y gobierno del Duque de Lerma.»

«Aún más explícitos, según lo manifestado por Sir H. Rowdon-Brown, que estuvo encargado por el Ministro de *Negocios Extranjeros de Inglaterra* de examinar los archivos secretos de Venecia, hubieron de ser los Embajadores Francisco Priuli y Francisco Morosini.....», los cuales suponían que la contraproducente protección de *Don Quijote* al muchacho Andrés vapuleado por Haldudo, era parodia del insignificante apoyo que el de Lerma prestó á los planes de Emmanuel Filiberto de Saboya, viendo en Sancho Panza una representación burles-

---

(1) *El Pasajero*.—1617.

(2) *Noticias curiosas, particularidades y anécdotas relativas al «Quijote»*, por D. José María Asensio.—LA ESPAÑA MODERNA, 1.º de Enero de 1894.—A propósito de las declaraciones de Sir H. Rawdon Brown y de otras conjeturas sobre el mismo asunto, véase el libro del Sr. Tubino, *Cervantes y el Quijote*, págs. 150-155.

ca de D. Pedro Franqueza, al cual fueron entregados *tres* de los *cinco* hijos del de Saboya, á cuyo suceso suponían alusiva la letra *primera de pollinos*, firmada por *Don Quijote* en Sierra Morena, ordenando á su sobrino entregar á *Sancho tres de los cinco* que había dejado en casa.

Téngase presente que en el siglo XVIII era tradicional en España la creencia de que Cervantes representó satíricamente en *Don Quijote* á Carlos V (1) y al Duque de Lerma.

Adviértese que en 1737, el primer biógrafo de Cervantes, D. Gregorio Mayans y Sísicar, después de impugnar dicha opinión: «escribía—dice Barrera—palabras tan intencionadas y reticentes que parecían hechas para afirmar la creencia que combatía.» «Sería menester—decía—hacer un libro muy crecido, si en todo se hubiese de manifestar el *alma verdadera de esta fingida historia*, y más si hubiésemos de hablar de *algunas personas que se creen caracterizadas en esta misteriosa historia*. Pero pues *Cervantes anduvo tan cauto que encubrió sus ideas con el velo de la ficción*, dejemos estas *interpretaciones* á la curiosa observación de los lectores.....»

D. Martín Fernández de Navarrete, dando por cierta la existencia del *Buscapie*, dice (2) «que Cervantes no intentó manifestar con este opúsculo el fin principal de su novela, que había ya declarado sin rebozo en el prólogo, sino *levantar el velo de algunas alusiones y parodias á sucesos recientes y personas conocidas*, cuanto bastase á estimular la curiosidad de los lectores.....»

Y el mismo Navarrete (3), refiriéndose al gobierno de *Sancho*, escribía que era: «Observación práctica hecha por el mismo Cervantes y acomodada en esta invención, la cual es por

---

(1) A propósito de la representación satírica de Carlos V en *Don Quijote*, véase, además del libro de Navarrete, el citado artículo del señor Asensio.

(2) En su *Vida de Cervantes*, 1819, pág. 103.

(3) Loc. cit., págs. 187-188.

esto—añade Manuel Faria y Sousa—tan verosímil como cierto haber muchos *Sanchos Panzas* en tales gobiernos; y de esta manera escriben y piensan y reprenden los grandes hombres.» «Otras impugnaciones—añade Navarrete—hay más detenidas, aunque disfrazadas con un velo muy delicado, *por ser de tal naturaleza que podían acarrearle persecuciones en descrédito de su religiosidad y patriotismo. Quien lea con atención las aventuras de la cabeza encantada, del mono adivino, la inopinada y silenciosa prisión de Don Quijote y Sancho por los criados del Duque, el fingido funeral de Altisidora*, aventura que califica del más raro y más nuevo caso de cuantos se contienen en su historia, comprenderá fácilmente que encierran *alusiones misteriosas* que no le era lícito desenvolver.....»

Que estas alusiones fuesen de carácter político y religioso, ya lo indica el biógrafo de Cervantes, cuando dice que le convenía encubrirlas bajo un velo, *por ser de tal naturaleza que podían acarrearle persecuciones en descrédito de su religiosidad y patriotismo.*

Y á renglón seguido añade: *De aquí nació la curiosidad y el interés con que se leía el Quijote, de aquí su popularidad y propagación, etc.*

Es decir que no sólo sostiene Navarrete que el *Quijote* contenía alusiones políticas y religiosas, sino que afirma categóricamente que á ellas debió su popularidad y propagación.

Quintana, en cambio, atribuye á las mismas causas las desventuras de Cervantes, cuando escribe que *quizá también á esta desgracia continua de su vida, contribuyó en alguna manera la índole particular de su talento, porque la habilidad de remedar y zaherir—dice—es tan peligrosa á los que la tienen como odiosa á los que la experimentan* (1).

---

(1) Obras completas del Excmo. Sr. D. Manuel José Quintana. («Biblioteca de Autores españoles», 1852, tomo XIX.) La biografía de Cervantes por Quintana, contenida en este tomo, es refundición *ampliada y rectificada*, de la que escribió su autor para la edición del *Quijote* hecha en a Imprenta Real en 1797.

Pero en una cosa convienen criterios tan opuestos como los de Navarrete y Quintana, y es en el conceder capital importancia á las sátiras intencionadas y personales de Cervantes, puesto que el uno hace depender de ellas la propagación de la obra, y el otro las desgracias de la vida del gran escritor.

Verdadero empeño puso también el doctor Puigblanch en hallar al *Quijote* oculto sentido político y religioso, ó más bien antireligioso, en armonía con sus propias ideas.

En su *Inquisición sin máscara*, supone que la prisión de *Don Quijote* y *Sancho* por los criados del Duque, seguida de la muerte de Altisidora, son nada menos que intencionada sátira de los procedimientos inquisitoriales.

En sus *Opúsculos gramático-satíricos* pretende columbrar el oculto fin del *Quijote* á través de los versos burlescos de su primera parte, y da singulares interpretaciones á varios de los nombres, frases y modismos contenidos en el gran libro.

Suponen algunos que Puigblanch, que escribía emigrado en Londres, dejó allí los gérmenes de aquella su singular manera de interpretar el *Quijote*, gérmenes que fueron más tarde recogidos por Benjumea, que también desde Londres escribió la mayor parte de sus comentarios filosóficos y sutiles interpretaciones de la incomparable novela. Pero si los comentarios de Benjumea, en su parte filosófica, son del todo imaginarios y se quiebran de puro sutiles y remontados, en la parte crítica y de observación contienen algunos atisbos é insinuaciones dignas de ser atendidas.

Tratando de *desencantar* el *Quijote* en la *Estafeta de Urganda* (1), decía: «Tenemos el *presentimiento*, mas no el *conocimiento* de sus tesoros». Y esta frase—prescindiendo de las interpretaciones de Benjumea—condensa muy gráficamente cuál

---

(1) *La Estafeta de Urganda, ó aviso de Cid Asan-Ouzad Benengeli sobre el desencanto del Quijote*, escrito por Nicolás Díaz de Benjumea.—Londres, 1861.



era el estado de la crítica del *Quijote*, singularmente antes de los aciertos de Hartzenbusch.

Apunta la coincidencia entre el *Coloquio de los perros* y el falso *Quijote* en la mención de Valdeastillas.

En suma, que en esta y en las demás obras suyas, percibe á veces las coincidencias dignas de notarse, los puntos más significativos é interpretables; pero yerra en las soluciones, extraviado por su doble preocupación de ver á Blanco de Paz y á la Inquisición influyendo sobre toda la vida de Cervantes, y á la filosofía más remontada y al más extraño simbolismo informando sus obras.

Mucho más acertada y digna de notarse es la crítica de don Aureliano Fernández Guerra, atinadísima en cuanto á los procedimientos naturalistas y en cuanto al espíritu, si bien no me lo parece tanto respecto á la letra, en sus interpretaciones sobre el gran libro. (*Algunos datos nuevos para ilustrar el Quijote*) (2.)

«El ingenio de Cervantes—dice—siempre tomó vuelo en un punto fijo de la naturaleza: por eso desde que nació su obra, fué calificada de sátira; y la tradición constante de que está simbolizado en cada figura un personaje verdadero, despertó hace un siglo la idea del Buscapié.»

No pudo andar más explícito el ilustre biógrafo de Quevedo, así respecto al procedimiento naturalista de Cervantes, como á la tendencia satírica y alusiva que la tradición constante suponía á su libro.

Pero aún dice más respecto al realismo de Cervantes, puesto que afirma que *No leyó libro ni trató persona que no diese materia á un rasgo de su pincel maravilloso*. Otro tanto puede afirmarse de Quevedo.

---

(2) *Noticia de un precioso códice de la Biblioteca Colombina; Algunos datos nuevos para ilustrar el Quijote; Varios rasgos ya conocidos, ya inéditos, de Cervantes, Cetina, Salcedo, Chaves y el Bachiller Engrava*, por D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe.—Madrid, Imprenta y estereotipia de Rivadeneyra, 1864.

Y respecto á interpretaciones, no anduvo corto el erudito escritor en este trabajo, puesto que, tomando ocasión de la carta de Cervantes á D. Diego de Astudillo, empieza por comparar los nombres burlescos de los mantenedores de la justa de Alfarache con los de los imaginarios caudillos que daba D. Quijote á las manadas de carneros que á él se le antojaban ejércitos valerosos, en cuyos supuestos caudillos ve el señor Fernández Guerra, no menos que al Duque de Lerma (Laurcalco), á D. Pedro Franqueza (Pentapolín), á D. Bernardino de Velasco (Micocolemo), al Conde de Salinas (Alfeñiquen de Algarbe), á Villamediana (Pierres Papín), y sin duda al gran Girón en el señor de la isla *Trapo-vana*.

Señalando después precedentes en la realidad á más de ocho de los sucesos y aventuras aprovechados por Cervantes. A saber: la última pesada burla, jugada á Sancho en la ínsula; el caballo Clavileño; la venida del embajador persiano; las *Metamorfosis* ú *Ovidio Español*, á que se alude en la expedición á Montesinos; el episodio de los bandoleros; la furiosa embestida de D. Quijote al retablo de Maese Pedro; las bodas de Camacho, y el episodio de la cueva de Montesinos y del rebuzno, infiriéndolas de las *Relaciones dadas á Felipe II en 1575 por los pueblos de la Mancha*.

Después de cuyas observaciones escribe el sabio crítico: *Tienen, pues, á mi juicio razón sobrada los que sospechan que en este libro se halla encubierta una fina sátira de aquel siglo.....*

Y después: «No hay, no puede haber en el *Quijote*, suceso, escena, cuadro, objeto ni dicho alguno que no haya tenido antes como despertador un modelo real y verdadero en la naturaleza.....» Que es lo mismo que decían los contemporáneos de Cervantes.

Mucho más pudiera agregar acerca de los infinitos pareceres é interpretaciones de que ha sido objeto un libro sobre el cual cada comentador ha emitido una opinión diversa, pudiendo afirmarse que no ha habido escritor de nota que no haya tratado de juzgarle.

Washington Irving le compara á la Biblia; Slegel le califica justamente de epopeya; Ríos se empeña en ajustar su plan al de la *Iliada*; Pellicer le juzga imitación del *Asno de oro*; Bastús se propone ver la Edad Media donde Pellicer y Ríos habían visto á Homero y Apuleyo; Ampère califica el libro de admirable caricatura; Germond de Lavigne, Nasarre y Montiano le posponen al de Avellaneda; Sydenham y Morejón le reputan por un tratado de alienación mental; Puigblanch por una diatriba contra la Inquisición; Benjumea por un poema simbólico más abstruso que la filosofía alemana; Bowle, y con él otros muchos, pretenden que D. Quijote es caricatura de Carlos V; Daniel Foe ve en la gran novela una sátira contra el Duque de Medina Sidonia; Sismondi, la desconsoladora imagen de la lucha entre el heroísmo y la vulgaridad; Viardot, Cantú y otros muchos observan también singularmente la contraposición entre la idealidad generosa y el egoísmo utilitario; otros deducen del gran libro consecuencias tan singulares como las de que Cervantes era médico, teólogo, administrativo, marino, antiesclavista, antiindividualista, librepensador, masón y republicano federal (1).



(1) *Bellezas de la medicina práctica, descubiertas por el Ingenioso caballero Don Quijote de la Mancha*, por el Dr. Hernández de Morejón.

1868.—Büchner: *Fuerza y Materia*, obra traducida al español en 1868. Su traductor cita el parecer de Broussais, que afirmaba no había descrito nadie la locura tan bien como Cervantes. Véanse además las opiniones de Sydenham, Eugene Semerie, Mata, etc.

1866.—*Abolición de la esclavitud en las islas de Cuba y Puerto Rico*, por D. Alfredo Murga. (Recuerda las opiniones de D. Quijote y Sancho, sobre este punto expuestas en los caps. XXIX y XXX de la primera parte y XXIV de la segunda parte del *Quijote*.)

1866.—Germond de Lavigne publicó en *La Discusión* (periódico de Madrid) un artículo en que trataba de probar que Cervantes era partidario de la República federal.

1857.—*De las Bellas Artes en sus relaciones con la civilización*, por D. Luis de Huidobro. (Halla á Cervantes antiindividualista.)

Como se ve, no existe libro alguno sobre el cual se hayan emitido más numerosos y diversos juicios, y esta misma diversidad de pareceres es la prueba más concluyente de la *interpretabilidad* del libro.

Claro está que, entre tanta variedad de intérpretes, hemos de conceder mayor fe á los que tuviesen mayor autoridad, es decir, á los contemporáneos de Cervantes, como testigos presenciales, ó á sus mejores críticos como testigos de mayor excepción. Pues bien; ya hemos visto que unos y otros, desde Avellaneda (que se queja de los *sinónimos* y de las sátiras de Cervantes), y Suárez de Figueroa, que indica que *Don Quijote* tuvo un modelo real, y Faria y Sousa, que declara que todo en la gran novela era copia fiel de la vida de su tiempo, y los embajadores de Venecia, que indican que el libro contenía sátiras políticas, hasta Fernández Guerra, Benjumea, Asensio y Chasles, pasando por Mayans, Bowle, Ríos (1), Navarrete, Castro y Hartzenbusch, todos se muestran unánimes en su empeño de interpretar el *Quijote* y todos hallan en él sátiras, alusiones y pasajes oscuros ó intencionados. Fuerza será, pues, rendirse ante el sufragio de la crítica y declarar interpretable y enigmático el libro que tres siglos se han obstinado en interpretar.

Pero ¿cuál será la clave del enigma, cuál la palabra de la Esfinge, cuál el sentido verdadero del misterioso libro?

Recurriendo antes que á la erudición ó al criterio personal, á la lógica inflexible, debemos preguntarnos primeramente:

¿Cuáles son, de ordinario, los móviles de las acciones humanas?

---

(1) D. Vicente de los Ríos declara que «el principal fin de Cervantes no fué divertir y entretener á sus lectores..... Valióse de este medio como de un lenitivo para templar la delicada *sátira* que hizo de las costumbres de su tiempo, *sátira viva y animada*, etc.»

Mr. Emile Chasles (*Michel de Cervantes, sa vie, son temps, son œuvre politique et littéraire*) opina asimismo que el *Quijote* no es sólo crítica de los libros caballerescos, sino sátira de los vicios sociales de la España del siglo XVII.

Á cuya pregunta, racionalmente, responderemos que el propio interés, ya sea de índole moral ó material, y la pasión, ya generosa ó ya bastarda.

Luego Cervantes, al escribir su gran libro, debió racionalmente proceder de acuerdo con su propio interés y á impulso de sus naturales pasiones.

Ha de considerarse, además, que ni Cervantes era un filósofo ni un innovador, ni siquiera un sabio dentro de las proporciones que alcanzaba en su tiempo la sabiduría, sino un *ingenio lego*, un ignorante divino, es decir, un poeta, y un psicólogo instintivo,—sin lo cual no hubiese alcanzado á ser novelista y satírico de la gran raza;—así no podemos atribuirle ni las tendencias didácticas y humanitarias ó *panfilistas* que le atribuyeron críticos influídos por la Enciclopedia, ni ninguno de los propósitos docentes, filosóficos y aun demagógicos que *à posteriori* se le han supuesto y que no pudieron ni aun pasarle por las mientes.

De modo que cuantas interpretaciones de su libro se inspiren en ideas contradictorias de los naturales intereses y de las pasiones ó sentimientos propios de Cervantes, ó extrañas á la órbita natural de sus ideas, carecerán de fundamento lógico, y aquellas que mejor se acuerden con sus intereses propios y con sus gustos, tendencias y opiniones dominantes, se hallarán más cerca de la verdad.

Con este criterio, tan racional como sencillo, en mi concepto, veamos ahora hasta qué punto la crítica moderna se ha acercado á la verdad en el camino de la interpretación del *Quijote*.

De propósito dejé para lo último el exponer los aciertos de los más eximios críticos contemporáneos en dicha interpretación, por referirse éstos á un asunto que es juntamente una de las bases en que se funda mi estudio y el punto en que este ya largo paréntesis empieza á enlazarse con el objeto capital de mis observaciones.

Me refiero á los versos satíricos que con *enigmática pluma*

—como dice Barrera—escribió Cervantes al frente y á los fines de la primera parte del *Quijote*, versos satíricos é intencionados si los hay, que desde los principios del siglo atrajeran poderosamente la atención de los eruditos.

Pellicer, Clemencín, Puigblanch, Gallardo, la Barrera y Hartzenbusch, disertaron sobre ellos con los criterios más diversos.

Pero es muy de advertir que el primero, al anotarlos, con escasa fortuna por cierto, declaró que *los interpretaban los curiosos*.

Clemencín, por su parte, después de negar que aludiesen al Duque de Lerma, se contentó con declarar que *ni entendía sus pensamientos ni encontraba en ellos otra cosa que obscuridad, confusión y tinieblas*.

Y Puigblanch, impugnando á Clemencín, escribió en sus *Opúsculos gramático-satíricos*: «Precisamente conducen aquellas poesías, sin que yo deje de confesar que pudieran ser mejores, á dejar Cervantes traslucir, ya que no se explicase claramente (lo cual no podía sin perjudicarse), *su verdadero objeto en la composición del Quijote*.»

Cierto que el extravagante y demagógico Puigblanch, viéndolo todo por el prisma de sus teorías revolucionarias, atribuyó á Cervantes ideas que ni por asomo tuvo; pero fuerza es confesar que si bien ninguno de aquellos críticos alcanzó el verdadero sentido de los versos, todos percibieron en ellos algo dudoso, intencionado y enigmático.

A la vista de águila del insigne Hartzenbusch (1) cupo la suerte de percibir la verdad allí donde sus predecesores sólo columbraban la duda; á su privilegiado criterio tocó el apartar la luz de las tinieblas en aquel revuelto caos, puesto que en los preliminares del *Quijote* vió con admirable lucidez lo que Cervantes puso en ellos: una crítica acerba de Lope, una sátira de su vida y de su orgullo monstruoso, una verdadera

---

(1) *Cervantes y Lope en 1604*.

parodia de las jactancias hinchadas de los *blasones apócrifos* y de las máximas pedantescas con que el gran dramático adornó los comienzos de sus libros y singularmente los del *Peregrino en su patria*.

Ahora bien; la interpretación de Hartzenbusch ¿conviene ó no con el espíritu y con los intereses y pasiones que animaban á Cervantes en los días en que produjo su obra imperecedera?

La reciente publicación del *Peregrino* (1603); la injustísima carta de Lope (14 de Agosto de 1604) notando de *necio* á quien elogiase el *Quijote* y de *mal poeta* á Cervantes; la no menos injusta opinión de Cervantes sobre el teatro del Fénix, consignada en el capítulo XLVIII de su libro, y la acerba ironía con que se lamentó siempre de ver pospuestas sus comedias á las del *monstruo de la naturaleza*, dirán, con mayor elocuencia que todas mis palabras, hasta qué punto era cierta la interpretación de Hartzenbusch.

Tan cierta y bien fundada era, que todos los críticos la aceptan sin contradicción, desde D. Cayetano Alberto de la Barrera hasta D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

El diligente y concienzudo Barrera reunió en amplio estudio cuanto los críticos anteriores y él mismo habían dicho sobre este punto hasta el año de 1863.

Me refiero á sus *Nuevas investigaciones acerca de la vida y obras de Cervantes*, las cuales, así como las muy eruditas y curiosas *Notas* con que las ilustró, vieron la luz en el tomo primero de las *Obras completas* del autor del *Quijote*, publicadas por Rivadeneyra (1).

Interesante en extremo es este trabajo de Barrera, así por las opiniones propias que expone, comentando y transcribiendo

---

(1) *Obras completas de Cervantes*, dedicadas á S. A. R. el serenísimo Sr. Infante D. Sebastián Gabriel de Borbón y Braganza. — Madrid. Imprenta de D. Manuel Rivadeneyra..... 1863. — (Edición de 310 ejemplares.)

las de Hartzenbusch sobre los versos preliminares del *Quijote*, como por la singular conformidad que se advierte entre los juicios de ambos críticos y los del Sr. Menéndez en su carta publicada por *El Imparcial* (1).

Del cotejo del artículo de Hartzenbusch, *Cervantes y Lope en 1604*, con los comentarios que de él hace Barrera en sus *Nuevas investigaciones* y con la erudita carta del Sr. Menéndez, claramente se deduce que estos tres ilustres críticos se hallan en perfecto acuerdo sobre dos puntos capitalísimos, así para la interpretación del verdadero sentido del *Quijote*, como para los fines que persigo en este estudio.

Y estos dos importantes extremos son: 1.º, la diferencia que se observa entre el *Don Quijote* y el *Sancho* aludidos por Cervantes en dichos versos y los protagonistas de la novela sin par.

2.º El hecho de ser Lope y sus jactancias eruditas y heráldicas en los preliminares de sus libros el objeto de la sátira de Cervantes en los versos que preceden y siguen á la primera parte del suyo.

«La parte del artículo del Sr. Hartzenbusch — escribía Barrera—que se refiere más particularmente á los versos con que adornó Cervantes su libro inmortal, concluye con un resumen de varias dudas y cuestiones á que da lugar la obscuridad de que aparecen rodeados, obscuridad que, en sentir del mismo comentador y crítico, debe nacer de que *los tales versos aluden á personas ó cosas ajenas á la fábula del «Quijote.»*»

«Sabe usted perfectamente — dice el Sr. Menéndez en su carta — que los versos que anteceden á la primera parte del «*Quijote*» no están enlazados de modo alguno con el tema del libro, sino que más bien le contradicen, puesto que ni D. Quijote alcanzó á fuerza de brazos á Dulcinea del Toboso, ni Sancho

---

(1) *Una nueva conjetura sobre el autor del «Quijote» de Avellaneda.* Al Sr. D. Leopoldo Rius y Llosellas. (*El Imparcial*, 15 de Febrero de 1897.)



Panza tomó las de Villadiego para retirarse del servicio de su señor, ni, en fin, casi nada de lo que se dice en los versos concuerda con lo que luego pasa en la novela.»

Igual observación hace Hartzenbusch respecto á los amores de D. Quijote con Dulcinea, tan distintos en los citados versos de lo que aparecen en el citado libro; pero lo que más extraña, lo que halla contradictorio y difícil de concertar es lo que Cervantes dice de Sancho en los versos, y lo que de él cuenta en el libro.

Fijándose en el soneto de *Gandalin á Sancho* que empieza:

Salve varon famoso á quien fortuna  
 Cuando en el trato escuderil te puso,  
 Tan blanda y cuerdamente lo dispuso  
 Que lo pasaste sin desdicha alguna.

«Cuando leo esto—dice—y me acuerdo de Sancho, molido á patadas por los criados de los frailes Benitos, apaleado por los yangüeses, manteado en la venta, robado por el galeote Ginés, etc., etc., *no me es dado creer que Cervantes dirigiese el soneto de Gandalin al escudero de D. Quijote, sino á otro Sancho, á quien había tratado la suerte con más blandura.....*» Y á continuación indica su sospecha de que este Sancho fuese fray Luis de Aliaga, opinión entonces muy válida, y ahora justamente rechazada por la crítica.

¿Pero no hemos hallado, por dicha, otro Sancho tratado con más *blandura por la suerte*, y que explícitamente contesta á los versos de *Gandalin*, dándose por aludido en ellos y terminando por decir:

No me llamen Sancho Panza  
 Que se enoja Don Quijote?

Apunta Harzenbusch su duda de que el *Ovidio español* citado en el penúltimo verso del aludido soneto fuese Lope «tan semejante á Ovidio por su facilidad, su gracia y dulzura», y por sus destierros y sus metamorfosis pudiera añadirse: y esta duda de Harzenbusch, viene á coincidir felizmente con lo manifestado por mí en la primera parte de este estudio.

Y á continuación expone la misma duda expresada por el Sr. Menéndez: «¿Dónde se vé á *Sancho* retirarse del servicio de *Don Quijote*, poniendo pies en polvorosa por vivir á lo discreto, como se dice en la décima del poeta Donoso?»

Ahora bien, estos versos demuestran con demostración palpable que existía un modelo viviente del *Sancho* cervantino, que la vida de este modelo no era ciertamente igual á la de la copia, ya que el original huyó ó se retiró de alguna parte, que ahora no intentaré determinar, por vivir á lo discreto.

¿Querrá esto decir que el original de *Sancho* se retiró á la discreta y apacible vida del claustro? ¿No será ésta nueva y elocuente prueba de que el aludido aquí es Fr. Gabriel Téllez, que por dos veces recoge en sus comedias la alusión de *Gandalín*? (1).

¿No era Tirso el *Gandalín* cuyo *Amadís* era Lope de Vega en aquella magna y caballeresca empresa dramática iniciada con la resurrección de tantos héroes del Romancero?

¿No dice Cervantes á Tirso en el soneto consabido:

Que solo á tí nuestro español Ovidio  
Con bnzcorona te hace reverencia? (2).

¿No conviene la crítica con Hartzzenbusch en que Lope era el capital objeto de todas estas sátiras de Cervantes?

Pues admitido que estos versos se refieren á los dos origi-

(1) Además de la ya citada de *Tanto es lo demás como lo de menos*, se halla esta otra en el acto 1.º, escena IX de *Averígüelo Vargas*: Jabaco (á D. Alfonso).....

Ven, que tu *Gandalín* soy  
Y tú mi *Amadís de Gaula*.

(2) Téngase en cuenta que la palabra *reverencia*, sinónimo de *paternidad*, se empleaba frecuentísimamente con alusión á los frailes y así la usaron Tirso y Quevedo.

«Llega haciendo reverencias,  
*paternidades* y habla.....»

(Tiso: *La celosa de sí misma*.)

Y otros muchos ejemplos que pudieran citarse.

nales vivos de *Don Quijote* y *Sancho*, y admitido que Lope es uno de los satirizados, es más, que Lope es el indicado aquí como original de *Don Quijote*, ¿qué inconveniente, qué obstáculo existe para creer que Tirso fuese el modelo real de *Sancho*?

Es más, ¿qué indicio, qué razón ni qué prueba hallamos en las obras de aquellos ingenios, no ya que contradiga que pudo serlo, sino que no afirme que lo fué?

Después de haber probado con la sospecha unánime de la crítica de tres siglos, confirmada por los aciertos de Hartzenbusch, que el *Quijote* es alusivo y que Lope es el objeto principal de sus alusiones, paréceme que no sería inútil ni inoportuno el intento de evidenciar por la sola fuerza de la razón y de la lógica, que no sólo no es inverosímil el suponer que el *Quijote* fuese copia animada de modelos reales, cuajada de alusiones y de sátiras, sino que lo inverosímil é ilógico sería el suponer que no lo fuese.

Toda vez que si el conjunto de hechos nacidos de las mismas causas y encaminados á iguales fines constituyen una ley, claro es que siempre que se den juntas las causas que produjeron hechos análogos, hemos de suponer que el hecho existió, y aun cuando no existiese señalaremos su ausencia como una anomalía de la costumbre, como una contradicción á la experiencia, como una inconsecuencia de la ley.

Así, una vez demostrado—y el hacerlo me será facilísimo—que Cervantes producía todas sus obras con presencia del dato humano, tomando directamente de la realidad todos sus elementos, resultará á todas luces anómalo, contradictorio é inverosímil el suponer que sólo el *Quijote*, la más completa de sus creaciones, aquella que las comprende y cifra á todas, la que contiene todo entero el genio de Cervantes en su más alta y completa expresión, y juntamente la más naturalista y satírica y la más interpretada de sus obras, se eximiese de aquella ley y se apartase injustamente de aquellos procedimientos.

Fácil me parece, pues, demostrar *à priori* y mediante una

serie de deducciones racionales, lo que en adelante espero apoyar con numerosos documentos que no tengo por despreciables.

Pocos, pero elocuentes ejemplos me bastarán á demostrar la primera parte de mi razonamiento:

*Que Cervantes copiaba directamente del natural, tomando de la realidad, y aun de su propia vida y familia, los sucesos y hasta los nombres y pormenores para sus ficciones.*

1.º Recuérdense *Los tratos de Argel*, que son una página de su vida, en la cual figura con su propio nombre el mercenario *Fr. Jorge del Olivar*, Comendador de Valencia, que realizó la redención de Rodrigo de Cervantes en 1577, quedándose heroicamente en rehenes por él y por otros cautivos cristianos (1).

Y en prueba de que aquella comedia era copia del natural, dice el autor:

«Dura en Argel este cuento  
De amor y dulce memoria,  
Y es bien que *verdad é historia*  
Alegre el entendimiento.»

2.º En *El Gallardo español*, D. Fernando de *Saavedra*, soldado de D. Alvaro de Bazán, que acuchilló á D. Juan de Valderrama, y huyó á Italia, es al propio tiempo Cervantes *Saavedra*, soldado del mismo D. Alvaro, que acuchilló al ante en corte D. Antonio de Sigura, y se refugió en Italia del rigor de la justicia, de cuya sentencia queda memoria en

---

(1) *Documentos Cervantinos*: págs. 233-38 y 246.—Los cautivos cristianos, y entre ellos *Miguel de Cervantes*, dirigieron (por Octubre de 1578) un largo Memorial al Papa Gregorio XIII, á Felipe II y otros príncipes, pidiendo, entre varias gracias, la redención de Fr. Jorge del Olivar y el favor de que permaneciese en Africa para consuelo de los cautivos cristianos: natural era que Cervantes recordase con gratitud al heroico mercenario.

la Real Provisión de 1569, que condenaba á Cervantes á perder la mano derecha.

La obra concluye:

«No haya más, que llega el tiempo  
De dar fin á esta comedia,  
*Cuyo principal objeto*  
*Ha sido mezclar verdades*  
*Con fabulosos inventos.»*

Tales eran las obras de Cervantes: amalgamas de la verdad con la invención, donde á veces predominaba sobre la invención la verdad.

3.º Otro tanto sucede con *La Española inglesa*, nueva página autobiográfica, donde la protagonista se llama Isabela y su madre adoptiva *Catalina*, como la hija y la esposa de Cervantes, toda cuya familia habitaba «en la casa que alquilaron frontera de Santa Paula», justamente donde vivió el autor del *Quijote*, en Sevilla.

4.º De *El Celoso extremeño* asegura Cervantes ser caso verdadero.

5.º De *La Fuerza de la sangre*, nos declara que tenía por argumento una historia verídica.

6.º *El Coloquio de los perros*, es á todas luces pura alusión. Mayans le califica de «Sátira, en que, imitando á Lucilio y Horacio, se reprende á muchos con mordacidad (!) pero ocultamente.....»

En Simancas se guardan documentos de un alférez Campuzano, que bien pudiera ser el retratado en esta novela.

«En la descripción del alquimista que estaba enfermo en el hospital de Valladolid dice Navarrete que aludió (Cervantes) á un suceso muy reciente.....»

Y cuenta el caso de Lorenzo Ferrer Maldonado (1609) que, so pretexto de hallar el verdadero lapis, recogió grandes sumas y huyó, dejando burlados á los incautos.

7.º De *La Señora Cornelia*, que tiene por argumento el

mismo que sirvió á Tirso para *Quien da luego da dos veces*, diríase que se halla inspirada en algún suceso real, que ambos grandes ingenios reprodujeron aisladamente, ó que tal vez el uno copió al otro. De todos modos, alusión, plagio ó coincidencia, esta semejanza señala una relación más y tal vez un nuevo motivo de enojo entre Tirso y Cervantes, dicho sea de paso.

8.º De *El Licenciado Vidriera*, me parece que podré indicar adelante á quién parodia y á quién alude.

9.º En *El Amante liberal*, dice Navarrete que «en esta novela refirió (Cervantes) disfrazadamente algunos de sus propios sucesos, como lo hizo en otras y en especial en la del

10. *Capitán cautivo.*»

11. De *Rinconete y Cortadillo*, dice Cervantes «que fué suceso que pasó en el año de 1569.»

12. A la *Tía fingida* la califica su autor de *verdadera historia* que sucedió en Salamanca el año 1575. (No es esta ocasión de discutir si es ó no de Cervantes esta novela.)

13. En *El Persiles*, señala Navarrete varios rasgos autobiográficos, incluso el prólogo, donde cuenta el autor su última enfermedad, y se despide de las gracias y donaires.

14. ¿Y qué más? Acabo de hallar en Salamanca las matrículas de un *Juan de Avendaño* y un *Diego de Carriazo*, nombres que da Cervantes á dos personajes de *La Ilustre fregona*, uno de los cuales en la realidad, como en la novela, era estudiante en la escuela salmaticense.

Coincidencias muy dignas de notarse son las que ofrece esta novela con una historia poco esclarecida aún, y que tocaba muy de cerca á Cervantes. Porque la protagonista de ella, que, como se sabe, es una joven de misterioso origen, se llama *Constanza*, como la hija de doña Andrea de Cervantes, y el padre del *D. Tomás*, que se casa con ella, tiene por nombre *Don Juan de Avendaño*, ni más ni menos que el *D. Juan de Avendaño* que desde Trujillo del Perú remitió mil reales á la sobrina de Cervantes *Doña Constanza de Ovando*, que aparece

con este nombre en la carta de pago, y firma, por cierto, doña Constanza de *Figueroa* (1).

De modo que de su propia familia y aun de los sucesos más escondidos de ella, tomaba Cervantes los hechos y hasta los nombres para sus novelas.

Y si sacaba á luz en sus obras las intimidades más dignas de recato de su propia casa y familia, ¿qué mucho que pusiera en novela y aun en caricatura la vida de sus émulos declarados?

Si en *Los tratos de Argel* y en *El Gallardo español* creemos á Cervantes cuando nos dice que mezcla la ficción con la verdad, ¿por qué no creerle en la segunda parte del *Quijote* cuando declara (cap. XLIV): «Y así, en esta segunda parte, no quiero ingerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo parecieren, *nacidos de los mismos sucesos que la verdad ofrece?*»

Uno de estos episodios, nacidos de los sucesos que ofrecía

(1) V. *Documentos Cervantinos, hasta ahora inéditos, recogidos y anotados por el Presbítero D. Cristóbal Pérez Pastor* (Madrid, 1897) págs. 194-195. Documento núm. 50: Carta de pago de doña Constanza de Ovando, en favor de D. Juan de Avendaño.

Adviértase que en la precedente lista de obras de Cervantes inspiradas en la realidad, no he agregado nada por mi cuenta, limitándome á citar á Navarrete (excepción hecha de la *Señora Cornelia*, de cuya coincidencia con la obra de Tirso ya hablaron Hartzembusch, primero, y el Sr. Apraiz después), y esto no completamente, pues aún indica el sabio biógrafo las siguientes obras y rasgos, copiados del natural:

- 1.<sup>a</sup> *La Gran Sultana*, que es la historia de doña Catalina de Oviedo.
- 2.<sup>a</sup> El proceso de las brujas del Bastán y Zugarramurdi en 1610, sirviendo de precedente á la pintura de la *Camacha*, la *Cañizares* y la *Montiela* en el *Coloquio de los perros*.
- 3.<sup>o</sup> La traslación de los restos de San Juan de la Cruz, como original de la aventura del cuerpo muerto.
- 4.<sup>o</sup> Y en *La Gitanilla* las metáforas á propósito de varios personajes del acompañamiento (en el romance de la Reina Margarita.)

la verdad, era allí el de Sansón Carrasco, evidente personificación de Avellaneda, como adelante espero demostrar.

Ahora bien: una vez probado con ejemplos tan elocuentes, que Cervantes tomaba de la realidad todos los elementos de sus obras, cierto que resultaría absurdo el suponer, aun desconociendo el *Quijote*, que sólo en esta obra, la mejor de las suyas y la más expresiva de su personalidad, prescindiera Cervantes de su propio temperamento y de los procedimientos artísticos que justamente individualizan su genio, aun entre escritores tan naturalistas como todos sus contemporáneos.

Y de que este absurdo no se realizó, buena prueba son los aciertos de Hartzenbusch, reconocidos y consagrados por la opinión y por la crítica.

Cotéjense los preliminares del *Peregrino* con los preliminares del *Quijote*, léase el citado artículo *Cervantes y Lope en 1604*, estúdiense atentamente la gran novela y dígaseme si después de ello y de conocer las verdaderas relaciones entre ambos grandes ingenios, es posible disentir de la opinión de Hartzenbusch.

En suma: que la lógica nos muestra que, no sólo es verosímil que el *Quijote* sea copia de la realidad y tenga sentido satírico, sino que lo inverosímil y lo anómalo sería negarle ambas condiciones.

Y lo que la lógica nos indicaba, la crítica lo ha descubierta, la opinión lo aplaude y sanciona, y la observación atenta de aquella sociedad y de aquella literatura lo descubre y evidencia más cada día.

De modo que ya nadie podrá negar, á lo menos respecto á los versos de la primera parte, que el *Quijote* contenga sátiras literarias, ni tampoco que el objeto de estas sátiras sea Lope de Vega.

Ahora bien; como los versos citados aluden, como observan Hartzenbusch y Barrera, á personas y cosas ajenas á las que forman la fábula del *Quijote*, ó, mejor aún, como dice el Sr. Menéndez, *no están enlazados en modo alguno con el tema*



*del libro, sino que más bien le contradicen*, ya que el D. Quijote y el Sancho pintados en los versos son tan distintos de como aparecen en la novela, consecuencia natural de tales premisas será el inferir que los aludidos en los versos eran los modelos vivientes de donde Cervantes copió á sus dos eternos personajes; luego si uno de los aludidos en los versos, uno de los modelos vivos de Cervantes era Lope, ¿quién duda que éste y no otro era el original de D. Quijote?

Y cierto que, evocando la personalidad de Lope al recorrer la novela de Cervantes, ocurre preguntar, no en qué le alude ésta, sino en qué no le alude; no en qué se parece D. Quijote á Lope, sino en qué no se le parece.

Trataré de indicar sumariamente las semejanzas que noto entre Lope y el Hidalgo de la Mancha.

I. Lope era un soñador y, como todo grande artista, se hallaría frecuentemente en contradicción con la realidad y con el orden y pragmáticas de la vida ordinaria de sus contemporáneos.

II. Era, como D. Quijote, un labrador ó descendiente de labradores que había reunido numerosa librería y se pasaba indudablemente las noches *de claro en claro*, entregado á sus lecturas é imaginaciones, cosa muy conforme con su producción maravillosa.

III. Se hallaba, como el Ingenioso Hidalgo, poseído del delirio de grandezas; y harto lo mostró desenterrando los blasones legítimos ó apócrifos de los Carpios y estampándolos en sus libros; al principio de los cuales gustaba de poner sonetos de *Duques, Marqueses, Condes, Obispos*, etc., como dijo Cervantes aludiéndole en el prólogo del *Quijote*; y «pagándose sólo de *príncipes de nombres campanudos*», como dijo de él el supuesto Avellaneda.

IV. Gustaba de llevar á sus obras asuntos del *Romancero* y libros de caballería, y compuso comedias de los propios romances que Don Quijote se complacía en recitar más á menudo, tales como:

- 1.º El Marqués de Mantua.
- 2.º Las pobrezas de Reinaldos.
- 3.º Abindarráez y Narváez.
- 4.º Roncesvalles.
- 5.º Mocedades de Roldán.

6.º Mocedades de Bernardo del Carpio, etc., etc.; porque pasan de quince las comedias de este género que escribió Lope, no siendo menor el número de las andantescas y fabulosas llenas de prodigios, encantos y aventuras, tales como *Angélica en el Catay*, *El Jardín de Falerina*, *La Pastoral encantada*, *Los Palacios de Galiana*, *La Circe Angélica*, etc., etc.

Cervantes y Avellaneda censuraron á Lope su tendencia á imitar el *Romancero* y á hablar el lenguaje *de los cándidos tiempos de Fernán González*, y Lope contestó á estas alusiones, censurando á Cervantes después de muerto y diciendo por boca de la doncella Inés, en su comedia *Amar sin saber á quién*:

Yo leo en los Romanceros  
Y se me pega esta seta,  
Y á fe que de ser discreta  
Tengo muy buenos aceros.

V. Lope era el verdadero original físico de Don Quijote: alto, moreno, pálido, enjuto, de bigote negro y áspero; imaginativo y melancólico.

VI. Grabó sobre su retrato en *El Peregrino* una calavera, como Don Quijote en sus armas la *Triste figura* que le dió nombre.

VII. Gustaba, como el hidalgo manchego, de poner á sí y á sus cosas nombres altos, sonoros y significativos: así, en vez de llamarse lisamente *Lope de Vega Fernández*, se nombraba *Lope Félix de Vega Carpio*, dando á sus amigas nombres poéticos y fingidos, como Camila Luscinda, Marcia Leonarda, Clori, Amarilis, etc.

VIII. Y justamente el *Quijote* contiene los nombres de todas las damas de Lope:

1.º *Dorotea*, que tiene amores con un *Don Fernando*, como la *Dorotea* de Lope, que en esta autobiografía suya se personifica en *Don Fernando*.

2.º *Camila*, protagonista del *Curioso impertinente*, que tiene uno de los nombres de *Camila Lucinda*, la amiga de Lope que figura en *El Peregrino*.

3.º *Marcela*, la pastora, que se llama como *Doña Marcela de Trillo y Armenta* ó *Doña Marcela de Armenta*, madre ó hermana de la madre de *Doña Marcela del Carpio*, hija de Lope.

4.º *Lucinda* (historia de Cardenio).

5.º *Dulcinea*, que bien pudiera ser anagrama de *Lucinda*, como indican los Sres. Barrera y Hartzenbusch.

IX. Cervantes censura abiertamente el teatro de Lope en el cap. XLVIII de la primera parte, llamando á sus comedias *conocidos disparates y ejemplos de necedades*.

X. Le alude con ironía sangrienta en el prólogo á la segunda parte de su libro, al elogiar junto con su *ingenio y sus obras*, su *ocupación continua y virtuosa*.

XI. Siendo muy de notar la semejanza que con estas intencionadas palabras tienen otras no menos alusivas del capítulo LXXIII de la segunda parte del *Quijote*. Vuelto éste á su aldea, dice al cura y al bachiller que: «*tenía pensado hacerse aquel año pastor* (pastor de almas, es decir, sacerdote, acababa de hacerse Lope, que cultivaba por entonces asuntos pastoriles) y entretenerse en la *soledad* de los campos, donde á *rienda suelta* podía dar vado á sus *amorosos pensamientos* ejercitándose en el *pastoral y virtuoso* ejercicio.....» Recuérdese que Lope tenía terminados en 1611 sus *Soliloquios amorosos de un alma á Dios*, que en 1612 publicó *Los Pastores de Belén*, y en 1615, cuando Cervantes acababa el *Quijote*, salieron de molde sus *Coloquios pastoriles* en alabanza de la Limpia Concepción. Y como el nuevo estado sacerdotal de Lope y estas piadosas composiciones suyas contrastaban tan violentamente con sus amores con Doña Marta, obsérvese cuánto se parece la ironía con que

mezcla aquí Cervantes los *amorosos pensamientos* y el *pastoral y cristiano ejercicio*, á lo de la *ocupación continua y virtuosa* que dijo en el prólogo.

Y aunque mucho más pudiese añadir, y añadiré probablemente en adelante, paréceme que con lo indicado basta para evidenciar cuán bien conciertan las alusiones contenidas en todo el libro con las de los versos de la primera parte, tan felizmente interpretados por Hertenbusch.

El satirizado en los versos es, pues, el mismo á quien se satiriza en el libro, es decir, Lope. Y la misma divergencia que aparece entre los tan citados versos y la novela lo demuestra; porque si el Don Quijote de los versos no concierta con el de la novela, el punto en que estas discordancias se acuerdan y en que estas diferencias desaparecen es justamente Lope, ya que á Lope se parecen y aluden por una parte los versos y por otra el héroe inmortal de Cervantes.

Ahora bien, si Lope era el original vivo de Don Quijote, ¿por qué no ha de ser Tirso el original de Sancho?

¿No era el antagonismo literario, y muy singularmente la supremacía dramática de Lope, la causa de todos los enojos de Cervantes?

¿Y no era Fr. Gabriel Téllez el más antiguo y el más grande de los discípulos de Lope?

Pues evidente es que siéndolo, le cabrá gran parte de los enojos de Cervantes.

¿No era Tirso el secuaz, el imitador, el auxiliar artístico de Lope?

Pues innegable es que allí donde Lope fuese Don Quijote, á Tirso le tocaba por derecho propio el papel de Sancho.

¿No se parece á Lope, así moral como físicamente, el Hidalgo de la Mancha, como una caricatura á su modelo?

Pues del propio modo y en la misma proporción se parece á Tirso el escudero manchego.

Ya que Sancho era como Tirso, pequeño de cuerpo, alegre y naturalista de temperamento, chistoso, buen comedor, lo-

cuaz, un tanto intencionado, un si es no es malicioso, y grande amigo de refranes (1).

Y ya que Tirso en más de una ocasión se dió por aludido de ser el original de Sancho.

Además, la misma diferencia observada respecto á Lope, como original de *Don Quijote*, entre los versos de la parte primera y el texto de la novela, se advierte en uno y otro lugar respecto á Sancho; y así como Lope es, según dije, el punto en que ambas diferencias se conciertan y aun se integran, de igual modo se acuerdan y completan en Tirso las diferencias que tan claramente advierten Hartzenbusch y Menéndez entre el Sancho objeto de los versos y el Sancho personaje de la novela, puesto que ambas cosas, la novela y los versos, se refieren á Tirso, que es el satirizado en los unos y el retratado en la otra, el Sancho inventado por Cervantes y el modelo viviente de aquella invención.

---

(1) Ha llegado á mis noticias que algunos severos críticos hallan poderoso argumento en contra de mis teorías en la diferencia que creen advertir entre el retrato de Téllez que posee el Sr. Marqués de Santa Marta—el cual, según espero acreditar fehacientemente, es copia de otro tomado directamente del original—y el Tirso que aquí presento, pequeño, robusto, colorado, etc. Y contestando á ese reparo debo decir: 1.º Que cuando se escribió el *Quijote* (1605-1615) Tirso era jóven, y cuando se pintó el retrato, después de 1639, era viejo, y el rostro que á los treinta años ó poco más está lleno y rozagante, no es mucho que cerca de los setenta se halle alargado, flaco y descaecido, y más si en el intervalo que separa ambas edades han contribuido á marchitarle, trabajos, vigias, mudanzas de clima y graves atenciones. Así no es raro que el rostro que á los treinta años era redondo á los sesenta fuese largo y flaco; y en cuanto á la estatura, nada nos dice un retrato y menos cuando no es de cuerpo entero, ya que es muy frecuente el engañarse respecto á las proporciones de una persona á quien sólo se conoce por retrato (por lo cual es especie de coquetería en los pequeños no retratarse sino de busto ó hasta las rodillas). Respecto á la gravedad que muestra el semblante de Téllez en el retrato, debo debir lo mismo que dije de su robustez y frescura, ya que es fuerza confesar que toda aquella gravedad de su vejez no será parte á negar que en sus mocedades hubiese producido su ingenio tantos donaires y lozanías.

Trataré de explicarme: el D. Quijote y el Sancho de la novela, son respectivamente la personificación sintética y artística de dos individualidades humanas, no su reproducción fotográfica ni el inventario detallado de su vida y costumbres; más aún: no siendo el *Quijote* mera sátira personal—¡lejos de mí el suponerlo!—sino una obra de altos vuelos que tuvo su precedente en la realidad humana, como todas las de Cervantes, y de la cual se aprovechó su autor para ingerir en ella sátiras y alusiones, claro y evidente es que entre la vida social y privada de los dos personajes reales que sirvieron de modelo á Cervantes, y los dos imaginarios personajes de la novela, habían de existir numerosas diferencias; y estas son justamente las que se notan entre el D. Quijote y Sancho aludidos en los versos y el D. Quijote y el Sancho de la novela. Pero evidente es también que los aludidos en los versos son los representados en la novela, no sólo porque otra cosa no tendría sentido, sino porque Cervantes acostumbraba á representar en los accesorios de sus libros los personajes aludidos en ellos (1), y evidente é incontestable es, además, que si los versos que se refieren á la vida privada de los modelos conciertan con Lope y Tirso en esta parte, y los personajes de la novela, que son verdaderas caricaturas artísticas, convienen también extremadamente en esta otra con ambos grandes ingenios, no cabrá dudar que Tirso y Lope son los satirizados en los versos y los retratados en el libro.

Así, si con Sancho no convienen de modo alguno ni el soneto que le dirige Gandalín, ni la décima que le asesta el Donoso, con Tirso convienen exactísimamente uno y otra. Porque si aquellos primeros versos del soneto

¡Salve, varón famoso á quien fortuna  
 Cuando en el trato escuderil te puso,  
 Tan blanda y cuerdamente lo dispuso  
 Que lo pasaste sin desdicha alguna!...

---

(1) Así lo hizo en el Prólogo al *Persiles* y en la *Adjunta al Parnaso*.

no podían, ni por asomo, referirse al pobre escudero de Don Quijote, molido, apaleado, robado y tan maltrecho, en sus sucesivas malandanzas, no cabe duda que se referían, como observa Hartzenbuch, «á otro Sancho tratado por la suerte con más blandura», el cual era, á no dudarlo, el mismo de quien dice el soneto:

Que sólo á tí nuestro español Ovidio  
Con buzcrona te hace reverencia;

es decir, el único á quien Lope otorgaba su confianza, ó á quien Lope acataba y atendía; y el que dándose por aludido de ser Sancho, contestó á este soneto por boca de Gulin (en *El rico avariento*) (1); y el mismo, finalmente, de quien decía el Donoso que se retiró á *vivir á lo discreto*; vida que, si en nada conviene con la del escudero malandante, convenía mucho con la del encerrado religioso.

Y admitido que este religioso no fuese Aliaga (como el señor Menéndez opina y yo tengo por seguro), ¿quién podía ser mejor que Tirso?

Y digo que el original de Sancho no fué Aliaga, porque justamente la creencia de que lo era partía del principio de tenerle por el falso Avellaneda, y la de tenerle por Avellaneda se apoyaba en la triple suposición de que fué juntamente el Sancho Panza de Cervantes, el poeta designado así en las justas de Zaragoza (1614), y el autor de *La venganza de la len-*

---

(1) Véanse en la primera parte de este trabajo los versos que empiezan:

Yo, lacayo *Gandalín*,  
*El primero que anda á mula*, etc.

Y adviértase de paso, que este segundo verso no carece de intención, puesto que siendo las mulas caballería propia de personas graves, y singularmente de religiosos, al decir Tirso irónicamente que era *el primer lacayo que andaba á mula*, dejaba traslucir justamente su condición reverenda y su respuesta á Cervantes, que le motejaba de lacayo y escudero.

*gua castellana*, en cuyo estilo advierten los críticos, desde antiguo, la misma mano que en el falso *Quijote*.

Pero Fr. Luis de Aliaga no fué ni el original de Sancho, ni el poeta motejado con este nombre en las justas de 1614, ni el autor del falso *Quijote*, ni el de *La venganza*, como han probado los Sres. Tubino y Menéndez Pelayo (1), y espero evidenciar más adelante.

No siendo, pues, Aliaga el modelo de Sancho y existiendo además de los versos del *Donoso*, que dicen que se retiró á vivir á lo discreto, otros varios indicios para sospechar que así el encubierto novelista como el original del escudero manchego y el autor de la *Venganza* fuese un religioso, así como para creer que Avellaneda era autor dramático y teólogo — cosa que acredita además el vivo enojo que Cervantes manifestaba por entonces contra los teólogos, los satíricos y dramáticos — ¿qué obstáculo racional se opone á la creencia de que Tirso fuese juntamente Avellaneda y Sancho?

¿No lo supusieron así la opinión y los eruditos respecto de Aliaga, sin otros fundamentos que los muy débiles que todos conocemos y han sido destruídos por completo por la fuerza de la lógica y de la cronología?

¿No es racional suponer que siendo Tirso el más alentado paladín de la dramática de Lope, fuese el mayor enemigo de Cervantes?

¿Qué inconveniente habrá para suponer, con fundamento, de Téllez lo que infundadamente se supuso de Aliaga?—Ninguno.

Pero, puesto que este artículo peca de extenso, trataré de reunir en breve síntesis las razones con que quisiera demostrar *à priori* lo que en adelante espero apoyar con no escasas pruebas.

---

(1) El Sr. Tubino, en su libro *Cervantes y el Quijote*, y el Sr. Menéndez, en su citada carta publicada en *El Imparcial*. También reproducen esta opinión Mr. E. Merimée, en su *Essai sur la vie et les œuvres de Francisco de Quevedo*, París, 1886; y D. José de Armas y Cárdenas, en su libro *El Quijote de Avellaneda, y sus críticos*, Habana, 1884.



Manifestado queda con numerosos testimonios—aunque muchos más pudieran alegarse—el empeño con que la crítica se obstina, desde hace cerca de tres siglos, en hallar el sentido de las sátiras y alusiones del *Quijote* y en descubrir el origen y autor de la novela tordesillesca.

Pero evidente es también que hasta mediados de este siglo, y aun después, los críticos no atinaban con la solución del doble problema, por obstinarse en equivocar todos los antecedentes de él, y en separar por completo cosas tan íntimamente unidas como el sentido de las sátiras del *Quijote* legítimo y la génesis del apócrifo:

1.º Negando el antagonismo entre Lope y Cervantes y la división del Parnaso, no en dos escuelas diversas, sino en dos *bandos* opuestos que se disputaban el dominio de la escena.

2.º Quitando toda importancia al libro de Avellaneda y negando á su autor su significación como defensor de la dramática de Lope en aquella empeñada lucha.

3.º Y afanándose, por último, en buscar la cuna, el solar y aun la familia de D. Quijote por toda la Mancha, teniendo el Ingenioso Hidalgo por fruto de las dilatadas estancias que su autor había hecho en aquella extendida región.

Mayans, Ríos, Pellicer, Navarrete y todos sus contemporáneos, desconocieron el verdadero espíritu de las relaciones entre Lope y Cervantes; negaron todo mérito y significación al libro de Avellaneda; no sospecharon ni remotamente la injusticia de Cervantes para con los dramáticos de sus tiempos, ni el ciego y cruel apasionamiento con que mutuamente se juzgaron aquellos dos gigantes de nuestras letras, ni midieron, por lo tanto, el alcance y la trascendencia que aquel antagonismo tenía para la historia de nuestra literatura, y muy singularmente para la historia y conocimiento de ambos *Quijotes*.

Véase como juzgaba Navarrete la interesante cuestión de las censuras y alusiones literarias del gran libro de Cervantes:

«Consecuencia—escribía—del aprecio universal con que se recibió el *Quijote*, fué la *persecución* que comenzó á padecer

su autor por la *malicia y emulación* de algunos escritores que se creyeron compredidos en las censuras y reprensiones de aquella obra. Vieron ridiculizados en ella con graciosa ironía los autores de los libros caballerescos y el enjambre necio de lectores que los apreciaban; censurados varios poetas en el ingenioso escrutinio de la librería de *Don Quijote*, y (¡entiéndase bien!) *reprendidos y abochornados los escritores dramáticos en el juicioso coloquio* del canónigo de Toledo, á la sazón que *los apasionados de Lope de Vega, alucinados con su prodigiosa fecundidad*—¡como si Lope no hubiese tenido otros méritos!— *le separaban con insensatos aplausos* (¡!) del recto sendero *de la razón y de la naturaleza de semejantes composiciones*, despreciando y abandonando las *reglas y preceptos* dictados por ....Aristóteles y Horacio.»

Substancioso es por demás ese párrafo, que prueba con irrefragable elocuencia que, para defender la injusta agresión de Lope al teatro nacional, es necesario prescindir juntamente de la justicia, de la verdad y de la estética, como prescindió el meritísimo biógrafo—en general tan razonable y templado—al pretender que nuestros dramáticos se vieron nada menos que *abochornados* ante la mezquina crítica de Cervantes, que posponía las prodigiosas creaciones de Lope á las obras tan insulsas y descoloridas como *La Isabela, La Alejandra, La Enemiga favorable*, etc.

¡Cuán inferior es aquí la crítica de Navarrete, influida por el pseudo clasicismo de sus tiempos, á la del insigne Tirso que, adelantándose á su época, derrocó valientemente la rozoña máquina de las unidades y los preceptos, ante la luminosa teoría de la verosimilitud moral!

¡Y con cuán admirable acierto coloca el ilustre Menéndez y Pelayo á Cervantes á la cabeza de los adversarios y á Tirso al frente de los apologistas del teatro nacional! (1).

---

(1) *Historia de las ideas estéticas en España*, t. II (siglos XVI y XVII), vol. II, págs. 315, 419, 426, 443, 470 y 474.

Por eso, después de la solemne rehabilitación de nuestra dramática, después de los aciertos de Hartzenbusch en la interpretación de las sátiras del *Quijote*; después del hallazgo de las cartas de Lope, después de la publicación de las *Ideas estéticas*; después de la aparición de los *Documentos Cervantinos*, no es posible juzgar á Cervantes ni á sus obras con el criterio de Navarrete.

Porque desde 1819, todo, así los progresos de la crítica como el hallazgo de importantes documentos, ha contribuído á desvirtuar antiguos juicios y á marcar nuevos derroteros á la crítica.

Adviértase de paso que mis hipótesis y teorías no sólo no disienten, sino que se armonizan é identifican en todo con las nuevas tendencias de la crítica y con el espíritu de los más recientes documentos (1).

Empeñábanse los eruditos en buscar á D. Quijote por los lugares de la Mancha y á los *académicos argamasillescos* (2) en el pueblo que *al parecer* les daba nombre; pero D. Quijote y los *académicos* burlescos no procedían de Argamasilla de Alba, y ya D. Luis Fernández Guerra dedujo de las sátiras de Suárez de Figueroa que el original del *Ingenioso Hidalgo* andaba vivo y sano por la corte en 1617 (3); y los *Documentos*

---

(1) En el citado volumen de las *Ideas estéticas* declara su ilustre autor: 1.º (pág. 419), que Cervantes fué el más famoso entre los contradictores del antiguo teatro; 2.º (pág. 241), que en estas palabras del capítulo XLVIII del *Quijote* (primera parte): «.....los autores que las compran (las comedias) dicen que así han de ser, porque *así las quiere el vulgo*,» alude Cervantes visiblemente al *Arte nuevo*, de Lope; 3.º (pág. 424), que conviene poner de manifiesto los *errores, arbitrariedades é injusticias de la crítica de Cervantes y darle su tanto de culpa en la rencilla con Lope, á quien él probablemente atacó primero, dando lugar á que uno de los discípulos del Fénix saliera á su desagravio escribiendo el Quijote de Avellaneda*; 4.º, y por último (pág. 474), que Tirso escribió la más *brillante y nerviosa apología que conocemos de la antigua escena.*»

(2) Navarrete, *Vida de Cervantes*, págs. 453 y 454.

(3) *Don Juan Ruiz de Alarcón*, por D. Luis Fernández Guerra.

*cervantinos* han venido á probar que Cervantes apenas si residió en la Mancha (á lo menos en la Mancha baja, de donde se supuso que procedía D. Quijote).

Mayans y Navarrete negaban á Avellaneda el agua y el fuego, declarando su novela exenta de todo mérito y su prólogo *digno del rigor de las leyes*; pero la bienhechora crítica moderna, desde Hartzenbusch, Barrera, Fernández Guerra y Tubino, hasta Menéndez y Pelayo, restituyó al libro su verdadero y justo valor, y comenzó á indagar si las quejas de Avellaneda—por agrias y destempladas que fuesen—carecían ó no de todo fundamento, y coligió que todas ellas eran de índole literaria y propias singularmente de un escritor dramático de la escuela de Lope.

Observó la serena censura que no era Avellaneda el único en quejarse de Cervantes, y al notar que todos los que le hacían coro eran poetas y escritores, Lope, Góngora, Villegas, Gallo de Andrade, Suárez de Figueroa, etc., dedujo naturalmente que las sátiras contenidas en el *Quijote* eran de índole literaria, ya que literatos eran los que se daban por ofendidos de ellas.

Notó Schak la injusticia de Cervantes en exigir á los dramáticos de sus tiempos una perfección clásica que él estuvo tan lejos de alcanzar en sus obras, y esta observación sirvió para evidenciar que Cervantes escribía animado de un sentimiento que no era ciertamente el amor al clasicismo.

Advirtió Hartzenbusch que el prólogo y los versos de la primera parte del *Quijote* eran sazoadísima sátira de los preliminares de los libros de Lope, y singularmente del *Peregrino*.

Descubrióse la correspondencia de Lope y con ella aquella célebre carta en que tan injustamente maltrata al *Quijote* y á su autor, declarando que sus *comedias eran tan odiosas á Cervantes como sus librillos á Armendáriz*.

Comparóse esta declaración de Lope con el elogio que Cervantes tributa á Armendáriz á renglón seguido de censurar las *comedias endiabladas (Viaje al Parnaso)*.

Se relacionó el cap. XLVIII del *Quijote* (primera parte), en que Cervantes califica las comedias de Lope de *conocidos disparates*, con la carta en que Lope declara *necio* al que elogiase el *Quijote*.

Se observó el encomio del Fénix á los libros de Caballerías—en la dedicatoria del *Desconfiado*—tan en oposición con las teorías mantenidas por Cervantes.

Y se descubrió que Lope había zaherido á su adversario hasta después de muerto (1), defendiendo de paso los *Romaneros*, como si él hubiera sido el ridiculizado por Cervantes por su amor á los viejos romances y á los poemas andantescos.

Á todo lo cual ha de agregarse el sarcástico elogio en que Cervantes envuelve el ingenio y la ocupación virtuosa de Lope en 1615 (Prólogo á la segunda parte del *Quijote*).

El hecho de volver á notar de disparates sus comedias, y sin duda también las de Tirso, que eran las que se representaban en 1614.

Adiós, teatros públicos, honrados  
Por la ignorancia que ensalzada veo  
En cien mil disparates recitados.

(Viaje al Parnaso.)

Y la explícita declaración que en el mismo *Viaje* hace Cervantes de la causa de sus enojos, al describir aquel jardín y *huerta*, que por las señas era la de Lerma, donde se congregaban los ingenios—á tres horas después de medio día—y á donde se premiaba á los poetas, habiendo todos hallado puesto y lauros, menos Cervantes, que se quedó de pie y en aquella postura,

«Despechado, colérico y marchito,»

dirige á Apolo aquella expresiva arenga en que le expone sus méritos y sus quejas por verse eliminado del número de los elegidos.

---

(1) En su comedia *Amar sin saber á quién*.

¿Se quiere una prueba más clara de la dolorosa amargura con que se consideraba pospuesto y humillado por la triunfadora falange de Lope?

Léase el prólogo de sus comedias y la dedicatoria en que encarece al de Lemus, como excelencia de aquellas obras suyas, el hecho por él tan lamentado de no haber sido nunca representadas: «.....y si alguna cosa llevan razonable, es que no van manoseadas ni han salido al teatro, merced á los farsantes, que de puro discretos no se ocupan sino en obras grandes y de graves autores, puesto que tal vez se engañan.»

Y á vueltas de esto encarece en el *Prólogo* como uno de los méritos de Lope el hecho de haberse representado todas sus comedias.

El amargo despecho de esas quejas y el cruel apasionamiento con que se juzgaron mutuamente ambos ingenios príncipes, son ya cosas innegables y por todos reconocidas.

Pero para que Cervantes, tan comedido y circunspecto de suyo, perdiese la conciencia de toda justicia hasta el punto de condenar con tal dureza, en los dramáticos de su tiempo, las faltas en que él incurrió mucho más gravemente, muy ciego debía estar por el enojo, ó muy poseído de la pasión que de tal modo extraviaba su clarísimo entendimiento.

Luego, por la magnitud de esta inconsecuencia suya puede medirse la de los celos literarios que abrigaba hacia Lope; hacia aquel prodigioso Lope que lo llenaba todo con la grandeza de su personalidad artística, hacia aquel Lope que arrojaba victoriosamente del teatro la generación dramática á que perteneció Cervantes, y que absorbía y monopolizaba el aplauso y aun la adoración de sus contemporáneos.

Y como Lope era aquel hidrónico de gloria que nos pintan sus propios discípulos, pagó á Cervantes su injusticia con otra igual en la carta en que con tanto desdén hablaba del *Quijote*.

Aquella era la eterna lucha de los antiguos y de los modernos, la lucha del pasado que muere defendiéndose al pie de sus

altares, contra la innovación que avanza triunfante y arrolladora.

Lope arrojó sobre Cervantes todo el peso de su gloria; Cervantes se vengó de su adversario con una venganza épica: el *Quijote*.

Y al trazarlo, sediento de inmortalidad y abrasado en celos del entendimiento, avanzó, sin sospecharlo, por el camino de la innovación tantos pasos de gloria como su adversario, puesto que con la divina inconsciencia del genio acababa de crear la novela, como Lope el teatro nacional.

Tal fué, á mi parecer, la génesis sublime del *Quijote*, que, como toda grande epopeya, es el reflejo de la verdad en el espejo maravilloso del genio, la transfiguración de la realidad en el Tabor divino del arte.

Así *Don Quijote* es juntamente caricatura y símbolo: es por una parte caricatura de Lope y sus adeptos; y por la otra imagen del espíritu de Cervantes, y aun del espíritu de toda la humanidad, enamorado de un eterno ideal y condenado á una constante caída; mecido continuamente en el espacio inmaterial de los sueños y condenado á despertarse á los rudos golpes de la realidad y entre las carcajadas con que el mundo se burla de los extáticos y ensoñadores.

La mitad del *Quijote* es símbolo, y la otra mitad sátira literaria escrita en enigma.

Respetemos el símbolo; pero para reconstruir la historia literaria, estudiemos las sátiras.

Término y suma de todo lo dicho será el reconocer que del antagonismo de Cervantes y Lope fueron naturales frutos el *Quijote* legítimo, con todas sus sátiras y alusiones, y el apócrifo, escrito en desquite de aquellas agresiones, y aun de otras que no lastimaron menos á su autor.

Luego, si por haberse *alzado con la monarquía cómica*, era Lope el objeto de los enojos de Cervantes, á Tirso, que en 1614 compartía con él el cetro de la escena, le tocaban por lo menos la mitad de aquellos enojos de Cervantes.

Y digo por lo menos, porque Tirso, colaborador con Lope en la creación del teatro, tuvo mayor conciencia de su obra y más denuedo para defenderla que el propio iniciador, ya que al cabo éste, como observa el Sr. Menéndez, cantó aquella *lamentable palinodia del Arte nuevo de hacer comedias*, y Tirso en *Los cigarrales*, en *El Vergonzoso*, y sin duda en las Academias y corrillos literarios, levantó siempre la enérgica voz en defensa de la *comedia nueva*. Y este sería para Cervantes su mayor pecado.

Por todo esto, si Lope fué el original de D. Quijote, Tirso debió ser lógicamente el de Sancho.

Si el segundo *Quijote* se escribió contra Cervantes en defensa del arte de Lope, aunque no exento de sátiras contra su persona, nadie pudo escribirle mejor que el que mejor supo defender la escuela y más enojado se manifestaba con el maestro en 1614.

Y finalmente, si las presunciones más bien fundadas de la crítica indican que el libro de Avellaneda debe ser obra de un escritor que fuese juntamente el original de Sancho, el poeta designado con este nombre en las justas de Zaragoza y el autor de la *Venganza de la lengua española*, ninguno se hallará que reúna mayores condiciones para asumir esas tres personalidades como Fr. Gabriel Téllez, discípulo de Lope, enemistado con su maestro y adversario de Cervantes en 1614; el cual era desde 1626, por amigo de Montalbán y protegido de Aliaga, y por otros muy particulares motivos, el que mejor dispuesto se hallaba á romper lanzas con el autor del *Cuento de cuentos*, como intentaré demostrar muy en breve.

Los que conozcan la admiración, el entusiasmo y hasta la especie de íntimo afecto que el largo trato intelectual y la constante contemplación de su genio me inspiran hacia Tirso, no dudarán de mi sinceridad cuando asegure que siento verdadera pena y contrariedad en adjudicarle el doble regalo del falso *Quijote* y la *Venganza*; porque si es cierto que ambos desahogos no carecían de fundamento, y que uno de ellos (el *Qui-*



*jote*) no está en modo alguno exento de valor literario, no lo es menos que nada añaden á su gloria, para la cual sería preferible que no los hubiese escrito; pero, aunque se tratase de obras desnudas de todo mérito é indignas de toda defensa, no sería yo quien, sospechando su origen, pretendiese ocultarlo para adular á Tirso con el silencio—y esta creo que es la mejor prueba que puedo dar de mi conciencia literaria—porque en la historia de las letras, como en todo, hay algo que vale por lo menos tanto como la gloria, y ese algo divino es la verdad.

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ.

## CRÓNICA LITERARIA



Un libro de historia: EL SEÑORÍO TEMPORAL DE LOS OBISPOS DE LUGO,  
por D. Antolin López Peláez.

Al presente, los estudios históricos son poco cultivados en España, y la escasez de este género de trabajos aumenta la estimación á que son acreedores, ya que la rareza de las cosas es uno de los elementos de su valor, como la excesiva abundancia de las que fácilmente se producen y adquieren conduce á que las tengamos en poco, aunque en sí sean buenas.

Los autores de extensas y minuciosas obras históricas, los Masdeu, los Flórez, los Rodríguez Mohedano, no tienen en nuestra literatura histórica contemporánea continuadores ni herederos. Tampoco abundan las historias de proporciones menos amplias y de más limitado asunto, aunque haya habido en nuestro tiempo y haya todavía historiadores especiales ya de una época, ya de una localidad, ya de un género particular de hechos, cuyos libros acreditan que aún no se ha perdido por completo entre nosotros la inspiración de Clío, la antigua Musa de la Historia. Pero como su número es escaso, y sucede al mismo tiempo que en la mayoría de las naciones cultas la afición á los estudios históricos y el consiguiente florecimiento de ellos superan con mucho á cuanto se consiguió en los dos siglos anteriores, la inferioridad de España es manifiesta, y

nuestra producción histórica no alcanza el nivel que aún mantenemos en otras ramas del saber y de la literatura.

Conviene, pues, fomentar estos tan importantes estudios, alentando á los que se consagran á ellos, y estimulando á otros para que los imiten. El campo de la historia nacional ofrece materia abundantísima, de gran interés y de no poca enseñanza, pues sin incurrir en vanagloria, podemos afirmar los españoles que, al curso de nuestros sucesos, apenas hay otro que lo iguale en la historia de las naciones de Europa, por la variedad de casos y acontecimientos peregrinos y portentosos que en él se ofrecen, por los ejemplos y lecciones con que brinda, y hasta por los mismos contrastes y rápidas mudanzas en que abunda.

Con el fin de coadyuvar en algún modo á difundir la noticia y el conocimiento de los estudios históricos que entre nosotros ven la luz pública, voy á dedicar esta Crónica á la interesante monografía que ha publicado el Sr. López Peláez acerca de *El señorío temporal de los Obispos de Lugo*, obra premiada en un reciente certamen literario, celebrado con motivo de la Exposición regional gallega.

Los lectores asiduos de estas Crónicas recordarán acaso que en una de ellas se habló de otro libro del mismo Sr. López Peláez, consagrado al Padre Sarmiento, el erudito defensor de Feijóo. De otros varios trabajos históricos, como *Los Benedictinos de Monforte*, *El monasterio de Samos*, *Historia de la enseñanza en Lugo* é *Historia del culto eucarístico en Lugo*, es autor el Sr. López Peláez, quien sigue la tradición de los eclesiásticos cultivadores de las letras humanas, tan gloriosa para la Iglesia y para la literatura de nuestro país, y hoy bastante decaída, aunque no falten en el clero español cultivadores distinguidos, y algunos de ellos eminentes, del saber profano y de las letras.

\*  
\*  
\*

El estudio sobre el señorío temporal de los Obispos lucenses presenta cualidades muy estimables. El Sr. López Peláez ha acudido á las fuentes originales, acreditándose de investigador laborioso y dando una sólida base documental á su trabajo. Muestra asimismo conocer bien los escritos históricos que guardan alguna relación con el asunto que trata en su monografía, y en particular los concernientes á la historia de Galicia. El estilo de su obra es castizo, agradable y claro, aunque quizás, dada la índole de ella, debería ser menos florido de lo que en algunos pasajes es, para acomodarse á la sencillez propia de las narraciones históricas.

Dada la naturaleza de este estudio y el carácter eclesiástico de su autor, ninguna persona de buen juicio extrañará que, sin hacer el Sr. López Peláez una historia apologética del gobierno de los Obispos en Lugo, se incline á justificarlos y sólo apunte con timidez alguna ligera crítica al llegar á los más graves acontecimientos. Debe tenerse en cuenta también para apreciar el grado de imparcialidad histórica de este trabajo, que, en cierto modo, la parcialidad que en él pueda haber emana de las mismas fuentes, toda vez que los principales documentos conservados hasta el día, ó son los otorgados á favor de los Obispos, ó los expedidos por ellos mismos, pues el Archivo municipal que podría dar luz acerca de las contiendas entre los señores eclesiásticos y el Concejo, que forman el nudo de esta historia, es muy pobre y escaso en datos, según manifiesta el Sr. López Peláez.

Adelantándose éste á las objeciones que, en punto á imparcialidad, pudieran hacerse á su trabajo, emite algunas apreciaciones generales encaminadas á mostrar que la posición del historiador ante los hechos que relata, no puede ser de impasibilidad ó indiferencia. Ciertamente, imparcialidad absoluta no puede haberla en la Historia, como no la hay en la vida práctica ni en clase alguna de juicios. La imparcialidad que puede exigirse al historiador consiste en que no desfigure los hechos y en que los aprecie con espíritu de tolerancia y cari-

dad. Pero no es posible exigirle que se mantenga absolutamente neutral, y menos tratándose de sucesos de su país y de instituciones ó clases á que pertenece (como ocurre en el presente caso). Ni aun acontecimientos remotos, pueblos extinguidos, revoluciones separadas de nosotros por larga sucesión de siglos, y personajes de las más lejanas edades, pueden ser juzgados por el historiador moderno sin que se mezcle á sus juicios alguna preferencia, alguna simpatía ó aversión, procedentes de las creencias, las opiniones, la educación y la raza del que lleva su pensamiento hacia aquellos sucesos tan lejanos y aquellos personajes de que nos separa largo espacio de tiempo ocupado por centenares de generaciones. Los indios desdeñan, por lo general, la Historia, considerándola como un entretenimiento frívolo, como una sucesión de las apariencias engañosas de Maya; pero si un brahmin de Bengala ó de Ceylán escribiese la historia de Europa, provisto de todo género de documentos y de fuentes de observación, de seguro apreciaría los hechos con criterio muy diferente al de nuestros historiadores occidentales. Y sin ir tan lejos, sin salir de la civilización europea moderna, es indudable que nuestra educación clásica nos comunica parcialidad á favor de los griegos al tratar de hecho tan lejano de nuestras actuales luchas como las guerras médicas. Así lo ha reconocido y sustentado con razones de peso algún historiador alemán. ¿Qué mucho que tratándose de acontecimientos más modernos, que guardan alguna, aunque remota relación, con cuestiones discutidas al presente y que afectan al prestigio de una serie de Prelados, un historiador que pertenece también al estado eclesiástico se incline á explicar los hechos de la manera más favorable á los Obispos, cuando la escasez de datos irrefutables y la obscuridad que á algunos acontecimientos rodea deja cierto grado de libertad á las interpretaciones?

\*  
\* \*

El plan de la obra del Sr. Lopez Peláez me parece acertado. En vez de hacer un relato seguido y estrictamente cronológico de las vicisitudes por que pasó el señorío temporal de los Obispos lucenses, forma que hubiera adolecido de monotonía y hecho más sensibles las lagunas que por falta de suficiente base documental hay en los sucesos que hasta nosotros han llegado, presenta el autor las diversas fases que ofrece en su desarrollo histórico la autoridad temporal de aquellos preladados, agrupando en cada período los hechos semejantes y conexos y haciendo resaltar en capítulos especiales los episodios más importantes y dramáticos de la lucha sostenida por el poder episcopal de Lugo con otros poderes y otras entidades. Con este método de exposición adquiere la narración mayor variedad y colorido, y el libro da al lector una imagen más viva y más condensada del asunto, sin que desaparezca la unidad ni se oscurezca la relación entre unos y otros acontecimientos, puesto que se conserva la sucesión cronológica de los períodos.

A la parte narrativa (que es la que constituye el trabajo premiado en el certamen de que queda hecha referencia) ha añadido el Sr. López Peláez otra parte documental, formada por un copioso apéndice en que se insertan varios documentos inéditos ó poco conocidos, cuya publicación sirve para ilustrar y comprobar el relato.

De los dos tomos que comprende la obra, el primero está consagrado á la historia del señorío durante la Edad Media. Esta es la época del verdadero señorío, época agitada, de continuas luchas, en que los preladados tuvieron que apelar á armas temporales y espirituales para la defensa de sus dominios y derechos, llegándose en la violencia de las contiendas á verdaderos crímenes, de que algunas veces fueron víctimas y alguna culpables los mismos preladados de la ciudad gallega.

En la segunda época, que comienza en el reinado de los Reyes Católicos, con el abatimiento de la nobleza y la restauración de un poder real adornado por los juristas con los an-

tiguos atributos de la Majestad Imperial romana, el señorío de los Obispos lucenses sigue la suerte común á todos los señoríos, así seculares como eclesiásticos, que pierden desde entonces el carácter semisoberano que tuvieron en la época feudal, quedando reducidos á un conjunto de prestaciones civiles unidas aún á algunos privilegios y derechos políticos, mas ya muy limitados por la existencia de una potestad soberana, suprema, indiscutible y asistida de fuerza suficiente para hacer observar en todas partes el imperio de leyes comunes y de una autoridad pública verdaderamente nacional. En esta época cesan las luchas armadas entre los Obispos de Lugo y sus competidores; las contiendas no se deciden ya con las armas en la mano en torno á las fortalezas de la ciudad, cosa incompatible con las nuevas condiciones sociales, entre todas las cuales sobresale la creación de un poder público capaz de hacerse obedecer en todas partes y por todas las clases del Estado; pero como las desavenencias subsisten, estas contiendas toman forma jurídica y se traducen en pleitos, en procesos, en cuestiones de etiqueta, de ceremonial y de precedencia. A estas últimas, abundantísimas en el siglo XVII, consagra el Sr. López Peláez un capítulo especial, así como dedica otro á la participación del Cabildo catedral en el señorío de los Obispos y en las contiendas á que dió lugar su ejercicio.

\* \* \*

El señorío de los Obispos de Lugo tiene su origen en un hecho frecuente en los primeros tiempos de la reconquista. Al recobrar á Lugo, en que por algunos años dominaron los invasores musulmanes, Alfonso I encomendó al Obispo Odoario la repoblación de esta ciudad, formando el nucleo de los nuevos pobladores los familiares y súbditos del Prelado.

Constituído el poder de los Obispos, y reconocido en diversos documentos regios, no por esto dejó de ser objeto de largas y apasionadas competencias. Diversos poderes y enti-

dades, cuyos intereses eran contrarios á los de los Obispos, disputaron á éstos su señorío, se lo cercenaron y aun les despojaron de él á veces.

Con el Poder real vivieron, por lo general, en buena armonía los Obispos lucenses. Los monarcas asturianos y leoneses confirman en varias ocasiones el señorío otorgado por Alfonso I. Más de una vez los Reyes se trasladaron á Lugo para apaciguar á los vasallos alborotados del Obispo y defender á éste contra usurpadores. Pero no siempre se inclinaron los Reyes á favor de los prelados. Si Fernando II y Fernando III van á Lugo á restablecer la autoridad episcopal y á restaurar el orden, Sancho IV quita el señorío al prelado; y aunque éste lo recobra en el reinado siguiente, el mismo Fernando IV ordena de nuevo que se entreguen al Concejo las llaves y la bandera de la ciudad. Era éste el período de las más agitadas luchas entre el Municipio y el Obispo, y el Concejo, sosteniendo la doctrina de que el señorío era del Rey, y de que éste podía darle á quien quisiera, representaban una causa simpática al Poder real. Constantemente recobran los Obispos su señorío, pero, poco á poco, vuelven á verse privados de él. Así, en el reinado de Alfonso XI, y con motivo de oponerse el clero á contribuir á los gastos del sitio de Algeciras, el Merino del Rey da nuevamente el señorío al Concejo. Causas políticas de otro orden hicieron que también los Reyes Católicos quitasen Lugo al Obispo, juzgándole, sin duda, poco afecto á su causa y á su autoridad. El último hecho importante que consigna el Sr. López Peláez acerca de las relaciones entre el Poder real y los prelados lucenses es ya de otra índole; pertenece al reinado de Carlos II, en que las Constituciones sinodales de 1669 sufrieron no pocas restricciones por parte de la potestad civil, guiada por los principios regalistas que se hallaban entonces en todo su apogeo.

Con la nobleza sostuvieron repetidas contiendas los Obispos, ó acaso sería más exacto decir que la nobleza las sostuvo con ellos, pues por lo general no parece que los Obispos fueran



provocadores de estas luchas. A veces, sucesos de carácter general, rebeliones contra los monarcas, redundaban en perjuicio de los señores eclesiásticos de Lugo, pues apetecida esta ciudad, como plaza fuerte, por los nobles, se apoderaban de ella á viva fuerza.

Entre los episodios curiosos á que nos hace asistir el señor López Peláez en esta parte de su relato, vemos á un Obispo someterse á una *ordalia* ó juicio de Dios en cierta contienda que sostuvo con la Infanta Doña Sancha, hija del Rey Bermudo II, sobre pertenencia de unas siervas. El prelado sacó las gleras del caldero de agua hirviendo, quedando vencedor en la *prueba caldaria*. Vemos también á un noble poderoso, el Conde D. Sancho, excomulgado y sujeto á las humillaciones de Enrique IV en Canosa, y vemos, asimismo, á los Obispos formar entre sí ligas y alianzas defensivas para contrarrestar las que formaba la nobleza.

Otros personajes de menos fuste se atrevían también á causar daños y á cometer atropellos en los dominios de los Obispos. Por escrituras de donación otorgadas á favor de la Iglesia lucense, se adquiere noticia de estos personajes que, arrepentidos de sus hazañas, trataban de repararlas piadosamente cediendo bienes á la Iglesia. A este número pertenece Mari-Castaña ó Castiñeira, esposa de Martín Cego, que vivió en el siglo XIV y causó grandes daños al Obispado, dando muerte á un mayordomo del Obispo acaso en una de las sediciones tan frecuentes en aquella época. El Sr. López Peláez investiga si esta María Castaña, á quien varios escritores gallegos atribuyen rasgos legendarios de heroína popular, es la Mari Castaña del dicho proverbial en que se alude á remotos tiempos. El autor opina por la negativa, en vista de la falta de datos en que apoyar la hipótesis contraria y también por creer que es un personaje puramente fantástico el de la referida frase vulgar.

Sin embargo, el hecho de existir un personaje del mismo nombre y condiciones parecidas á las del personaje proverbial mencionado en los dichos del vulgo, crea una presunción de que

el último tenga base real y sea una representación legendaria ó una reminiscencia del primero. Mas por verosímiles que parezcan estas presunciones en algunos casos, sería aventurado darles el valor de cosa segura y cierta. Es muy difícil, cuando no imposible, el averiguar si hay efectivamente alusiones históricas en ciertas frases populares. Aquí, por ejemplo, en el caso de la Mari Castaña gallega, tenemos el dato de haber vivido en tiempos remotos una mujer que llevó ese nombre y que debió gozar de notoriedad entre sus paisanos, y acaso aparecer ante ellos con la aureola de heroína de movimientos populares. Mas para fortalecer la presunción que de aquí puede deducirse á favor de la existencia de una alusión histórica en la frase vulgar sobre *los tiempos de Mari Castaña*, habría que investigar cuándo empezó á usarse la frase y en qué región y forma, para ver si la concordancia de estos datos fortalecía la hipótesis, ó por el contrario, veníase, mediante ellos, en conocimiento de haber tan sólo una mera coincidencia y no una verdadera identidad entre el personaje real y el del adagio. Pero es seguro que todo esto supondría una suma de trabajo muy superior á los resultados que en el caso más favorable cabría prometerse de tal indagación, poco importante y propia sólo para satisfacer un sentimiento de curiosidad.

\*  
\* \*

Volviendo al señorío temporal de los Obispos lucenses, llegamos ya al aspecto principal de su historia, á las luchas con el Concejo que, en los siglos XII, XIII y XIV llegan á todo extremo de violencias por una y otra parte. Es un cuadro verdaderamente dramático é instructivo el que traza el Sr. López Peláez de estas empeñadas contiendas. Las armas espirituales alternando con las temporales. Dos Papas, Inocencio III y Juan XXII, intervienen en las desavenencias entre la ciudad gallega y sus Obispos. La ciudad llega á estar en entredicho, se fulmina la excomunión pontificia, y aunque ante

ella ceden los lucenses, los hechos posteriores demuestran que estas censuras no lograron producir la enmienda ni imponer temor en los ánimos más que de un modo pasajero. Era aquélla, indudablemente, una época de fe y de ardor religioso, mucho mayores que los que hoy pueden hallarse, pero la rudeza de las costumbres hacía que, así como en la esfera de los castigos temporales la bárbara crueldad de las penas no retrajese á las gentes de cometer atroces delitos, en la esfera de lo espiritual no bastasen excomuniones y amenazas de castigos eternos para imponer respeto á los príncipes de la Iglesia y servir de salvaguardia á las personas, bienes y derechos de ésta. Hoy, siendo excepcional la aplicación de la última pena, y estando las demás muy dulcificadas, los delitos que revelan gran ferocidad van haciéndose cada vez más raros, sustituyéndoles aquellos otros que exigen mayor astucia y sagacidad por parte de los criminales. El progreso obtenido en la suavidad de las costumbres, resulta más eficaz que las sanciones penales, pues obra de un modo inconsciente y en forma de hábito y no por virtud de un cálculo reflexivo como aquéllas. Así también los incrédulos y las personas de tibia fe religiosa de nuestro tiempo, tratan con mayores consideraciones á la Iglesia y á sus sacerdotes que aquellos rudos creyentes de la Edad Media que, excitados por sus pasiones ó por sus intereses, no vacilaban en poner las manos sobre las personas de los sucesores de los apóstoles.

Los Obispos de Lugo lo experimentaron á costa suya. En las frecuentes sediciones ocurridas en la ciudad, los Prelados se ven más de una vez obligados á huir, y ni aun así se libran de ofensas personales. El Obispo D. Lope es asesinado en uno de estos tumultos; en otros pierden la vida los merinos del Prelado ó perecen varios de los ministros y dependientes de la Mitra. Cuando el Rey Don Fernando IV, el Emplazado, dicta la orden á que antes aludimos, ordenando que se entreguen al Concejo las llaves y la bandera de la ciudad, el Obispo pide un día de término para cumplir el mandato real, mas los vecinos

no otorgan el plazo, y apelando á las armas sitian la fortaleza episcopal, se apoderan de ella, hieren al Prelado y le arrancan á viva fuerza los atributos del señorío.

Como es de suponer, las violencias no procedieron sólo del Concejo. Hay un Obispo asesinado, pero hay también un Obispo (D. Juan Martínez Díaz, cuyo pontificado dura desde 1325 á 1350) á quien Alfonso XI consideró digno de muerte por el asesinato de dos ciudadanos de Lugo que se hallaban bajo la salvaguardia real y perecieron á manos de los soldados del Obispo por orden ó con anuencia de éste, á pesar de haberles dado seguro por mandato del monarca. En la sentencia real en que se condena al Obispo á extrañamiento perpetuo y confiscación de bienes, se dice: *E porque era Prellado é por honra de la Iglesia é de Dios é del estado que tiña, non quisemos pasar contra él é le dar penas en el corpo assi como si fosse lego.....*

El relato del hecho, tal como en este documento se expresa, resulta dramático en medio de su sencillez: *E depois disto —dice el Rey en la sentencia— viniendo en romería á Santiago de Galicia, venimos á la ciudat de Lugo, é las mujeres é los fijos é los otros parientes del dicho Rodrigo Alfonso é de Ares Fernandez deron nos esta misma querella estando el mismo Obispo delante; é Nos dixemos al dicho Obispo qué era lo que dicia á esto; é el dicho Obispo dixo que por estos dichos Rodrigo Alfonso y Arias Fernandez foran contra él, é le tiraran con pedras viniendo él á la dicha ciudat, é le fué dada una pedrada en sub corpo, é que el quello querello al dicho Rey Xuarez Comendero; é que si el Rey Xuarez llos mató que lo fezo por esto, mas non por su mandado, nen por su conseio. E Nos dixémosle que ben sabia en como Nos aviamos asegurado al dicho Rodrigo Alfonso del dicho plazo del mes de Marzo, que auian de ser con Nos; é otro si que aviamos asegurado todo el Conceio de que avian levado nuestra Carta en esta razon. E el dicho Obispo dixo que, quanto al Conceio, que llo aseguraramos Nos, mas del aseguramiento de Rodrigo Alfonso que se non acordaba. Nos sobre esto*

*preguntamos é sopiemos verdad de homes, que son de creer, que se acaesceron y al tiempo que nos segoramos al dicho Rodrigo Alfonso, é el Obispo lo segoró ante Nos. E fallamos por ello que era verdad que Nos que assegoramos al dicho Rodrigo Alfonso estando el dho. Obpo. delante, que llo asegoró el dho. Obpo.; otrosi topemos por verdad en qual maneira acaesceron las mortes de los dhos. Rodrigo Alfonso y Arias Fernandez. E fallamos que los dhos. Rodrigo Alfonso é Arias Fernandez foron llamados á sua casa del dicho Obpo. por sub mandado, é que estaba y en las casas Obispo é el dho. Rey Xuarez con companias del dho. Obpo. armadas en Pazo del dicho Obispo; que llos dhos. Rodrigo Alfonso, Arias Fernandez decendo da sub Cámara los dhos. Rey Xuarez, é los homes del dicho Obispo que estaban armados, que llos mataran en un palacio que estaba en suso de la Cámara del dho. Obispo en lugar do lo él oia, é podia veer é defender se quisiera.*

No debe inducirse de este sangriento episodio que el gobierno de los Obispos fuese tiránico y atroz. El asesinato de Rodrigo Alfonso y Arias Fernández, es una excepción en la serie de hechos que historia el Sr. López Peláez, en la cual se observa que, por lo general, llevaron los Prelados la peor parte en sus contiendas con la ciudad y con los nobles, viéndose á menudo amenazados y desposeídos, y teniendo que apelar en varias ocasiones á la fuga.

La repetición de las rebeliones contra los Obispos pudiera argüir contra el gobierno de éstos, pero tampoco prueba que fuese la condición de los lucenses, bajo la autoridad de la Mitra, más miserable y oprimida que la de los vasallos de otros señoríos. Probablemente entenderían y practicarían los Obispos sus derechos señoriales del mismo modo que los demás poseedores de ellos, y aun es posible que por su carácter sacerdotal los ejercitaran de un modo más suave y llevadero para sus súbditos, aunque aquellos tiempos distaban mucho de ser una edad evangélica. La misma repetición de las rebeliones y la fuerza de éstas, muchas veces vencedoras, no acusan un

pueblo sometido á dura servidumbre. La experiencia histórica acredita que los pueblos sujetos á un yugo grandemente opresor, que les reduce á condiciones de vida miserables, no son los que más vigorosamente luchan por su independencia ó su libertad, sino aquellos otros que, disfrutando de una prosperidad relativa, disponen de fuerzas y elementos que faltan á los primeros. Hoy mismo observamos que se habla de la cuestión social en los países donde la situación de la masa obrera es más favorable y se halla mejor retribuído el trabajo manual, mientras que en los Estados despóticos, en Rusia, en Turquía, en todo el Oriente, esa cuestión no existe ni la lleva consigo la introducción de las industrias y de la maquinaria europea. Y el mismo resultado se obtiene comparando los actuales tiempos, en que el obrero participa de todos los derechos de la ciudadanía y disfruta de las innegables ventajas que han traído los adelantos de la civilización (v. gr., la supresión de las hambres periódicas, la baratura de los artículos de comodidad y recreo, el alza de los salarios, la difusión de la instrucción y de la higiene, etc.), y aquellos otros en que el proletariado, á pesar de hallarse en situación mucho más desfavorable, se mostraba más dócil, juzgándose incapaz de hacer frente á las clases dominadoras.

Algunas causas históricas invoca el Sr. López Peláez para explicar, por qué los lucenses se mostraron más turbulentos que los vasallos de otros Obispos de Galicia. Lugo había sido corte en los primeros años de la reconquista, fué luego foco de rebeliones contra la monarquía asturiana, en la que veían los gallegos la continuación de la visigótica, y más tarde refugio de la nobleza de la comarca en sus alzamientos contra los Reyes de Castilla. Por otra parte, puede añadirse que era general aspiración de las ciudades la de emanciparse de los señoríos particulares para depender tan sólo de la corona.

\*  
\* \*

En la segunda época á que antes aludo, ó sea en la época moderna en el sentido que se da á esta palabra al hablar de divisiones históricas, el agitado drama de la Edad Media se trueca en pleitos entre la Mitra y el Concejo, en cuestiones de etiqueta entre el Municipio y el Cabildo, que no son ya más que un pálido reflejo de las antiguas luchas ventiladas con las armas en la mano en las calles de la ciudad ó en torno á sus fortalezas. El poder del Ayuntamiento había crecido ya grandemente, y no era en la práctica menor que el de los Obispos. De estos hubo algunos que desempeñaron en el reino de Galicia funciones públicas muy importantes. A los que han visto no ha mucho á nuestros Prelados continuar su tradición guerrera de la Reconquista organizando batallones de voluntarios, no les sorprenderá hallar en el siglo XVII un Obispo de Lugo Capitán general, ni ver que otro, en 1640, avanza al frente de fuerzas militares en socorro del General Marqués de Valparaíso, con intento de cerrar el paso á los franceses de la Armada que comandaba el Arzobispo de Burdeos. No quiso la Providencia que al cabo viniesen á encontrarse en el campo de batalla ambos prelados, convertidos en capitanes y hombres de guerra. A las cuestiones de ceremonial y etiqueta surgidas en el siglo XVII entre el Ayuntamiento y el Cabildo, consagra el Sr. López Peláez un capítulo interesante. Las principales tuvieron origen en la pretensión del Concejo de ocupar puesto distinguido y asiento de preferencia en la Catedral durante las ceremonias religiosas. A veces agriáronse tanto las disputas entre regidores y canónigos, que los últimos hicieron arrojar á la calle los bancos puestos por el Concejo en la Catedral y á su vez el Ayuntamiento negóse á señalar asiento de honor al Cabildo en las funciones profanas.

Abunda también en pormenores curiosos y en observaciones acertadas el capítulo referente á la participación del Cabildo en el señorío episcopal. En realidad, el Prelado poseía el señorío *in solidum* con el Cabildo; mas á fin de evitar los pleitos y desavenencias que más de una vez se produjeron, se com-

prendió la necesidad de dividir las propiedades y derechos, conservando el Cabildo jurisdicción en los lugares que de él directamente dependían. Como caso raro en que hubo de ejercitarse esta jurisdicción, cita el Sr. López Peláez (y merece á la verdad citarse) el de un capellán que en ciertas oposiciones á la magistralía de la Catedral humedeció el reloj de arena para que, pasando más lentamente y alargándose el tiempo de la prueba, acabase el opositor su discurso antes del plazo señalado. Ya entonces—esto ocurría á mediados del siglo XVII—se hacían trampas en las oposiciones, pero en esto hemos progresado de tal suerte, que el medio empleado por aquel clérigo sorprende más por lo burdo que por lo malicioso.

El apéndice diplomático de la obra del Sr. López Peláez contiene trece curiosos documentos, relativos á puntos tratados en la narración, y uno de los cuales es la sentencia de que antes se copian algunos párrafos. Los otros son la sentencia dada á favor de un Obispo de Lugo contra la Condesa doña Sancha, sobre pertenencia de unas mujeres (año 1038); el reconocimiento á favor de los Obispos de los condados que les habían arrebatado los Condes Vela y Rodrigo Oveguiz (1078); el privilegio de Alfonso VI confirmando el señorío temporal de la Mitra, y en el cual se relatan los daños causados á Lugo en la rebelión del Conde Oveguiz (1089); otro privilegio dado por el Conde de Galicia, D. Ramón, y por el Obispo de Lugo, D. Pedro, á favor de los que acudieren á las ferias de esta ciudad (1106); otro privilegio de Fernando II, apartándose, á favor de los Obispos, de toda jurisdicción en Lugo (1184); otro de Sancho IV sobre exención de tributos (1295); la donación de Vasco Pérez de Rodeiro, en que hace mención de los daños que causó en el coto de Lugo (1362); la sentencia de Don Juan I, condenando á unos hidalgos de Lugo que se resistían á pagar tributo al Obispo y á presentarse ante su tribunal (1381); otra sentencia condenando á los vecinos que se negaban á reconocer el señorío del Obispo D. Lope, que fué después asesinado; la donación de bienes de María Castanna al Obispado (1386),



y las actas referentes á la costumbre inmemorial del Concejo de sellar el Sagrario el Jueves Santo, presenciando el encierro del copón y mirando su contenido, uso de que hay varios ejemplos iguales, ó muy semejantes, en diferentes poblaciones de España.

Tal es, brevemente extractado, el índice de los documentos contenidos en el apéndice que completa la obra del señor López Peláez, digna en justicia del premio que obtuvo en público certamen.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

# LA PRENSA INTERNACIONAL.



## MÉRIMÉE Y SU CONFIDENTE

¡Qué fiesta intelectual es siempre el leer á Mérimée! Cierto que esa *Correspondencia inédita* recién publicada, esas cartas á una tercera ó cuarta desconocida, ese tomito no es ninguna grande obra. Mérimée no se aplicó á ello. A falta de aplicación, tampoco puso el brío, el fuego, el enardecimiento de una pasión arrebatada. La señora á quien escribe, al parecer muy distinguida é inteligente, es una señora, no es una mujer: tiene sesenta años. Tenemos aquí la conversación de dos sexagenarios muy tranquilos. Pero, contra el sentir de muchos de mis contemporáneos, cuanto más observo más estimo que la inteligencia sirve de algo y también el saber.

Y sirven precisamente para esto. Mérimée se aburre sobremanera; está enfermo, muy atacado ya por esa terrible afección que había de llevarle al sepulcro diez años después. Tiene esta otra enfermedad también: que, á su edad y valetudinario, se ve en la precisión de pasar quince días de calzón corto representando charadas y haciendo cumplimientos, porque es amigo de la Emperatriz. Y está enfermo, moralmente, de una manera muy penosa, pronto veremos por qué.

Es muy desgraciado; pero no podríais creer cuánto más lo sería si fuese un imbécil y un ignorante. La vida intelectual le salva. A través de todos estos dolores, lee, recuerda. A propósito de cualquiera cosa, ya está en Grecia en tiempo de Pericles, en Roma en tiempo de los Antoninos, en Rusia en tiempo de Catalina, en Polonia en tiempo de Sobieski, en España, en Moravia, en Alemania, en Galia, en la Edad Media, en ese siglo XVI que él adora, en ese siglo XVII, menos de su gusto, pero que conoce al dedillo, ante tal iglesia románica, antigua amiga suya, ante cuál castillo del Renacimiento, que no tiene secretos para él; y charla y coteja y compara y piensa... y ha pasado una hora sin aburrirse. Tiene mil refugios; véase precisamente para qué sirve eso.

Cuando ha pasado la juventud, conviene saber que ya no se vive más que por curiosidad. Pues bien: no se es curioso sino habiéndose acostumbrado pronto á serlo. «Usted no sabe jugar al *whist*», decía Talleyrand: «¡qué vejez se prepara usted!» Pero aún mejor pudiera decirse: «¿No saben ustedes arqueología, ni cerámica, ni alemán antiguo, ni persa (¡cómo es posible no saber Persa!), ni chino, ni aun el griego? ¡Qué vejez se preparan ustedes, en cuanto ya no le digan nada las mujeres! No podrán ustedes leer más que las obras de Alejandro Dumas. Y el personaje del *veranillo de San Martín* no tiene razón: novelas de Dumas no hay muchas, sino muy pocas. ¡Qué vejez se preparan ustedes!» Esto debiera decirse á los colegiales en el discurso del reparto de premios. No se les puede decir del todo. Mérimée se le había dicho á sí mismo desde muy temprano.

Así, pues, escribía á la Sra. de X..., de 1854 á 1862, cartas muy intelectuales y muy ingeniosas, la mitad de las cuales es encantadora. Le escribía acerca de sí mismo, de historia, de arquitectura, de las cosas de aquel tiempo, de la religión, de las recepciones de la Academia Francesa (pues en aquella época había ya la costumbre de presentar al público el nuevo elegido «como un monstruo marino»), de las fiestas de Com-

piegne, de sus viajes por Escocia, Italia y Niza (Niza había sido anexionada á Francia por entonces en atención á Mérimée, para evitarle las molestias de la Aduana) etc., etc.

¿Porqué le escribía? Porque nunca pudo pasarse sin escribir á una dama: era necesario á su temperamento. Toda la vida le fué indispensable el trato epistolar con una señora, una por lo menos. Pero ¿por qué le era indispensable una correspondencia femenina? Porque... ya lo dijo él. Excusado sería que yo mismo lo dijese.

«Ella (la Sra. Recamier) debió su influencia á su resignación. Siempre estaba dispuesta á sufrir la personalidad de todos los *conspicuos*. Nunca se aburría, ó no lo aparentaba. Los hombres necesitan continuamente que se les dé cuerda, como á los relojes. De vez en cuando nos acometen desfallecimientos, tristezas, tedios, de los cuales se nos cura en general con halagos. En esos instantes no se atrevería uno á dirigirse á un amigo, pues hay siempre cierto orgullo que impide manifestarse en los momentos de negrura. Como no existe rivalidad entre hombres y mujeres, tenéis el triste privilegio de consolarnos y curarnos. Pero témome que acaso consideraréis á la especie masculina como los médicos consideran á la especie en conjunto: bajo los cutis más tersos ven malos humores, abscesos, etc. ¡Feliz quien tiene un médico!»

Y Mérimée buscó toda su vida un médico. Encontró varios, que al parecer fueron unos médicos muy atentos, muy amables y muy peritos. Sólo que en esta terapéutica especialísima acontece que el médico ve vuestra enfermedad, la explica, la acaricia, la cuida, hasta la cura... y os da otra. Eso es precisamente lo que acababa de ocurrirle á Mérimée; y esto hace que haya una novelilla retrospectiva en el tomo que á la vista tenemos. Digamos primero la novela, si os place. Esto para las señoras.

En 1852 (Mérimée es historiador, pone las fechas), teniendo el autor 49 años cabales, notó que esta edad no tiene mucha gracia. Perdió «el gran interés de su vida sin esperanza

de volver á encontrarlo». Parece que era tan seductor ese *interés*, que desde quince años á la fecha sólo para él había escrito; para él todo lo que creíamos que escribió para nosotros. «Nada hice hasta ahora para mí, y no tengo ya á nadie para quien trabajar». En lo sucesivo no está en disposición de «ocuparse de otra cosa sino de ver cuadros, oír música y mirar paisajes.» Esto es lo que «pone muchas nubes en su horizonte».

Pudiera quedarle la amistad, que ha sido creada y dada al mundo para hacer como que consuela del amor; pero fijaos en que tiene cincuenta años y... «mis mejores amigos han muerto, y no sé si aún me queda alguno». Parécele dura la situación.

Cuando pone los puntos sobre las *ies*, lo cual le acontece rara vez (pues Mérimée fué un cumplido caballero y no sólo no nombra á nadie, lo cual es elemental, sino que ni aun de sí mismo habla como no sea en términos muy embozados), manifiesta bien á las claras que en su vida se produjo un gran hueco en 1852:

«Os he hablado de mi *enemigo*; convertid la *o* en *a*. Si esto no resulta bastante claro, llamo así á una mujer á quien quise por espacio de quince años, á quien aún quiero (naturalmente), que ya no me quiere y que tal vez no me quiso nunca. (¡Sí! Eso produce siempre este efecto después, pero es un error. La última de nuestras ilusiones consiste en creer que todo aquello en que creímos era una ilusión). El resultado es que necesito restar de mi vida quince años, no sólo perdidos (¡eso no, vaya una idea!), sino hasta cuyo recuerdo está emponzoñado para mí (conformes en esto). No deploro el tiempo perdido, porque eso sería hacer demasiado; pero tenía recuerdos que eran para mí un mundo sobrehumano, donde en otra época tuve acceso y que hoy está vedado para mí».

Esa es la herida: es honda y en extremo sensible. De vez en cuando, Mérimée trata de consolarse de ella por el amor propio, lo cual esperaríais. Tiene este amargo consuelo (com-

pletamente ilusorio) de que, á lo menos, él es quien hizo mejor papel:

«Cuando creía arreglar definitivamente mi vida, acusábase un poco de egoísmo en el fuero de mi conciencia. Ahora encuentro algún alivio en la idea de que no fui tan egoísta cual me imaginaba, y que más había perdido que ganado en el trato que diuté ventajoso para mí. ¿No vale más ser engañado que engañador?»

Pero, casi siempre, sin razonar tanto, está sencillamente aplanado:

«Figuraos la cara que se pone cuando, después de admirar lo que se tuvo por un diamante, nota uno que sólo es un trozo de vaso. Aún estoy atontado por un descubrimiento así que hice hará unos cinco á seis años. Ahora me río de ello algunas veces, pero es la risa del conejo. Y por eso no tomo á pechos ya cosa ninguna».

Sin embargo acabó por calmarse. Cerróse la cicatriz: estimo en unos siete años el tiempo que tardó en cerrarse, lo cual es un período muy respetable. La herida se remontaba á 1852, según hemos visto, como el mismo Mérimée nos lo ha hecho saber. Las cartas en que la presenta sangrando aún son de 1855. En 1859 está curada ó poco menos; ya no piensa en ella sino por accidente. ¡Oh! cuando «ya no se piensa en ello sino por accidente, no es doloroso, casi es hasta agradable». Es «pensarlo» de tal manera que más bién apenaría no pensarlo de ningún modo:

«Me ha sucedido aquí (en Cannes, buen país para olvidar, pues los países de sol son esencialmente psiquiátricos) una cosa bastante rara. Perseguíame desde hace cinco ó seis años (son siete años) un fantasma ó, para hablar menos poéticamente, un recuerdo—ningún remordimiento—que me hacía muy desgraciado. El otro día advertí que este recuerdo sólo se presentaba por accidente de mi memoria y que ya no era tan penoso. ¿Será que me he vuelto filósofo ó que empiezo á momificarme?»

¡Vamos! el tiempo no pasa en balde. Acabóse la novela de Mérimée. Duró veintidós años: quince de ellos como realidades y siete como recuerdos. Es la novela de un hombre de bien. Todo fué medurado, decente, exacto de medida y de tono en la existencia de Mérimée, hasta involuntariamente. No sólo tenía el sentido exquisito de la medida, sino, aun en las cosas en que estaba en un tris el faltarle, no sé qué divinidad tutelar cuidaba de tenerla por él.

Aparte de su novela, que ocupa seis páginas entre las 350 de esta correspondencia epistolar (y en eso se ve también la justa medida), Mérimée se nos aparece tal como le conocíamos: escéptico, irónico, pesimista, todo con un si es no es de impertinencia y socarronería de que nunca le fué posible preservarse en absoluto. La excelente señora con quien se carteaba habíase introducido en su intimidad: primero, porque Mérimée era inspector de Bellas Artes y para interesarle en la restauración de los castillos é iglesias históricos del gusto de ella; segundo, porque Mérimée era librepensador y para convertirle. Triunfó por completo en el primero de sus propósitos. Los esfuerzos que hizo para tratar de conseguir el segundo nos han valido unas breves disertaciones en treinta líneas de Mérimée acerca de la fe, de la autoridad de los Evangelios, de San Juan, de San Pablo, modelo de zumba elegante, sin descaro y de una consideración respetuosa.

Acerca de la fe, sobre todo, es encantador. Tiene cien maneras agradables de exponer lo único que puede manifestar y que se ve obligado á repetir: «¡Qué le hemos de hacer, carezco de ella!» En efecto, es un don. Como filósofo y sin mala intención, se le escapan estas palabras: «Es un instinto.» Producen mal efecto, y retira la palabra *instinto*. ¡Oh, la retira! «Quise decir que es una gracia, y no se me ha concedido.» Y luego, un poco más adelante, vuelve á decir: «Es una disposición de espíritu.» El no la tiene, y aunque la tuviera tampoco creería. Porque:

«No puede usted comprender la diferencia que hay entre

las cosas *que me place suponer* y las *que admito como verdaderas*. Me place imaginarme los aparecidos; pero, á pesar de la impresión enteramente material que experimento, eso no me impide no creer en los aparecidos; y si viese yo un espectro, no por ello creería más. En efecto, es mucho más probable estar yo loco que realizarse un milagro.»

No está mal razonado; pero, sin embargo, es un poco insolente. Conforme adelanta el epistolario, se acentúa y aguza cada vez más esa especie de socarronería. Queda sentado que Mérimée no tiene fe, pero á lo menos quisieran hacerle confesar que la fe es una virtud. Esto acaba por agriarle un poco, y responde enteramente como un hombre del siglo XVIII, lo cual nunca dejó de ser:

«Si me atreviera á decirla una gorda impiedad (no haya miedo, se atreverá), preguntaría á usted cómo se califica de virtud una *singularidad de la organización*, de la idiosincrasia, como diría un pedante.... Un capuchino, que tenía fe, decíame en Roma: *Nel tempo d'Esculapio* (en tiempo de Esculapio). Creía en Esculapio como en San Pedro. ¿Qué mérito tenía en eso?

Decididamente, para Mérimée, aunque hubiese retirado la palabra, la fe era un instinto. Esta discusión, siempre amable é ingeniosa entre un enciclopedista y una católica, es una cosa muy picante; y se concibe que Mérimée haya dicho un día á su corresponsal, con un giro digno de Voltaire:

«En cuanto á las oraciones de usted por mí, si he de ser franco, no creo que produzcan jamás otro efecto sino el de penetrarme de una viva gratitud hacia usted.»

Sabido es que así era hasta con sus más íntimos y más respetados amigos. Esa sequedad altiva, mitad afectada y mitad real (pues no se afecta, á lo menos por largo tiempo, sino lo que hay realmente en el fondo de sí mismo), no se ostenta aquí, sino que se manifiesta; y sólo aparece con más viveza, para presentarse rara vez con salidas bruscas que hacen aguzar de pronto el oído:



«En otro tiempo me propuse algo (no la gloria, ciertamente) y no trabajaba para mí sólo. Si escribiese hoy, sería para mí ó para el público. El primero *se ha vuelto harto difícil de contentar, para que yo lo intente*; el segundo *tiene la desgracia de no gozar de mi aprecio.*»

Aquí tenemos al eterno desilusionado, que en su desencanto no dejaba de tener alguna afectación.

También aquí nos da acerca de ese pesimismo la razón que dió en otra parte, pero en una forma mucho más divertida y nueva que cuando dijo á otra señora con quien se carteaba: «Desconfíe de su optimismo y crea usted que nada hay tan común como hacer mal por gusto de hacerlo». En el epistolario recién publicado, dice:

«Sospecho que aporta usted un poco de entusiasmo hasta á los guarismos, pero usted lo tiene para todo. ¿Cómo es posible que sea usted lo que es, habiendo nacido en Francia y vivido en la buena sociedad? También yo fuí entusiasta, en mi juventud; pero me ha sucedido como á un gato al que eduqué en la persuasión de que no existía el mal. Sólo conocía el bien. Subióse cierto día á los tejados, y regresó con una pata rota, cien zarpadas y agujereado el pellejo. Desde entonces fué prudente, desconfiado y pesimista, sin dejar de ser un gato bastante bueno.»

Prudente, desconfiado, pesimista, *distante*, altivo, cortés, muy acicalado y de una pulcritud inglesa, acariciador y con la zarpa siempre en ristre, sin romper un plato, despreciador de todo, algo triste y sin dejar por eso de ser un gato bastante bueno: sí, en efecto, de esa manera se figura uno el gato... de Mérimée.

Este tomito no será inútil á la historia literaria. Hay en él un retrato de Béranger, una «figurita» de Séneca, tres líneas acerca de Baudelaire, un perfil de Napoleón III, un busto de la señora Récamier. Acerca de Béranger sólo tiene elogios, como cuantos conocieron al hombre más que al autor. De Béranger como hombre, créaseme también á mí, nunca se dirá

todo lo bueno que merece. Pero se concibe que ser alabado por Mérimée es un premio de honor:

«Mucho le conocí, y le quise mucho. Era el hombre de mejor consejo que he conocido. Nunca decía: «¿Por qué se ha metido usted en este atolladero?» Sino que trataba de sacarle á uno de él. Sobre todo, era el confidente de las mujeres, comprendiendo todas sus pasiones, todos sus escrúpulos, todos sus prejuicios, y tenía una discrección admirable. Era en extremo caritativo, y de seguro nadie ha hecho más bien que él. Disputábamos ambos á menudo: pretendía él escribir para el pueblo; decíale yo que el pueblo es un bestia y le admira bajo nuestra palabra. En sentir mío, el pueblo le ha perjudicado un poco como poeta.»

¿Está completo, sin aparentarlo?

Respecto á Séneca, un epigrama que merece conservarse:

«Era un hombre superior. Dice cosas muy aptas para dar energía al alma, sólo que de un modo demasiado ingenioso. Es Beaumarchais predicando. Hanse traducido sus cartas; pero no sé cómo se habrá podido verter al francés todo su relumbrón latino.»

Acerca de Baudelaire algún tantico de severidad, pero también esto:

«*Flores del mal*, libro medianejo, nada peligroso, donde hay algunos chispazos de poesía.»

En cuanto á la señora Récamier..... No podía aguantar á la señora Récamier. Sentía que era injusto con ella, pero la aversión era demasiado fuerte:

«Usted la habrá conocido, sin duda. No tengo más cargo que dirigirla, sino el de no haber sentido esos odios vigorosos que en ocasiones conviene tener. Todo lo encontraba bien, alababa á todo el mundo. *Os llamaba aparte y os decía que érais un genio*. Esto y el culto de Dulia que en su casa se tributaba al hombre más egoísta de este siglo, me había hecho tomarla ojeriza. Creo que era verdaderamente buena, á pesar de esto; pero, las primeras impresiones no se borran.»

¿En quién pensaba Mérimée al hacer el retrato de otra Récamier, evidentemente más moderna, á la cual no nombra? No lo sé; pero el trozo es exquisito, en su malicia socarrona. Es una magnífica página de Mérimée:

«Respecto á las cualidades, todo cuanto se diga es poco de su admirable devoción á un hombre muy indigno de semejante amiga, en mi concepto. Murió en la faena, sacrificándose por un viejo fatuo que ni la comprendió ni la quiso jamás. En cuanto á los defectos, he aquí lo que me chocó al pronto y durante muy largo tiempo me la hizo sumamente odiosa. El trato de sociedad habíala dado tal costumbre de mentir, que mentía en todo, sin propósito, sin utilidad. La verdad no salía de su boca sino por distracción. Como casi todos los embusteros, creía que todo el mundo era un trapalón y además dispensaba á todo el mundo el honor de creer que se proponía algún objetivo, que tenía un proyecto. Tardó muchísimo en adivinar que yo no iba á verla sino porque allí me divertía. Tuvimos uno de otro la peor opinión durante años, pero creo que cuando murió nos conocíamos bien y nos queríamos bastante.»

¡Ah, qué bonita página de los *Recuerdos de un hombre de mundo!* ¡Y qué bien se ve á los dos, ella y él, durante veinte años, con sus rasgos característicos, estudiándose uno á otro, pretendiendo adivinarse y comprendiéndose en vísperas de su separación eterna!

Puesto que estoy en vena de citar (¿y qué podría hacer mejor sino citar, teniendo un libro de Mérimée debajo del brazo izquierdo?), he aquí un *recuerdo de Compiègne* que interesa á la historia, á la historia universal:

«El dueño de la casa.... os placaría infinito. Se burlaría usted de mí si la dijese que nunca he hallado un hombre más *cándido*. Nunca dice nada aprendido. Sus ideas son extravagantes á veces, pero muy originales. Tiene singular talento para captarse la confianza y poner á sus anchas á las gentes. Sin embargo, no aparenta proponérselo. Es en extremo cortés

y benévolo, pero reservado. Sabe hacer hablar. Decíale yo que uno de los rasgos más extraordinarios de César fué el haberse enamorado perdidamente de Cleopatra á la edad de cincuenta y tres años. Esto le hizo romántico y quería remontar con ella el Nilo en una barca para buscar la fuente del río. Esto me condujo á referir cómo nació un lindo mancebo que se llamó Cesarión y que era hijo y muy hijo de César, añadí, PUESTO QUE Augusto le hizo morir. La anécdota y quizá también mi «*puesto que*» le hicieron lanzar una exclamación de sorpresa y de indignación tan honrada, que quedé avergonzadísimo de haberme mostrado más maquiavélico de lo que soy.»

Pero, aún me llevaría más tiempo insertando citas. Este tomo no aumentará sin duda un ápice la gloria de Mérimée, ni en último caso cambia en nada su figura; y aun cuando no la complete, es por sí mismo muy sabroso. Además, es la correspondencia entre un literato y una mujer contemporánea; y puede recorrerse sin temor á lodazales. Y esto ya cambia de especie.

EMILIO FAGUET.

(De la *Revista Azul*.)

---

## UNA NUEVA HISTORIA DEL PAPADO

EN TIEMPO DE ALEJANDRO VI Y DE JULIO II <sup>1</sup>

## I

El libro del Dr. Pastor nos inicia en la más reciente evolución de los estudios históricos entre los católicos de Alemania y de Austria. La posición del autor (es eclesiástico y profesa la enseñanza de la Historia en la muy ortodoxa Universidad de Inspruck) le pone al resguardo de toda sospecha de liberalismo; y, sin embargo, su manera de apreciar los períodos más perturbados de los anales del Papado se distingue por una elevación y una independencia tales, que á pocos de sus juicios no pueden asentir los hombres de buena voluntad, sea cual fuere el partido á que pertenezcan. Así lo comprendía también de seguro León XIII, cuando, al abrir de par en par las puertas de los Archivos secretos del Vaticano, antes herméticamente cerradas, quiso que se hiciese plena y completa luz acerca de todo el pasado, lo mismo triunfos que eclipses de la Iglesia. Para afirmarse en el convencimiento de que el principio superior por él representado saldría victorioso de todas las pruebas, tenía esta hermosa frase dicha por otro León (el primero de su nombre) y que el Dr. Pastor aplica tan acertadamente á Alejandro VI: *Petri dignitas etiam in indigno herede non deficit.*

El ejemplo dado por el soberano Pontífice reinante no tardó en dar fruto en el dominio de la erudición. Si se compara el método inaugurado por el Dr. Pastor con el seguido por

---

(1) *Geschichte der Päpste*, por Ludwig Pastor, tomo III. De Inocencio VIII á Julio II. Fribourg-en-Brisgau, 1895. En 1888-1892, la librería de Plon, de París, publicó una traducción francesa de los dos primeros tomos.

otro célebre historiador católico, el Dr. Janssen, ¡qué mudanza en tan breve tiempo! El triunfo del Dr. Janssen sólo data de ayer; y sin embargo, ¡cuán mezquinas, falsas y envejecidas nos parecen esas obras tendenciosas, en que el autor no tiene en cuenta sino los hechos favorables á su tesis! A los ojos del Dr. Janssen, el enemigo hereditario era el Renacimiento; pronto vamos á ver lo que queda de esa paradoja, sostenida con gran copia de erudición, después de refutarse por Pastor y otros diversos escritores religiosos, entre los cuales bastará citar á F.-X. Kraus y J. Graus. Menos sistemático, más flexible y por lo mismo más vivo, el método inaugurado por la nueva escuela responde á la realidad de los acontecimientos y al verdadero espíritu de las instituciones.

En este tomo (el tercero de la serie) el Dr. Pastor se guarda por igual de panegíricos y diatribas. Armado con todos los procedimientos de la crítica moderna, familiarizado con todos los trabajos alemanes, italianos y franceses, examina y discute de nuevo cada problema, llevando la imparcialidad hasta el punto de asimilarse (por un instante) los puntos de vista de sus contradictores, con el fin de refutarlos después de un examen más profundo. No vacila en burlarse de la debilidad de un Inocencio VIII, en estigmatizar los crímenes de un Alejandro VI, en poner al descubierto los arrebatos y las inconsecuencias de un Julio II. De igual manera, sin prejuicio ninguno, con una imparcialidad por la cual merece que se le felicite, hace contribuir hasta el más obscuro de los cronistas, de quien pueda prometerse tomar una noticia segura, un grano de sal, un indicio de la verdad.

Sólo con esas condiciones era posible escribir una Historia del Papado digna de tener autoridad en todos los campos. Me apresuro á añadir que no es desconocido entre nosotros ese modo de estudiar el papel de la Iglesia; baste recordar el tan sólido é independiente trabajo que Noël Valois acaba de publicar acerca del *Gran Cisma*.

## II

Necesitábase volver á escribir la historia de Alejandro VI, después de la sobrado cándida apología intentada por el R. P. Leonetti, después de los tan apasionados ataques de Fernando Gregorovius. El sabio profesor de la Universidad de Inspruck ha realizado esta empresa con suma valentía, ha resistido hasta la tentación de alegar ciertas circunstancias atenuantes. En mi sentir, no es posible mejor elogio de un historiador con cuyas convicciones no se está conforme.

Desde el comienzo, al otro día mismo de su elección, presentábase erizada de dificultades la situación de Alejandro VI, y sin culpa suya. Estaba cogido entre los Orsini y los Colonna, entre Milán y Nápoles, como entre el yunque y el martillo. Habíanse precipitado los acontecimientos; hasta un Nicolás V, de santa y gloriosa memoria, hubiera desesperado en medio del conflicto entre tantos intereses exacerbados. ¿Es de extrañar que el nuevo elegido optase por una política de poco alcance y sólo pensara en vivir al día? Tampoco olvidemos que, á pesar de su natural astucia, no era italiano de nacimiento ni por educación; de ahí no sé qué pesadez de mano, que le indispuso con sus nuevos compatriotas. Acentuó como por gusto ese pecado original, poblando de compatriotas suyos el Sacro Colegio: «de cuarenta y cuatro cardenales creados por el, dieciséis eran españoles.» Es imposible echar en olvido que, aun cuando Alejandro VI pasó la mayor parte de su vida en Roma, la Italia no entra para nada en sus principios ni en sus actos, así como tampoco en los de su hijo. Las aficiones de ambos están en otra parte: el rey Fernando de Nápoles y su primo, Fernando el Católico, Gonzalo de Córdoba, todos ellos tan insaciables como pérfidos, ¡esos son los compatriotas según su corazón! Lejos de tener nada que aprender de los italianos, estos «conquistadores» (1) del antiguo mundo les enseñaron el

---

(1) En castellano y entre comillas en el original francés.—N. DEL T.

arte de engañar á los más hábiles; no fué uno de los menores triunfos de César Borgia el servir de modelo á Maquiavelo, en el supuesto de que el duque de las Romañas fuese accesible al renombre literario. No se juzgará equitativamente al padre ni al hijo, sino mientras se tenga en cuenta su origen ibérico. Lo español se reconoce en su tren de vida, en su parsimonia, en su sobriedad (Alejandro VI fué el más económico de los Papas, hasta el punto de que la mesa no le costaba más que 700 florines mensuales, apenas el décimo de lo que costó luego la de León X), en su indiferencia por las ciencias, las letras, la filosofía y todas las conquistas del humanismo. Frente á unos príncipes tan extraños al movimiento intelectual de la Italia de entonces, quedarán siempre victoriosos los defensores del Renacimiento.

En medio de las tormentas que señalaron su advenimiento al solio pontificio, cuando tenía que contar con la violencia de la población romana, las rivalidades de los barones, las intrigas de los Sforza de Milán y los aragoneses de Nápoles, las de florentinos y venecianos, las ambiciones inmediatas de Carlos VIII de Francia, para no hablar de las de Maximiliano de Alemania y Fernando el Católico, no es fácil desentrañar qué parte debe concederse en Alejandro VI al cálculo y qué otra parte corresponderá á las resoluciones repentinas tomadas bajo el apremio de los sucesos. Muchos cambios de conducta, considerados luego como combinaciones maquiavélicas, no eran á veces sino efecto de angustias justificadas muy de sobra. Bien se vió esto al entrar Carlos VIII en Roma: nada igualó á la indecisión de Alejandro. Pero, apenas hubo visto la cara de aquel soberano tan cándido y débil, se repuso y maniobró cual consumado diplomático.

Si en el transcurso de esos difíciles años de 1492 á 1495 se explican (ya que no nos atrevamos á decir se excusan) las componendas, en cambio luego de salir el ejército francés, tras los efímeros y estériles triunfos de Carlos VIII, la actitud del Papa revela un pensamiento más plenamente maduro y



una constancia que traen consigo una responsabilidad completa. Después, el afán de establecer á sus hijos, así comó las concupiscencias inseparables de ello, inspiran hasta sus menores proyectos y vician todas sus resoluciones. Pierde hasta tal punto la sangre fría, el sentimiento de la justicia y de la dignidad, que dan sospechas de un debilitamiento cerebral; y ante aquellos excesos de ternura, pregúntase uno si Alejandro VI no habrá sido un padre Goriot (1) en el trono de San Pedro.

Pero, esos son hechos conocidos de todos y acerca de los cuales sería de mal gusto el insistir; la Historia ha dado ya su fallo: no pisoteemos á los que ella sentenció.

Después de haber vituperado á Alejandro VI como príncipe secular, el Dr. Pastor se encuentra en situación llana para rehabilitar el gobierno espiritual del pontífice español. Según declara, no sufrió el menor detrimento la pureza de la doctrina; antes bien, Alejandro desplegó sin descanso la actividad más fecunda. Sería ocioso entrar en detalles respecto á tantas medidas de orden eclesiástico: estímulos dados á los agustinos y dominicos, revindicación de la independencia del clero flamenco frente al duque Felipe, organización del Nuevo Mundo y organización del jubileo de 1.500, el más brillante de los que guarda memoria la Ciudad Eterna. Bajo todos estos aspectos, no dejó de ser útil y honroso el gobierno de Alejandro VI.

Una de las sorpresas del tomo del Dr. Pastor es la actitud del autor para con el gran adversario de Alejandro VI, Jerónimo Savonarola: condena formalmente al fogoso y cándido reformista. Sin embargo, en todos estos últimos años ha quedado probada la ortodoxia de Savonarola, por eruditos pertenecientes á una orden cuya misión consiste precisamente en velar por la pureza de la fe: los dominicos más sabios han tenido fuerte empeño en demostrarla. Si no estoy mal infor-

---

(1) Protagonista de una de las mejores novelas de Balzac.--N. DEL T. E. M.—*Noviembre* 1897.

mado, hasta se ha hecho una instancia de canonización en favor del ajusticiado de 1498.

Después de Perrens, y de Villari, y de Gustavo Gruyer, el Dr. Pastor ha examinado una causa que parecía terminada; y por mi parte no vacilo en adherirme por completo á su resumen, debiera decir á su requisitoria. Sí, tiene razón una y mil veces para caracterizar como lo hace el pesimismo de aquel heredero de Tertuliano, insensible á las virtudes de tantos contemporáneos suyos y sin ojos para ver más que los escándalos. Pero, ¿por qué milagros los florentinos, insensibles al principio á sus reprensiones, acabaron por sufrir su ascendiente y participar de su fanatismo? El contraste es muy notable: al principio no hubo más que una voz acerca de las maneras, los gestos y la dicción del predicador ferrarés, de su acento tan rudo, sus expresiones brutales y sin gusto, sus gestos rápidos y forzados en demasía, su ignorancia en los bellos giros clásicos. Todos los corazones iban tras el elegante y untuoso Fray Mariano, el protegido por los Médicis. Tres ó cuatro cuarešmas bastaron para obrar la virada en redondo. Aquel pueblo florentino, sin disputa el más sutil y activo, manifestóse de pronto como el más ferviente, humilde y desprendido de las cosas de este mundo.

¿Quién duda de que fuesen puras las intenciones de Savonarola? Pero, ¡cuántas asechanzas en sus doctrinas! Iban á parar nada menos que á la teocracia, una teocracia mucho más feroz que la de la corte de Roma. Aquel alma tan tierna no vacilaba en recurrir á los medios coercitivos más salvajes: el tormento para los jugadores, el empleo del hierro candente para los blasfemos, la invitación dirigida á los criados para denunciar á sus amos, y á los hijos para desobedecer á sus padres. En poco tiempo, lo policía florentina nada tuvo que envidiar á la Inquisición. Todo era ayunos y maceraciones, impuestos por fuerza. Viéronse obligados los carniceros á pedir una rebaja en los impuestos, so pena de declararse en quiebra; gran número de jefes de aquellas industrias suntuarias á las cuales de-

bía Florencia lo mejor de su prosperidad se vieron reducidos á cerrar sus talleres. ¿Cómo una raza tan viva, tan activa y tan febril pudo sacrificarse así durante cuatro largos años en aras del más feroz ascetismo?

Ciertamente, fué cruel el castigo impuesto á ese precursor de la Reforma: hubiera bastado encerrar al fanático utopista en algún convento remoto, lejos de las risueñas márgenes del Arno, que estuvo á punto de transformar en una Tebaida. ¡Qué importa! En semejante materia es preciso saber preservarse de toda sensibilidad. Obligado como está el historiador á mirar las cosas desde el punto de vista de cada época, no tiene otro remedio sino reconocer que estuvo bien fallada la causa, y que por una vez debe absolverse á Alejandro VI.

Las empresas militares que tanto lugar tuvieron en el reinado de los últimos Papas del siglo XV, desde Sixto IV hasta Alejandro VI, apasionaron aún más á Julio II. Poco faltó para que este pontífice, de miras trascendentales, aunque tocadas á veces de incoherencia, no añadiese la gota de agua que había de hacer desbordarse el vaso. Si la tempestad se retrasó uno ó dos lustros, las mismas victorias obtenidas por el fogoso adversario de Luis XII pesaron con inmensa pesadumbre sobre su sucesor. Siempre se paga muy cara una victoria conseguida por las armas, cuando se trata de un gobierno puramente espiritual. León X aprendió á sus expensas cuánto costaba poner tirante la cuerda hasta romperse y conducir al paroxismo las pasiones. La Historia le ha tomado como víctima propiciatoria, cuando el verdadero culpable fué Julio II.

### III

Pero el papel político del Papado durante aquella era perturbada que corresponde á los reinados de Alejandro VI y Julio II, en la cual acontecieron la expedición de Carlos VIII, la rebeldía de Savonarola, las empresas de César Borgia, el due-

lo entre Julio II y Luis XII, es bastante conocido para que no sea superfluo volver á trazarlo aquí de nuevo. Bien sé que el Dr. Pastor rectifica los hechos en detalle y que inicia una multitud de nuevos puntos de vista acerca del carácter de los hombres y el sentido de las negociaciones diplomáticas. (Notemos de paso que una vez más se destruye en ese volumen la leyenda acerca de la muerte de Alejandro VI: la enfermedad de que falleció el Papa y que puso en peligro la vida de César Borgia fué una fiebre palúdica claramente caracterizada.) No importa; no por eso quedará modificado el juicio que se forme respecto á la actitud general de Alejandro VI y de Julio II en aquella suprema lucha para conseguir la seguridad y la independencia del Estado Pontificio.

Pongamos más bien empeño en determinar la marcha de las ideas, en analizar el estado de ánimo de aquellas generaciones tan exuberantes, porque en eso todo está por hacer y hay que entrar hacha en mano resueltamente en un bosque de prejuicios y de prevenciones. En este mismo momento, dos grupos rivales ponen igual ahinco en complicar aún más la controversia. Al paso que en Alemania y en Austria la nueva escuela católica celebra la unión del Papado y del Renacimiento, no hay en Francia y Bélgica anatemas que no prodigue contra esas tentativas de aproximación, presentándolas como tan profanas cual peligrosas. ¡Cuántos escritores, en su odio á la Italia moderna vuelven del revés el precepto de la Biblia y hacen á los antepasados responsables de las iniquidades de los tataranietos!

La simpatía de los Papas de los siglos XV y XVI por la corriente de ideas que halló su expresión en el Renacimiento, es fácil de justificar; basta hacer un paralelo entre los asertos de ambas escuelas rivales para que unos y otros se destruyan entre sí. Mientras unos consideran «la afirmación de la Iglesia triunfante como la originalidad propia del Renacimiento» (y Proudhon es quien así habla), otros ven en la vuelta á los recuerdos de la antigüedad el origen de todas las desventuras

de la Iglesia. Uno de ellos, cuya ciencia y cuyo carácter merecen igual estimación, advierte que desde un principio hasta hoy mismo «el Renacimiento no tiene admiradores más celosos y apasionados que los enemigos de la Iglesia, los que le son infieles y los que combaten sus enseñanzas y su influencia». Y añade: «Son lógicos en eso, pues advierten que muchas obras de arte de su época favorita luchan á favor de ellos. Su alegría, en manera ninguna disfrazada, al ver el sensualismo, el culto de la materia y de la carne, desplegar sus obras en medio de los santuarios y hablar á las pasiones allí donde el alma busca recogimiento—ese gozo bajo el cual se transparentan el escepticismo y la ironía—debiera al menos servir de enseñanza á los fieles.» Y este intransigente concluye señalando las reivindicaciones en pro del clasicismo como otras tantas «usurpaciones hechas contra la idea cristiana».

Ya se ve cómo el solo hecho de que un partido acuse al Renacimiento de haber consolidado la religión, y el otro de haberla conmovido, basta para contrarrestar su común ataque.

Más equitativo el Dr. Pastor, distingue entre el verdadero y el falso Renacimiento; hace constar que cada uno respondía á instintos diferentes, instintos de esos que en cada sociedad están en estado latente y toman cuerpo en un momento dado, bajo la acción de una corriente religiosa, filosófica ó literaria. El falso Renacimiento tiene por partidarios á los sensualistas, libertinos y escépticos, con Maquiavelo á la cabeza; el verdadero, á todos los caracteres y espíritus serios de Italia, y formaban la inmensa mayoría. Estos, sin romper con las creencias tradicionales, ensancharon sus horizontes y tuvieron empeño en dar á la vida intelectual una distinción más grande. Echándose fuera de las luchas teológicas, se ocuparon con entusiasmo en la gran causa de la educación y se esforzaron en moralizar á la juventud poniendo ante sus ojos los elocuentes ejemplos de virtudes públicas ó privadas que abundan en la historia de griegos y romanos. No tememos repetirlo: las humanidades, tal como las concibieron ellos, han sido desde

entonces en Europa entera, y hasta en el Nuevo Mundo, la base de toda enseñanza superior.

El ideal nuevo, ese ideal que tenía su origen en las lecciones de la antigüedad, presentaba la ventaja de hablar igualmente á los recuerdos y á las aspiraciones de todos los herederos del Imperio romano, italianos, galos, iberos; y, dentro de ciertos límites, también á los bretones, germanos y dacios. Un ciclo paralelo al ciclo cristiano y hasta capaz de fundirse con él, un ciclo inteligible y accesible para todos, suministraba por fuerza nuevo alimento al espíritu de tantas naciones diversas, en los instantes en que á todo el mundo se imponía la necesidad de romper el harto estrecho cuadro de la civilización de la Edad Media.

Dado lo intenso del movimiento, la Iglesia no podía permanecer indiferente ni neutral: eso hubiera sido abdicar el poder tuitivo que en todos tiempos se ha manifestado tan celosa de ejercer sobre el curso de las ideas. Era menester que sin segunda intención combatiera resueltamente ó favoreciera el retorno á los principios de la civilización antigua: culto á la forma en lo que atañe á la literatura y al arte, claridad y precisión en las ciencias positivas y en las ciencias históricas. En caso de que hubiese renunciado á confiscar en provecho suyo un medio de propaganda tan poderoso, habríase manifestado en todas partes el particularismo y con él los antojos de reforma. Le iba la existencia en mantener una corriente de ideas general, internacional, *católica* (en el sentido propio de esta palabra), de igual manera que sostenía en todas partes el latín como lengua oficial de la cristiandad. Harto á menudo se sublevaron contra ella los innovadores, en países extraños á la cultura clásica. ¿Salieron acaso de las filas de los humanistas los Wicleff, Juan Huss y Lutero? La alianza tan íntima contraída por los Papas con el Renacimiento, desde los tiempos de Eugenio IV hasta los de Paulo III, produjo á lo menos el efecto de retener dentro del gremio de la Iglesia á las razas latinas, aquellas en quienes había conservado más imperio la

tradición clásica. No sólo fué eso una inspiración generosa, sino también una buena política. Y, desde este punto de vista, el ejemplo del soberano Pontífice reinante es de un carácter á propósito para justificar á los Papas del Renacimiento.

Ciertamente, del Renacimiento al Paganismo no había más que un paso: la Academia romana de Pomponio Leto y la Academia napolitana de Pontano se extraviaron más de una vez por un terreno vedado. De igual modo, habituando Petrarca á sus contemporáneos á apasionarse de esa especie de supervivencia que se llama gloria, no había contribuído poco á honrar de nuevo el Elíseo celebrado por Platón y Cicerón.

El Dr. Pastor no deja de advertir, y en caso necesario de condenar, todas esas veleidades profanas: era su deber. Pero, en el fondo, el peligro no venía de ahí. La continuación de la historia del Papado lo probó de sobra: los sectarios de la Reforma no fueron más que una ínfima minoría entre los humanistas. El recto instinto propio de los italianos les preservó de una confusión desagradable; si la imaginación, ó más bien la erudición, les descarriaba á veces, el corazón no tardaba en volverles al buen camino: pecaban por inconsecuencia y no por endurecimiento. Había más pedantismo que escepticismo en el abuso de las reminiscencias mitológicas; considerémoslas como falta de gusto y no como escarnio de la religión. Y después, ¡cómo viene á cada instante la humildad cristiana á templar en ellos los excesos de la vanagloria! No lo olvidemos (y en este punto soy capaz de ir infinitamente más lejos que el Dr. Pastor): aun sin la influencia de la antigüedad, la duda hubiera perturbado muchos espíritus. La riqueza ó la ociosidad, y por encima de todo un estado de civilización muy adelantado, son en tales materias agentes de disolución mucho más terribles que cualquier estudio retrospectivo (1).

---

(1) Uno de los capítulos más curiosos del libro del Dr. Pastor es aquel en donde estudia la organización de la caridad. Nos presenta á las cor-

Ya se adivinará que no faltaron rigoristas para combatir los excesos. Uno de los más fogosos fué Adriano de Corneto. En su *Tratado de la verdadera Filosofía*, publicado en 1507, proscribió la filosofía de Aristóteles con el mismo título que la de Platón, condenó el humanismo en masa, y declaró que la única fuente de la fe y de la verdad estaba en las Sagradas Escrituras, que la fe precedía á la verdad, que los verdaderos cristianos debían huir de la discusión, etc. Sus sermones se perdieron en medio de la indiferencia de sus contemporáneos: había predicado en desierto.

Resumiendo, diré: que con espíritus tan amplios y generosos como el del último historiador del Papado, es fácil de descubrir el terreno de la conciliación. Desde el momento en que tan bien se llega á una inteligencia en apreciar el pasado, no se está lejos de ponerse de acuerdo respecto á los intereses de la hora presente.

EUGENIO MÜNTZ.

(De la *Revue Politique et Litteraire*.)

---

poraciones religiosas. Entonces, como hoy, los Hermanos de la Misericordia, reclutados en la alta aristocracia y ocultos bajo humilde sayal, ponían su gloria en visitar á los presos, cuidar á los enfermos y enterrar piadosamente á los muertos. Lutero, á despecho de su odio contra toda civilización latina, no pudo menos de hacer justicia á esfuerzos tan modestos como perseverantes. Por otra parte, se ve á los Franciscanos afanarse en la fundación de los Montes de Piedad, con el propósito de restringir los abusos de la usura; pero además perseguían otro fin y era el de contrarrestar la propaganda judía (el antisemitismo, preciso es recordarlo, tuvo en el siglo XV un renacimiento más).



# CRÓNICA INTERNACIONAL.

---

Un muerto inmortal.—Relaciones entre la nación italiana y la Iglesia católica.—Razones de la intransigencia del Papa con los italianos.—La paz griega.—Protectorado del Imperio alemán sobre Turquía.—Los armamentos marítimos de Alemania y el viejo Bismark.—La crisis española.—Estado del partido conservador y del partido liberal.—Juicio del movimiento que se nota en ambos.—Reflexiones.—Conclusión.

## I

Un muerto llora la escuela democrática europea, que bien merece lágrimas: el viejo y venerable Padre Tosti. Estoy bien seguro de que muchos lectores míos no habrán oído nunca este nombre, universalmente conocido y admirado por los demócratas de todas las escuelas, antaño, en mis lejanas mocedades. Pues el Padre Tosti perteneció á los monjes benedictinos, y profesó toda su vida el principio de las armonías entre los dogmas católicos y los dogmas liberales, entre la Iglesia universal y la Italia moderna. El nido sublime donde tan extraordinario espíritu calentó estas ideas, para que rompiesen los cendales donde se hallaban ocultas y volasen á los cuatro vientos, como hermosas mensajeras del cielo, fué Monte-Casino, monasterio fundamental de la orden benedictina, elevado en la vía entre Roma y Nápoles, por aquella deleitable región que se llama Campania, sobre una montaña célebre, á la cual debemos denominar el Ararat de Occidente; pues si, como dicen las tradiciones bíblicas, sobre el Ararat de Oriente, allá en Armenia, se paró el arca de Noé, que llevaba tras el diluvio

la esperanza del renuevo y continuación de las especies animadas, en el Monte-Casino se fundó el Monasterio de San Benito, quien salvó, tras las irrupciones bárbaras, peor que todos los diluvios, la cultura europea existente á la sazón, el resto, por lo menos, de cultura europea, que aún quedaba, como residuo misterioso, de su total ruina y de su desaparición absoluta, evitadas por un verdadero milagro. Pues cuando se pertenece á una orden así, como la vieja orden benedictina; cuando se recibe y hereda la fuerza espiritual de quien restauró el estudio en medio de la barbarie y el trabajo en medio de la guerra, bien se puede concebir intento, de suyo tan sublime, como el concebido por Tosti: aliar la democracia con la Iglesia, el nuevo Gobierno italiano con el secular Pontífice católico. Antes de que Pío IX acariciara su obra de redimir Italia por el catolicismo, la concibió Tosti; solamente que Pío IX tuvo que abandonarla, y Tosti siempre la mantuvo en obras elocuentísimas, donde palpitaban junto al verbo platónico de las ciencias eternas el Espíritu Santo de la cristiana Trinidad. Tosti aventajó en esto á los tres grandes hombres, salidos de la Iglesia para ir á la democracia, como Lamennais y Loysson, y Doellinger; fué siempre ortodoxo, mientras sus ilustres émulos rodaron á la heterodoxia. Callado Tosti cuando retrocedió Pío IX, se reanimó á la venida de León XIII, verdadero y grandioso renovador del espíritu político en la Iglesia de Dios, y pronunció la palabra conciliación entre la Religión y la Italia. Nunca lo hubiera hecho: León XIII no se lo perdonó. Un Papa, no obstante su infalibilidad, está muy lejos de ser el Vaticano. En el Vaticano quieren la conciliación absoluta con el Gobierno de la República francesa; quieren una grande inteligencia entre la democracia española y el Pontífice Máximo; pero no quieren dar el brazo á torcer, y recibir en su seno al Rey gibelino, que ha desacatado á su madre la Iglesia romana y puéstose á servicio de la Germania protestante. Yo no creo la política vaticana en esto justa. Si hay razones para que la Iglesia llegue á entenderse con la República

francesa y con la democracia española, más razones hay para que pueda entenderse con la unidad italiana. Lo prohíbe un ensueño tan engañoso como la esperanza de reintegrar á los Papas en el poder temporal. Pues nunca serán los Papas re-instalados en ese poder transitorio que mengua y obscurece con vapores de la tierra su poder celeste y eterno, su poder espiritual. El Padre Tosti sufrió una espantosa contrariedad cuando León XIII rechazó la grande obra católica y nacional á que consagrara sus días. Pero no importa: en el tiempo se ven las contradicciones y en lo eterno se ven las armonías. El Padre Tosti verá desde otra vida mejor que su idea es inmortal, y que si León XIII ha realizado una estrecha inteligencia entre la Santa Sede y las dos democracias católicas, española y francesa, otro venidero Papa, el próximo, cualquier sucesor suyo, si no él, tomando enseñanza de tan grandioso ejemplo, urdirá más ó menos tarde otra inteligencia entre la Santa Sede y la democracia italiana. Dios lo quiere así.

## II

Aunque deseáramos no contristar nuestro espíritu con dolorosos espectáculos, imposible divertir pensamiento y atención del pueblo griego, á quien tenemos religioso culto histórico todos cuantos europeos estimamos el precio y el valor de la humana cultura. Ya sea porque Alemania protegió al Sultán como los emperadores de la Edad Media protegían á sus vasallos feudales; ya sea porque tal protección germánica paralizó los esfuerzos de italianos esclavos y austriacos, pueblos naturales amigos del griego y naturales enemigos del turco; ya sea porque Rusia no quiere oír hablar de Constantinopla, sino después de haber acabado su ferrocarril asiático, y Francia debe ahora obedecer cuanto le impone el deseo de conservar la inteligencia franco-rusa; ya sea porque Inglaterra, después de haber suscitado la gran dificultad de Armenia,

que generó el conflicto de Creta, como éste generó la intervención de Grecia sobre los cretenses, como esta intervención desató la guerra blandida por Turquía sobre los griegos, se haya retirado cobardemente de su empeño por Grecia, impuesto al convencimiento y al deber suyos; no cabe dudarlo ni un minuto: cuesta el rescate de Tesalia trescientos millones de dracmas, lo cual equivale á exigir del pueblo griego cuatro veces el importe de sus ingresos anuales, como si Alemania hubiese de Francia exigido diez á doce mil millones por el rescate de su territorio; se rectifican las fronteras, de suerte que podrá cuando le plazca el Sultán invadir por Macedonia y el Epiro á Grecia, cuyas dos llaves terrestres han pasado á sus imperiales cajas; se manda que preste la nación hipoteca ó fianza de no tocar á los intereses, que debe satisfacer para el pago de sus acreedores extranjeros; y se funda un sindicato, compuesto de banqueros terribles, que perciba los tributos y distribuya los gastos; se crucifica y trucida por tal modo á Grecia que su Cámara se indigna, su Gobierno se cae, la corona vacila en las sienes de sus reyes; agitado, estremecido todo el suelo heleno por las trepidaciones y los terremotos de una revolución.

### III

Nunca he visto faltar un gran poder, una gran entidad á su ministerio y á sus finalidades, como ha faltado el sacro Imperio, personificado en Guillermo II, á las tradiciones de su historia y á los precedentes de su fundación, cuando parecía, por su naturaleza y por su atavismo, el protector de todos los pueblos cristianos. Hay esfinges indescifrables por su inmovilidad; hay esfinges por su movilidad indescifrables. A este último número pertenece Guillermo II. En los meses pasados del estío ha recorrido las heladas costas de Noruega y ha visto el sol de media noche. Un poco antes de ir el Presidente Faure, se ha encajado en los Palacios del Neva y ha recorrido los se-

nos del golfo de Finlandia. Tras haber hecho á la proximidad de los círculos polares una peregrinación marítima, se ha presentado en la continental Alemania recibiendo los reyes del suelo luminoso italiano y trocando en amazonas, tan bellas como las que venció Aquiles, sus huéspedes, las princesas y reinas idas á su invitación, las cuales ha decorado con el nombre de coronelas y puéstolas, ceñidas de cascos, espadas, y no diré si espuelas, á la cabeza de sus regimientos para dirigir evoluciones militares vistosísimas. De aquí háse ido presurosos en busca de los húngaros, por él muy halagados, creyéndolos de sangre turca, que hoy priva en su corazón, y de apego á su Imperio, contra los eslavones, que no pueden ver á Guillermo II ni pintado. En Hungría semejava el verdadero emperador de Austria; pues mientras estos indómitos húngaros se resisten á reanudar su pacto con Austria, é infligen así al buen Francisco José pesadumbres, que acabarán por costarle seguramente la vida, loan en aclamaciones sin fin al jóven y arrestado César alemán, capaz de amordazar las razas enemigas y establecer sobre todo el territorio germánico y sus accesorios la unidad imperial en vez de las federaciones recién establecidas con el decreto de Badeni sobre las lenguas nativas y oficiales, federaciones que detestan á una todos los pangermanos, abundantes, como es natural, en Alemania, y no menos abundantes en Hungría, enemiga implacable de Rusia y de los rusos, el Emperador Guillermo se ha revestido los pintorescos uniformes magyares que tanto recuerdan las vestiduras orientales; se ha maravillado del palacio erigido al Parlamento de Pesth y ha jurado con su ordinaria genialidad no valer un comino en sana comparación el palacio al mismo destino levantado en Berlín; ha soltado su lengua, y en un discurso parecido por su misterio y por su elevación á cualquier sublime raconto de Wagner, ha entonado himnos sin fin al pueblo húngaro y á sus grandezas históricas. Así los húngaros han quedado prendadísimos del Emperador. No tanto los reyes italianos en su reciente viaje. Aunque la excelsa y hermo-

sa Margarita se haya conformado con que la llamasen coronela, y el buen Humberto haya revestido aquel uniforme de húsar nunca perdonado por los franceses al jóven Alfonso XII, Guillermo ha hecho representar pantomimas ó cuadros vivos, en los cuales, mientras Alemania representaba la fuerza, la conquista, la guerra, la virilidad, el lado masculino de la humanidad, Italia representaba la gracia, la belleza, la inspiración, el lado femenino de la humanidad, como si quisiera decir que Alemania es el sol en los cielos europeos, mientras Italia la poética luna, hermosa é inútil, como el arte. Han trascendido las noticias de estas pantomimas en Italia, pues las han publicado todos los diarios franceses, y no han quedado con ellas muy contentos los italianos, zaheridos y maltruchos.

#### IV

Pero confesemos que los ha vengado Bismark. El viejo solitario, desde que cayó del poder, sabe tan sólo esgrimir la oposición. Cuando el Emperador propendía en sus volubilidades al socialismo, él alababa las leyes represivas de tal secta promulgadas por su Gobierno; cuando el Emperador quiere á los conservadores acercarse, píntalos él de mano maestra y les echa en cara no haber sabido jamás á ciencia cierta y á conciencia plena lo que habían de conservar. De vida, no ya verdaderamente animal, de vida vegetal; tan fríos y oscuros como las malezas de sus negras selvas; nobles sin majestad, propietarios sin entrañas, supersticiosos sin religión; en la defensa de sus intereses y de sus privilegios tan rebelados como los revolucionarios en la defensa de sus ideas y de sus derechos, aunque siempre contrarios al progreso, no prestan apoyo ninguno á la estabilidad. Mas después de disparar el coloso bombas explosibles sobre las cabezas acalabazadas de los rurales, combate la reciente monomanía sugerida en el ánimo de

Guillermo por su crónica irremediable neurastenia. Esta monomanía es la empecatada, que le hace beber los vientos por una Marina tan poderosa como la Marina inglesa, é indisponerse por tamaño delirio dentro de Alemania con el Parlamento, fuera de Alemania con Inglaterra. Guillermo, sabedor de su oposición, le ha querido disuadir, halagándole; y en estos halagos, ha decidido poner á un crucero el nombre inmortal de su gigantesco estadista. Nada más propio de su temperamento y de su carácter agradecidos, que corresponder á esta fineza bautizando en persona el buque glorificado por su apellido. Pero no; ha relegado esta pesada ceremonia, no recuerdo si á su hija, ó si á su nuera. Esta señora, en representación del Canciller ha roto la vieja botella de Champagne litúrgico, y ha bautizado el nuevo barco de la escuadra germánica; luego, Bismark no se ha callado, regodeándose con extremo su oposición, más temible aún que la oposición del Parlamento. Para Bismark, no tiene sentido común toda política internacional que aparte Alemania de Rusia y la indisponga con Inglaterra; para Bismark, ningún pueblo continental de Asia ó Africa ó Europa competirá en materia marítima y en poderosas escuadras con los ingleses; para Bismark, Alemania hereda de sus mayores un carácter terrestre y una índole continental que no podrán alterar cuantos la empujan hacia el Océano; para Bismark, el tesoro y el presupuesto alemanes jamás podrán encontrar los recursos indispensables á construir los barcos de guerra y menesteres marinos con que sueñan el Emperador Guillermo y su hermano el Almirante D. Enrique; para Bismark, todo buen político debe consagrarse á conservar la hegemonía germánica en Europa y reirse de las fantasías coloniales; para Bismark, es malo todo cuanto piensa, todo cuanto hace, todo cuanto quiere su emancipado pupilo el joven Emperador, muy asiduo en prestarle homenajes, y muy retirado, tanto de sus inspiraciones como de su ejemplo.

## V

Mucho hemos discurrido por la política extranjera, interesante á la verdad, y mucho necesitamos reconcentrarnos en la política nacional, hoy llena de interés dramático, y despertando á cada minuto en los espíritus más indiferentes vivas emociones. Adolecen los juicios de quienes tanta parte han tomado, cual yo he tomado, en la política diaria, del recuse natural opuesto á ellos por muchos que sostienen la imposibilidad absoluta de que un actor ó un autor en los dramas se descienda de sus pasiones y de sus intereses al juzgar estas obras propias suyas como crítico, y crítico historiador. Mas, aun declarando la recusación como fundada según derecho, debo alegar, para no ponerla por este momento en práctica, mi ausencia del debate y del estadio políticos, la cual ausencia dura ya dos lustros, y me autoriza para creerme, no en el sitio reservado á un autor entre bastidores para que lo silbe ó aplauda el público sin su visible presencia, en el sitio destinado á los espectadores y los críticos. Mas no vayamos, por la justificación del historiador, á olvidar la Historia. Se determinó la crisis al asesinato cometido en la ilustre persona de Cánovas por el genio exterminador que, satisfaciendo venganzas y desahogando cóleras, enviaron los desalmados anarquistas contra el gran repúblico, cuya muerte debía producir en el campo conservador un vacío donde no pudieran respirar los correligionarios del grande hombre, faltos de aquel pensamiento que á todos los esclarecía y de aquella voluntad que á todos los disciplinaba. Imposible sustituyese á Cánovas ninguno de los que se imaginaban por su talla política y por su historia personal destinados á la sustitución. Jefes de grupo cada cual de ellos, no podían transfigurarse por milagrosa manera en jefes de partido. El Sr. Pidal, aunque muy orador y con verdadero don



de gentes, tiene sobradas propensiones hacia la escuela ultramontana para dirigir un partido moderno, en quien, por su mismo apego á la estabilidad, no caben retrocesos, henchidos á la postre de revoluciones; el señor Duque de Tetuán, más experimentado y reflexivo de suyo, cuenta con escasísima historia conservadora, en primer lugar á causa de su amistad hacia Martínez Campos, que suele ir del estadio liberal á los estadios conservadores; en segundo lugar, á causa del muy largo convivir con Sagasta un tiempo; en tercer lugar, á causa del puesto preeminente ocupado por su persona en Palacio durante la dominación saboyana; el señor Marqués del Pazo, quizás indicadísimo entre todos á la continuación del pensamiento canovista, por ligarle con Cánovas profunda é inalterable amistad, con grandes energías nativas y una índole combatiente clara, carece hoy, por sus años y por sus achaques, de la necesaria fuerza fisiológica y voluntad psíquica indispensables á tan magna obra. Y he dejado para el último al buen amigo Azcárraga, por creerlo poco apto para el puesto que sólo ha ejercido su persona, si bien por poco tiempo, la sustitución del consumado estadista y la jefatura del partido conservador. Bueno y muy bueno por su carácter moral; inteligente, y mucho, en cosas militares; hábil organizador y con un ascendiente antiguo sobre nuestro ejército, carece de aquella malicia, de aquella doblez, de aquel maquiavelismo indeliberado é inconsciente, muy necesario en ciertos casos á los políticos, por lo cual acaba de ahogarse ahora mismo en el puerto, que muy seguro estaba, y dejado el Ministerio, cuando pudo con muy poco esfuerzo conservarlo.

## VI

Adrede dí en esta enumeración de mano al Sr. Silvela, cual si pudiera, en una revista de candidatos apercebidos á la jefatura del partido conservador, olvidarse nadie de su per-

sona y de su nombre. ¡Cuán recusable soy para juzgar á mis contemporáneos en la política española! Condiscípulos unos, como Cánovas, otros discípulos, como Gamazo y Moret, amigos todos, confieso en clara confesión pública que siempre pecho de una debilidad en su pro más que de pasión en su contra. Entre todas estas amistades y todos estos amigos, resalta el Sr. Silvela. Íntimo yo de su hermano mayor Manuel, tan ingenioso, conocí á Francisco en la edad primera, y entonces eché de ver cuánto ingenio atesoraba en su mente para lustre de las patrias letras y con qué oratoria de corte ático debía enaltecer su verbo nuestra gloriosa tribuna. Pero del estadista no tengo la misma idea que del orador y del literato. Silvela para gobernar mental adolece de muy escasa consistencia en sus juicios, y mantiene ideas, las cuales, mantenidas por un tribuno reformista, serían de perlas, y huelgan, mejor dicho, dañan á un estadista de carácter y de pensamiento conservadores. Sólo pudo al demonio en persona el ocurrírsele arrojar entre los pies de nuestros partidos gobernantes, tan maltrechos, la bomba contenida en su palabra sacramental, la palabra moralidad. Esta palabra, como todas las vaguedades, contiene mil materias inflamables y explosibles. La moralidad en el mundo se parece al valor en la milicia: es necesario reconocerla en todos aquellos que no hayan mostrado lo contrario en actos públicos y privados que merezcan una sanción penal. ¿Donde vamos á parar, si admitimos, cual moneda corriente, las calumnias puestas en circulación perdurable por tantas malas pasiones como afligen á la mísera humanidad? No ha costado poco separar la moral del derecho, para que volvamos á juntarlos, creando una inquisición de nuevo cuño que penetre á su grado en las casas particulares y en las conciencias íntimas, como penetraba la otra en los pensamientos filosóficos y en los dogmas religiosos de cada ciudadano. El acto moral está en la intención. Os encontrais una muchacha en la calle, que os pide limosna, y le dais un duro. El acto es moral. Pero la intención puede ser malvada. ¿Le dais el duro

para socorrerla? Pues nada hay que decir. ¿Le dais el duro para seducirla? Pues el acto moral se ha trocado en culpa y pecado mortales. Está pues, la moralidad en los intentos y en los propósitos: nada más. Y á esta peligrosa enseña en lo social une otra enseña no menos peligrosa en lo político: el regionalismo. ¿Quién me hubiera dicho á mí, cuando combatí el cantón valenciano por el hierro y el fuego que un conspicuo conservador, como Silvela, debía insinuar veinticuatro años más tarde su preferencia por tiempos tales en que, según su frase, latía la vida, sobre los tiempos de su jefe y amigo el Sr. Cánovas en que, según su frase, únicamente veía la desolación y la muerte? Luego paréceme todavía más peligrosa que la palabra moralidad y que la palabra regionalismo, la frase: reforma del Código penal, porque trae aparejada esa frase una reacción insensata, la cual pudiera hundirnos de nuevo y anegarnos bajo las cataratas del diluvio revolucionario, tan connaturales á nuestros tempestuosos cielos españoles. Así, tanto estimo la persona cuanto detesto la política del Sr. Silvela. Este me recuerda el personaje aquel de un viejo cuento, quien al encontrar cierta obscura noche á la ronda en sus andares por la calle de una gran ciudad, y como esta ronda le preguntase quién era, y cómo se llamaba, dijo ser hijo del Padre Eterno.—¿Es usted, pues, nuestro Señor Jesucristo? le preguntó la ronda.—No, respondió el preguntado; soy hijo de un padre muy rico y muy viejo, el cual no se muere nunca. ¿Por qué no aguardó el Sr. Silvela sentado y en silencio la herencia del Sr. Cánovas, que no podía tardar mucho tiempo en recaer sobre su persona? Luchando con el Sr. Romero Robledo, quizás ha conseguido matar la opción y competencia de éste para la jefatura de los conservadores; mas también ha conseguido anularse á sí mismo en este momento para recoger esa herencia. Y no es lo peor esto, que se haya él mismo cerrado la entrada en el poder ahora: lo peor del caso es que siempre latirá en su contra un residuo canovista dentro de su escuela y de su partido, el cual residuo no le permitirá ponerse á la cabeza

de todos, atajándole por cuantos caminos vaya al paso, y diciéndole para la ocasión próxima de contar en las Cortes con cierto número de votos superior á los que traigan las demás fracciones conservadoras, aun reunidas en sus numerosas segmentaciones y mutuos apartamientos, que debe hasta la jefatura de los suyos á complacencias de Sagasta.



## VII

Pasando por esta situación el partido que gobernaba, era cosa difícil su continuación en el Gobierno. Resuelta é inevitable la caída suya, prefiriera yo verlo caer en las Cortes nacionales á verlo caer en el Palacio Real. Preferid siempre la peor Cámara, dijo Cavour, á la mejor camarilla. Poco á poco los dos partidos gobernantes han elevado la corona, en sus competencias, á un arbitraje supremo, tan peligroso para la nación como para la Reina. El dogma, verdadera ficción romana de político derecho constitucional, el dogma de la irresponsabilidad real no puede sustentarse sino á un precio, á precio de que los reyes no respondan de nada, porque realmente nada con su poder han hecho. Pero si lo hacen todo ¡ay! de todo responden. Decíase que la Reina traía desde San Sebastián meditado el cambio y que lo precipitó una falta leve, un exceso de precauciones apercebidas en torno suyo á la entrada, desde la estación del ferrocarril al Palacio. Pero, sea de todo esto lo que quiera, una cosa permanece averiguada y definida: ni los liberales creían entrar tan pronto, ni los conservadores tan pronto caer. La prueba de que no pensaban caer los conservadores se halla en el encargo recibido por Azcárraga de preterir todas las cuestiones en Palacio ante la Reina, quien ciertamente no podía cambiar de política porque hubiera cambiado de residencia, desde las orillas del Atlántico á las orillas del Manzanares. Y la prueba de que no pensaban entrar los liberales hallábase patentísima en su diseminación:

Sagasta por Ávila, Gamazo por Boecillo, Montero Ríos por Lourizán, Abarzuza y López Domínguez por Biarritz. A todos, á conservadores y á liberales, hubiera importado que la imposibilidad de continuar el Gobierno Azcárraga y de componer otro Gobierno conservador se mostrara en las Cortes, ó por lo menos, en la suprema hora de modificarse la organización del Ministerio que debía convocarlas. Pero hace tiempo sobre nosotros pesan grandes contrariedades. Por un desatino, como el que Tetuán hiciera en los pasillos del Senado, agrediendo á un senador liberal tan respetable como el buen amigo mío Comas, abstuviéronse los liberales, y en el retraimiento estallaron esas fulguraciones que se notan entre los negros de la noche más que á la luz del día. Y se dijo cómo no castigaba el empeño militar y necesitábamos secundarlo con el empeño político; y se aludió á fórmulas más ó menos fantásticas, muy buenas después de la paz é inaplicables á la guerra; y se habló de conmisericordias y de piedades, como si nosotros no fuéramos los agredidos, y los agresores aquellos mismos á quienes halagaban impaciencias inexplicables por el poder y vanas garrulidades al uso. Yo no quiero la guerra, yo detesto la guerra, yo abomino la guerra; pero si me provocan, yo mantengo la guerra, esa gran barbaridad, bárbaramente; yo mantengo la guerra, ese horrible crimen, criminalmente, pues la guerra se constituye por dos fuerzas enemigas en conflicto. Hubiera sido gracioso que, al hallarse los cantones en armas, nosotros les hubiéramos prometido el régimen por ellos demandado. No: les opusimos la unidad nacional. Cuando en las Cortes me preguntaron los intransigentes á mí por la Constitución federal, respondíles con toda conciencia: la quemásteis en Cartagena. Y lo mismo que hicimos los republicanos con la federal de los Cantones hizo el Gobierno conservador con los fueros de las Vascongadas: los destruyó en gran parte, por haberse adherido los vascos á la insurrección carlista. Mientras los rebeldes quieran guerra, no hay que responderles sino con la guerra. Por eso hubiera yo querido que tantas promesas inde-

cisas como se han dado, y no podrán cumplirse, tantos discursos halagüeños como se han dicho, y no serán acompañados de obras, por imposibles, se hubieran en el Parlamento depurado. Yo estoy en tinieblas.

## VIII

La crisis ha girado sobre la cuestión de Cuba, es decir, sobre la cuestión de las cuestiones. Y en esta cuestión disientan los conservadores de los liberales por modo verdaderamente radical. Para los liberales las reformas prometidas y aplicadas por Cánovas no podían dar frutos por deficientes; la guerra, tal como la mantiene Weyler, no podía dar resultados, por cruel. Para los conservadores bastaban las reformas concedidas, que aumentaban la gran libertad gozada por los cubanos, como acaso no la tiene pueblo alguno en América, aun dentro de una isla incendiada por civiles guerras entre sus hijos; y debía continuar la guerra dirigida por Weyler, primeramente á causa de que juzgan sus crueldades calumnias de nuestros enemigos, y después á causa de que tienen una promesa formal suya garantizando que se acabaría el conflicto entre la seca de ahora y el comienzo de los aguaceros por Abril, hacia fines de Marzo. Pero, según ha patentizado un artículo visto estos últimos días en un diario muy divulgado, la Reina, entre los programas de la situación gobernante y los programas de las escuelas liberales, ha preferido estos programas de un modo tan resuelto, que hasta se le debe la iniciativa de su triunfo. Yo lamento y sigo lamentando la división de los partidos españoles en problemas de tal trascendencia como el problema relativo á nuestra integridad nacional. Serán achaques de viejo; mas en el período de mi juventud, nunca nos dividimos por los problemas cubanos en la Península. Todos

mantuvimos la guerra mientras la mantuvieron los rebeldes; y todos nos conformamos á la paz, cuando acertó á conseguirla el General en jefe de nuestro ejército y el Gobierno nacional de Madrid. ¿Por qué hacer asunto de nuestras discordias la cuestión cubana? Y esto me parece tanto más de lamentar cuanto que ha llegado la división hasta los senos del partido liberal y estallado á la formación del Gabinete ya definitivo. ¿Por qué no entró Gamazo en el Ministerio de Ultramar y Abarzuza en el Ministerio de Estado, según reclamaban la conveniencia y la justicia? Yo no he hablado con ninguno de estos dos amigos míos y de sus labios no sé una palabra. Pero creo firmemente no han entrado por su disconformidad con las fórmulas crudísimas que una parte de los liberales proclama como único medio de concluir la guerra y desarmar á América. Por competencias personales, por envidias bajas, por mezquinos regateos de influencia, no han podido negarse al Gobierno, políticos á tan grande altura colocados, como Abarzuza y Maura y Gamazo. Han debido mediar en esta resolución suprema, no el corazón y la voluntad, el criterio y el ideal. Gamazo no ha entrado en el Gobierno y el Gobierno ha contraído ante la conciencia pública relevar á Weyler y conceder á la isla su autonomía. Hora es ya de concluir esta larga revista. No es de rosáceo color en ella, ni lo relativo al problema europeo, muy embrollado por las desgracias de Grecia, ni lo relativo al problema nacional, muy embrollado por las desgracias de Cuba. Mas no hay que desalentarse: nuestra nación es eternamente la nación del General *Noimporta*: su estrella no se borrará del cielo mientras su espíritu no se borre del territorio. Entre luteranos ingleses, alemanes calvinistas, entre tantas gentes como las innumerables á quienes hemos combatido y sujetado en larguísimos períodos, el nombre nuestro suscita maldiciones sin término. Pero cuando vemos la energía de nuestra voluntad colectiva, el heroísmo de nuestra sangre nunca estancada por el hado adverso, los holocaustos ofrecidos á la nación hasta por las clases menos

participantes de su poder y de su grandeza, los tesoros escondidos en sus entrañas, y desentrañadas por un patriotismo inextinguible tantas y tan colosales fuerzas como se patentizan por todas partes, el arrojo más inverosímil junto con la paciencia más inagotable, la tenacidad y el entusiasmo, debe creerse que no le faltará, no, á España, en los cielos el Dios de su epopeya, ni en los tiempos el premio de su pujanza.

EMILIO CASTELAR.

Madrid, 31 de Octubre de 1897.



## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

---

**Histerismo intelectual**, por Manuel Carles.—Buenos Aires, 1895.—Un volumen de 183 páginas.

El Sr. Carles actuó como Abogado defensor en una causa criminal ruidosa, en Buenos Aires, el año 1894. Se trataba del homicidio cometido por una joven de diez y ocho años, en la persona de un tal Stugel Petraglie Botti, difamador de aquélla.

El año siguiente, el propio Sr. Carles publicó un libro, que lleva por título el mismo que va al frente de esta nota, en el cual no hace sino reproducir, con mayor extensión y más orden, la defensa que á su tiempo hizo de la procesada, procurando demostrar que ésta no realizó el hecho de autos en tales condiciones de inteligencia y de dominio de sí misma, que pudiera tenérsela por responsable, y por consiguiente, que debía ser absuelta, como en efecto lo fué, por caer de lleno bajo las prescripciones del art. 81, incisos 1.º y 5.º de aquel Código penal.

P. DORADO.

---

**La delinquenza settaria.**—Appunti di sociologia, di Scipio Sighele.—Milano, Fratelli Treves, editori, 1897.—Un volumen de 274 páginas, 3 liras.

Sabido es que Sighele viene desde hace años consagrandose la parte principal de su actividad científica al estudio del delito colectivo, estudio del que puede llamársele el iniciador,

con su *Muchedumbre delincuente*, por más que antes de que este trabajo viera la luz ya se habían publicado algunos en que se contenían ciertas indicaciones relativas á la materia.

*La delinquenza settaria* es un libro más que el autor acaba de añadir á los que ya había dado á la estampa sobre el referido asunto del delito colectivo, ó, como reza el epígrafe general que el mismo Sighele le ha puesto, sobre *Las sociedades criminales*. De modo que á la hora presente son ya cuatro los libros que el laborioso joven ha publicado acerca del particular, á saber: *El delito de dos*, *La muchedumbre delincuente*, *La teoría positiva de la complicidad* (todos tres traducidos al español y editados por la casa de LA ESPAÑA MODERNA) y *La delincuencia sectaria*. Como la obra completa constará de seis partes, faltan aún dos: *Significación biológica de la asociación entre los organismos* (parte que no se ha publicado todavía y que, no obstante constituir como el fundamento de todas las demás, será la última que vea la luz; lo cual no estorba para que cada una de las otras partes tenga su valor propio y forme un tratado independiente, Sin duda el autor no tuvo formado desde un principio el plan que se ha formado después, ni quizá pensaba cuando escribió *La muchedumbre*—que fué lo primero publicado, sin embargo de ser la quinta parte de la obra total—en que á este libro habían de seguir luego otros,) y *Las asociaciones de malhechores*, tercera parte de la obra total, de publicación inminente.

En *La delinquenza settaria* se revelan todas las buenas condiciones que habrá advertido en las demás obras de Sighele el lector que las conozca: suma claridad, exposición muy ordenada de las cuestiones, sagacidad en el modo de tratar éstas y en la contestación á las objeciones críticas, cierta facilidad para enlazar unas cosas con otras y para hacer inteligible, mediante símiles, sentencias ajenas ó anécdotas, lo que de otro modo pudiera quedar obscuro para muchos. Además, se encuentran en el libro que nos ocupa observaciones de no escaso valor, v. gr., sobre la diferencia entre la moral privada

y la política, sobre la función social del delito sectario y sobre varios puntos más. Pero no es un trabajo que deja satisfecho al lector. Parece como si no estuviese terminado; cuando uno concluye de leerlo, se queda, por decirlo así, á medias. No habría estado demás que el autor hubiese formulado en conclusiones concretas su pensamiento sobre el delito sectario, responsabilidad de quien lo comete, tratamiento oportuno, etcétera. Luego, acostumbrado el lector á la originalidad de los puntos de vista y al brío con que se desenvuelven los conceptos en *La muchedumbre delincuente*, nota que esas cualidades se muestran con menos intensidad en *La delincuencia sectaria*. Por fin, hay ideas, frases y aun metáforas que son repeticiones de lo dicho por el autor en sus anteriores libros. Probablemente, todo esto tiene su disculpa en la circunstancia indicada de no haberse publicado la obra entera de una vez, sino en veces.

Con todo, el libro de que se trata es muy digno de lectura, estudio y reflexión. Y debe añadirse que se recomienda también por sus excelentes condiciones externas, esto es, editoriales, y porque lleva como apéndice el opúsculo, ya agotado, del mismo Sighele *Contra el parlamentarismo*, opúsculo que á la época de su publicación hizo tanto ruido en Italia y fuera de Italia.

P. DORADO.

---

**La Familia.** — Lecciones de filosofía moral, por Pablo Janet. — Obra premiada por la Academia Francesa, traducción del Dr. Luis Marco. — Un volumen, 220 págs. — Madrid, 1897. LA ESPAÑA MODERNA. — Su precio: 5 pesetas.

Un libro, que si nos propusiéramos estudiarlo con el detenimiento que su autor y el asunto de que trata merecen, exigiría largo espacio y amplias consideraciones, para poner en su punto las ideas admisibles y no admisibles que en las distintas

lecciones de su curso supo exponer con forma tan brillante como agradable y, en general, simpática, Pablo Janet. Pero ni este es el lugar más propio ni la ocasión más oportuna para aquilatar lo que nuestro autor piensa acerca de la constitución de la familia, y sobre el papel que en ella asigna al marido y á la mujer, y respecto de las demás cuestiones que los hijos y la parentela imponen. Después de todo, trátase de un autor conocidísimo, de fama universal, cuyas tendencias no son un misterio para quien tenga alguna cultura filosófica, y no hace falta insistir demasiado en analizar sus opiniones. Lo que sí puede afirmarse sin reserva alguna, es que *La Familia*, del publicista francés, es un libro interesante en extremo, de filosofía nada abstracta, antes bien vulgar, mundana, doméstica, como él mismo dice, de lectura entretenida y provechosa, y que se recomienda á todos por igual, porque todos pueden sacar algo útil recorriendo sus páginas. La misma forma oratoria propia de las conferencias, que el autor ha querido conservar al convertir su curso de Estrasburgo en libro, hace que éste resulte más animado, y por ello de lectura más agradable y fácil.

El contenido del libro de M. Pablo Janet, se halla distribuido en diez lecciones, que forman otros tantos capítulos, en los cuales se trata por este orden, de los asuntos siguientes: La vida de familia; el jefe de familia, el marido; la señora de la casa, la mujer; el padre y la madre; el niño; el hijo; la hija; el hermano y la hermana; la parentela; el siglo y la familia.

A. POSADA.

# OBRAS NUEVAS

---

- Almanaque El Sui - Générís. Año XXVI. Para 1898. En 8.º, 192 páginas: 50 céntimos.
- Aranzadi (T. de).—Setas ú hongos del País Vasco; guía para la distinción de los comestibles y venenosos, los parásitos de plantas cultivadas y enumeración sistemática de los indiferentes; 41 láminas cromolitografiadas aparte. En 4.º mayor, 170 págs.: 15 pesetas.
- Araujo Gómez (F.).—Gramática del poema del Cid. En 4.º, 426 páginas: 10 pesetas.
- Arnau (J. M.).—Las ametllas d' Arenys; comedia en un acte, original y en vers. En 8.º mayor, 52 páginas: 1 peseta.
- Barra (E. de la).—Ortografía fonética para el cuarto Congreso científico de Chile. Santiago de Chile. Establecimiento poligráfico. Roma, 1897. En 8.º, 82 págs.
- Barra (E. de la).—Tratado de ortografía reformada. Santiago de Chile. Impr. Barcelona 1897. En 8.º, 146 páginas.
- Bayton (J. M.).—Apuntes económico-burocráticos. En 8.º, 224 páginas: 3 pesetas.
- Benot (E.).—Aritmética general. En 4.º, 3 tomos, 471-543 y 375 páginas. Sistema métrico. Complemento á la aritmética general, 328 págs. Los cuatro tomos en tela 38 pesetas.
- Biblioteca peruana.—Apuntes para un catálogo de impresos. *Tomo II*. Libros y folletos peruanos de la Biblioteca del Instituto nacional y notas bibliográficas. Santiago de Chile. Biblioteca del Instituto nacional. 1896 á 1897. En 4.º, 618 págs.: 22 pesetas.
- Blanco (T.).—Nociones de óptica, como introducción al estudio de la oftalmología. En 4.º, 247 páginas: 4 pesetas.
- Bolea y Sintas (M.).—La novela en el siglo XIX. Conferencia literaria. En 8.º mayor, 35 págs.: 1 peseta.
- Idem.—Los libros de «Caballerías». Conferencia. En 8.º, 41 págs.: 1 peseta.
- Boletín de la Real Academia de la Historia. *Tomo XXXI. Cuadernos I á III. Julio á Septiembre de 1897*. En 4.º (págs. 1 á 256): cada cuaderno 1,25 pesetas.
- Brugada y Panizo (L. M.).—Método de Roberston. Lecciones prácticas de lengua alemana. En 8.º mayor, xvi-288 págs.: 6 pesetas.
- Calcaño (J.).—El castellano en Venezuela. Estudio crítico. En 4.º, xviii-710 págs.
- Carola.—Rosas y espinas. Estudios del corazón. En 8.º, 171 págs.: 1 peseta.
- Casas y Abad (S.).—Elementos de Historia Natural. En 8.º mayor, 607 págs.: 11 pesetas.
- Casasús (A.).—Anuario de la exportación, con aranceles de Aduanas de diferentes países y tarifas internacionales de transportes por ferrocarril. En 4.º, xvi-214-188 páginas: 10 pesetas.
- Cavia (M. de).—Cuentos en guerrilla. En 12.º, 175 págs.: 0,50 pta.
- Colorado (V.).—Francisca de Rimini; episodio dramático. El Acta,

- comedia. En 8.º, 211 págs.: 3 pesetas.
- Cotarelo y Mori (E.)—Iriarte y su época. Obra premiada en público certamen por la Real Academia Española, é impresa á sus expensas. En 4.º mayor, VIII-588 páginas y un retrato: 15 pesetas.
- Desdevises du Dezert (G.)—L'Espagne de l'ancien régime, par G. Desdevises du Dezert, professeur d'Histoire a l'Université de Clermont Ferrand. «La Societé.» Paris. Societé française d'imprimerie et de librairie, 1897. En 4.º, XXXII-294 págs.: 6,50 pesetas.
- Dorronsoró y Ucelayeta (B.)—Estudio de los instrumentos y aparatos de física de aplicación á la Farmacia. En 4.º, 840 págs.: 25 pesetas.
- Echegaray (J.)—Lecciones sobre resolución de ecuaciones y teoría de Galois, por José Echegaray. Lecciones 12 á 14, dadas en la Sección de estudios superiores del Ateneo de Madrid. En 4.º, (páginas 273 á 335): cada entrega ó lección, 1 peseta.
- Echevarría y Reyes (A.)—Nociones de Ortografía castellana. En 8.º, 52 págs.
- Escalafón del Estado Mayor general del Ejército en 1.º de Septiembre de 1897. En 4.º mayor, XXXVI-71 págs.: 3,50 pesetas.
- Fernández y Fernández (L.)—Pizarras de Aritmética, escritas con arreglo á la obra que sirve de texto para el ingreso en las Academias militares. En folio, 4 hojas prels., y 108 págs.: 5 pesetas.
- Ferrando (J.)—El dicharachero; choguet valensiá en un acto y en prosa. En 8.º, 19 págs.: 1 peseta.
- Fon (R.)—Episcopologio ampuritano, precedido de una reseña histórica y arqueológica de Ampurias. En 8.º, 143 páginas.
- Freyre y Góngora (R.)—Resumen de la Historia Sagrada, con destino á los establecimientos de educación. En 12.º, 136 páginas: 75 céntimos.
- Garay (B.)—El comunismo de las misiones de la Compañía de Jesús en el Paraguay. En 8.º, 192 páginas: 10 pesetas.
- García Sagastume (B.)—Hojarasca. *Tomo I.* En 8.º, XIV-152 páginas, con retrato del autor.
- Goethe.—Los grandes autores. Colección hispanoamericana. Goethe. El Fausto. En 12.º, 224 páginas: 1 peseta.
- Gómez Pamo (J. R.)—Discurso leído en la Universidad Central en la inauguración del curso de 1897 á 1898. En 4.º, 88 páginas.
- Tema: Estudio histórico-crítico de las clasificaciones botánicas.
- Gómez Quintana (I.)—Manual del buen aficionado á las corridas de toros. En 8.º mayor, 45 páginas: 75 céntimos.
- Gumá (C.)—Un casament á proba; humorada en verso. En 8.º mayor, 32 págs.: 50 céntimos.
- Haussonville (C. de).—La juventud de Lord Byron, seguida de Los últimos años de Lord Byron, por la misma autora. En 4.º, 274 páginas: 5 pesetas.
- Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia. •
- Honduras literarias. Colección de escritos en prosa y verso, precedidos de apuntes biográficos, por Rómulo E. Durón. *Tomo I.* Escritores en prosa. Tegucigalpa. Tipografía Nacional. 1896. En 4.º, x-835 págs.

Isaza (E.) — Diccionario de la conjugación castellana. En 8.º, XVIII-348 págs., tela: 5 pesetas.

Lessing (G. E.) — La poesía y las artes plásticas. En 8.º, 236 páginas: 2 pesetas.

López Marín (E.) — ¡Simón es un lila!, parodia de la ópera *Sansón y Dalila*. En 8.º, 32 págs.: 1 peseta.

Llorente (V.) — Conferencias dadas en el Colegio de Médicos de Madrid y en el Instituto microbiológico acerca de la tuberculosis pulmonar. En 8.º mayor, 22 páginas: 2 pesetas.

Madrado (P. de) y García (J. C.) — Discursos leídos ante la Academia de la Historia. En 4.º, 89 páginas y un retrato.

Tema: Fundación de D. Fermín Caballero. Premios á la virtud y al talento: y Elogio del P. Fr. José de Sigüenza.

Mallada y Pueyo (L.) — Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias, por el Sr. Cortázar. En 4.º, 89 págs.

Tema: Los progresos de la geología en España durante el siglo XIX.

Manresa y Navarro (J. M.) — Comentarios á la ley de Enjuiciamiento civil. *Tomo IV y último*. En 4.º, 701 págs.: 11 pesetas.

Martínez (J. L.) — Folletos militares. I. La vida del general Simón Martínez. En 8.º, 78 págs., con un retrato.

Martínez Cabezas (A.) — Estanco nacional, juguete cómico-lírico en un acto y tres cuadros. En 8.º mayor, 34 págs.: 1 peseta.

Martínez Vigil (C.) — Folletos gramaticales. Sobrelenguaje. En 8.º, 77 págs.

Martrus (J.) — En peguera; monoloch comich en un acte y tres cua-

dros, original y en prosa. En 8.º mayor, 9 págs.: 25 céntimos.

Merino (G.) — Los adelantos del siglo, humorada en un acto y tres cuadros, original y en prosa. En 8.º, 51 págs.: 1 peseta.

Millán y Villanueva (C.) — El gran problema de las retormas en Filipinas. En 8.º mayor, 121 páginas: 2,50 pesetas.

Montalvo (J.) — Inéditos y artículos escogidos. Quito, impresor de *El Pichincha*, 1897. En 8.º, XII-187 páginas.

Muro (J.) — Compendio de Historia de España. En 8.º, 596 páginas: 11 pesetas.

Newman (K.) — Antisepsia intestinal: manera de realizarla. En 8.º, 21 páginas.

Oliver Copons (E. de) — La artillería. En 4.º, 30 páginas.

Opinión de un silvelista. — Solución del problema político que ha planteado la alevosa muerte del Sr. Cánovas. En 8.º, 16 págs.: 25 céntimos.

Pedrell (P.) — *Hispaniæ schola musica sacra. Opera varia (sæcul. xv, xvi, xvii et xviii) diligenter excerpta, accurate revisa seculo concinata a Philippo Pedrell. Vol. vi. Psalmodia modulata, auctoribus, T. A. Sancta Maria, F. Guerrero, T. Ludovici, etc.* En fol., XIX-62 págs.; 8,50 pesetas.

Pérez Zamora (A.) — Sor Milagros ó secretos de Cuba, novela histórica contemporánea. En 8.º mayor, 487 págs.: 5 pesetas.

Perrín (G.) y Palacios (M. de) — Madrid de noche, silueta cómico-lírica en un acto y nueve cuadros, en prosa y verso, original. En 8.º, 46 págs.: 1 peseta.

## INDICE

---

|                                                                                                                                                                            | <u>Págs.</u> |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| <i>El silencio, novela (conclusión), por Eduardo Rod.....</i>                                                                                                              | 5            |
| <i>El discurso de apertura de los Tribunales y la Memoria del Fiscal del Supremo, por P. Dorado.....</i>                                                                   | 49           |
| <i>Palmaroli y su tiempo (conclusión), por Ceferino Araujo y Sánchez.</i>                                                                                                  | 66           |
| <i>Algunas observaciones sobre el Quijote de Avellaneda, por Blanca de los Ríos de Lampérez. ....</i>                                                                      | 84           |
| <i>Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero. ....</i>                                                                                                                    | 146          |
| <i>La prensa internacional: Mérimée y su confidente, por Emilio Faguet.—Una nueva historia del Papado, en tiempo de Alejandro VI y de Julio II, por Eugenio Müntz.....</i> | 162          |
| <i>Crónica internacional, por Emilio Castelar.....</i>                                                                                                                     | 185          |
| <i>Notas bibliográficas, por P. Dorado y A. Posada .....</i>                                                                                                               | 201          |
| <i>Obras nuevas .....</i>                                                                                                                                                  | 205          |